

# Saliendo del closet.

---

Jonah Bach.

## Prólogo

— ¡Adiós Mitchell! Regresa con cuidado. — Así se despedía de Mitch el típico cantinero de un bar.

Tras dar por finalizada la fiesta en el bar donde Mitchell asiste siempre que puede. Un bar sureño con un estilo típico de cowboys llamado Lucky Bob.

Mitch Cooper salió del bar tambaleando de un lado a otro por causa de su sobredosis de alcohol, su sistema nervioso carece de sentido.

Está totalmente sedado, su visión sólo capta una neblina algo arraigada, similar a una visión de alguien con miopía caminando en la neblina, difícilmente logra distinguir lo que se encuentra a su alrededor.

Al momento en que Mitch se encontraba fuera del bar, quienes asistieron a la fiesta salieron y abundaron las afueras del bar en una gran multitud, todos marcharon a sus vehículos con el fin de dar inicio el recorrido hacia sus hogares.

Su estado penoso fue altamente visible en la multitud, ello fue suficiente para que varias personas conocidas le ofrecieran transporte, para que logre arribar a su hogar sin riesgo alguno, pero se negó rotundamente, un ebrio obstinado.

Se mantuvo de pie, luchando por mantener el equilibrio. A medida que el lugar continuaba perdiendo su humanidad, él continuaba rechazando el gesto de cordialidad de todo ser que se acercaba a él.

En un instante, la zona repleta de vida, se convierte en una zona fantasmal. Todos se marcharon. Las luces exteriores del bar dejaron de brillar.

Al intentar caminar hace gran esfuerzo para lograr mantenerse de pie y poder realizar pasos, es un esfuerzo tan estrepitoso y notable que cualquier uniformado a decenas de metros podría deducir su situación sin esfuerzo alguno.

No solo tenía un estado penoso, esa noche ningún móvil policial merodeaba las calles del vecindario. La costumbre tras dar por finalizado un evento, es que un par de patrullas merodean la zona con el fin de evitar posibles disturbios. Tal vez fue mala suerte, ningún oficial coincide esa noche con él, lo cual, hubiera sido para su bien y el bien ajeno. Un borracho es completamente impredecible.

Mitch indudablemente vagaba por las calles a solas.

Fue una noche helada, ello puede explicar el tránsito apagado y más a altas horas de la noche. Una noche donde los patrulleros decidieron ignorar sus obligaciones, es un pueblo donde rara vez ocurre fracciones de “acción” delictivas.

Solo hubo un breve momento de ruido, fue mientras todos los que asistieron a la fiesta marcharon a sus benditos y cálidos hogares, después de ello, solo quedaron él, su borrachera y una soledad tan helada y dichosa, y un silencio capaz de destruir la cordura. Sálvese quien pueda.

Mitch recorre 8 manzanas desde el bar, para arribar hacia su hogar debe recorrer 10 manzanas más. 10 largas manzanas más, aproximadamente 1km. Mientras avanza a paso de tortuga, en un difícil recorrido, va tarareando una canción excepcional, la misma que sonó tras finalizar la fiesta: *Prisoner of love (Shirley Johnson)*, «—baby please, please...—» no logra pronunciar correctamente ninguna frase, así como tampoco logra terminarla. Su dialecto es especial para aplicar la fonoaudiología correctamente, pero su estado lo justifica.

Pasa el tiempo y avanza unas manzanas más, sus pasos, sus intentos de recitar una hermosa canción, son el único medio de sonido en una noche apagada y vacía, una noche que desconoce todo tipo de vida. Solo divagaba mentalmente sobre la fiesta a la que asistió. Chicas hermosas y quién sabe qué más pasaba por una mente tan escandalosa. Los pensamientos son tan propios, que son imposible de seguir.

Tan solo le quedan 3 manzanas para cumplir la misión de llegar sano y salvo al hogar, toda una hazaña, no obstante, incorporó litros y litros de bebidas alcohólicas a su cuerpo, su sistema digestivo está a punto de colapsar; que por cierto Mitch es una persona promedio, cuerpo promedio, vida promedio, salario promedio, un ser promedio poco interesante; repentinamente sus ganas de orinar se elevaron a tal punto que uno podría pensar que la vejiga podría estallar, al estar a 300 metros de su hogar, que por cierto no es una larga distancia, en estado de ebriedad es un tema aparte, por lo que decidió aventurarse en alrededores de su ubicación intentando conseguir un lugar privado, y así, no tener la mala dicha de ser visto por algún vecino de la zona. No perdió la razón del todo. Una pizca de ella sigue despierta.

Paralelo a la calle por donde caminaba, se encuentra una plazoleta poco ortodoxa, con colores opacos, algo abandonada, no hay pruebas de mantenimiento reciente.

Solo hay un tobogán, es el único juego o medio para lograr algo de diversión que existe en el lugar. Lo demás son solo murales con temáticas militares borrosos y deteriorados. Curiosamente hay armas incrustadas en el suelo, a simple vista da la impresión de que el suelo se las tragase. El arquitecto que pensó en aquello debe de ser alguien excéntrico.

Fue hacia la plazoleta que apenas logra visualizar, se dirigió hacia un mural peculiar que tiene un gran escudo de la unión soviética, sin darle importancia a tal escudo, soltó su cinturón y bajó la parte delantera de sus pantalones para comenzar a orinar.

En una noche fría lo metálico es difícil de manipular. Antes de empezar con el desagüe de su vejiga tuvo que apoyar una de sus manos en el mural para evitar lo que hubiera sido una segura caída al suelo. El muro está totalmente helado. Con esfuerzo, el líquido comenzó a salir de él «—“orina humeante” —» dijo Mitch, mientras observa el vapor que provoca la orina al someterse al frío, seguido con una risa desprolija acompañada con pequeños eructos. Fue un comentario bastante infantil.

Pasaron 4 segundos desde que empezó a orinar, el único medio de sonido era el de la orina golpeando el suelo. Repentinamente se escuchó un ruido estrepitoso, como si algo se rasgara. Pensó que tal vez se estaba defecando, ya que hacía un gran esfuerzo para orinar. Pero, a los pocos segundos, sintió un gran dolor en el pecho. Su problema visual, afectado por culpa de su estado de ebriedad, no permitió distinguir que sucedía. Comenzó a palpar con la mano que se encontraba libre en la zona del dolor descomunal, mientras la otra mano continuaba apoyándose contra el muro para mantener el equilibrio.

Al comenzar a palparse, logró dar con algo filoso y metálico, en el lado de su pulmón derecho, algo puntiagudo y frío. Miró su mano, una mano bañada de sangre «—Sangre, pero qqq que...—» Mitch no lograba comprender la situación, se preguntó la razón del «¿Por qué tiene sangre en la mano?» sus sentidos comenzaron a despertar, da la impresión de que de un momento a otro su estado penoso provocado por el alcohol se esfumó.

Apaciguó la vista nuevamente hacia su pecho, se topó con una gran daga que le atravesó, tomó la punta de la daga, solo sobresalían unos 5 cm, al momento de tener lo sobresaliente en sus manos, se escuchó otro rasgido, el mismo rasgido de hace un instante. Lo que sucedió fue que retiraron la daga de su cuerpo, cortando su carne y vísceras como si fueran papel, su mano también sufrió las consecuencias.

Intentó voltear para ver quien atravesó esa daga en su cuerpo. Ver quién es el responsable de cometer un acto tan pedante, pero cayó hacia el suelo, su espalda quedó apoyada en el mismo lugar donde orinaba, cayó sobre su propia orina, la cual fue bastante caudalosa, no obstante, al momento de caer continuaba orinando, se empapó en su propia orina. También de su propia sangre.

Se escucha una carcajada afónica, como si quien lo provocara estuviera haciendo el esfuerzo de aguantar la risa.

Agonizando, logró visualizar al individuo, solamente se encontró a una persona bajo un conjunto negro. Identificarlo en la oscuridad es

una tarea casi imposible para Mitch, más en su estado, ahora no solo es un borracho cualquiera, es un borracho y pobre moribundo.

Lo que le permitió identificar la posición exacta del individuo en la oscura y fría noche; fue la gran daga plateada y su resplandor, el cual se encontraba solo a un metro de su derecha, también logró visualizar que el agresor tenía los labios pintados con un rojo intenso, a tal punto que daba la impresión de estar teñidos de sangre, esos labios se veían tan claros y brillantes en la oscuridad, que hasta el moribundo Mitch lo logró ver con total claridad. Y a la vez, contemplarlos.

— Mitchell Cooper cubierto de su propia orina y sangre. — Dijo —. A pocos minutos de morir empapado con su propia sangre y orina. — agregó, burlándose como si aquello tan solo fuera una comedia que se transmite por televisión.

— Ayúdame, por favor. — alaridos y súplicas de Mitch.

El ser misterioso no dijo nada. Un silencio incomodo hizo hincapié por unos segundos. De pronto comenzó a reír como si de un maniático se tratara, similar al chillido de una hiena cuando está por salir de caza. Se acercó a él y se inclinó para limpiar su daga pasándola una y otra vez por su cabellera rubia, seguido de eso lo tomó del rostro, lo observó directamente a los ojos y le dio un gran beso en la frente. Fue un beso húmedo y cálido, sus labios quedaron marcado en su rostro, unos bellos labios rojos.

— ¡Es la marca de la muerte Mitch, hoy te toca a ti! — Susurró el ser desconocido ante el oído de Mitch.

— ... — Mitch no pudo hablar, le falta el aire. Ante la agonía, su respiración se asemeja a un ataque de asma. Le dieron espasmos descaradamente, el único sonido que sale de él son los golpes entre sus dientes. Chasquido rápidos y furiosos. Se encontraba a solos litros de morir desangrado, y ahora se le puede sumar la muerte por hipotermia.

El agresor comenzó a aburrirse de la situación, no solo eso, a desesperarse. Dio un par de saltos como un loco al que acaban de soltar luego de estar amarrado a una silla se tratara.

—¡Ya muere, muere como todo hombre merece, sin dignidad y cubierto de su propia orina! — Chilló con desprecio total hacia Mitch, o hacia los hombres en general. Lo hizo con un tono de voz irritado e intenso, mientras comenzaba a pintarse los labios nuevamente con su rojo intenso.

«Una mujer.» Se dijo así mismo. El uso de pintalabios es una gran pista.

Guardó el pintalabios en su bolsillo del gran abrigo negro, olvidó colocar la tapa del pintalabios en su lugar, ya que el ser misterioso la arrojó hacia el suelo en algún momento. Quizá un descuido por parte del futuro, o futura homicida.

Respiraba con gran dificultad, todavía se mantenía con vida, al menos se esforzó por mantenerse vivo. El pobre lanzó pequeños suspiros con la intención de pedir ayuda, sollozos incomprensibles, seguidos de unos gritos apagados y agudos mientras se desangraba, abrazando de a poco a la muerte.

— ¡Ayúdame! — clamó por compasión, pequeñas gotas de lágrimas apenas lograron salir de sus ojos. Una intrépida ilusión de que su agresor le ayudaría, su última esperanza.

— Esta bien, te ayudaré. — Una respuesta sorpresiva. Pero solo fue una mala broma. O buena, depende de la perspectiva.

El maniático de los labios rojos decidió acabar con la vida del pobre y orinado Mitchell. Y así dar por terminado su agónico estado, un poco de compasión por parte del agresor.

El atacante lo cogió como si quisiera ayudarlo a ponerse de pie, hizo la ilusión de que lo ayudaría, al menos se lo creyó, pero lo que realmente hizo, fue lograr que se arrodille.

Al estar Mitch de rodillas, el encapuchado colocó la daga en su cuello. El frío del metal de la hoja de la daga le desató una lluvia de

escalofríos. Quedó mirándolo directamente a los ojos durante varios segundos. Una mirada de sorpresa absoluta se formó en Mitchell.

«Lo reconoció.»

— .... — no pudo dar sus últimas palabras. Lo degollaron de forma brutal, fue un sonido escalofriante, tan solo fue un instante. Una catarata del resto de sangre que aún lograba bombear su corazón salió por su cuello. El degollador lo tumbó al suelo con un pequeño empujón, tan solo bastó una pizca de su fuerza. Cayó sentado apoyando la espalda contra el mural, el mismo mural donde orinó.

— Esto es excitante. — Dijo con una mente enferma y asquerosa. Muy Peligrosa.

El suspiro de la muerte. Al cabo de unos segundos perdió el resto de sangre que almacenaba su sistema circulatorio y murió. Una muerte fría y húmeda, una muerte poco atractiva.

—¡El primero en someterse a mi juicio! — Se susurró quien cometió el asesinato, exclamando el inicio de su pequeña aventura. Guardó su daga entre su gran capa negra, para luego desaparecer entre la oscuridad.

Mitch, sentado contra el mural, empapado por su propia sangre y orina que comenzó a volverse hielo, el frío de la noche, sucumbió para continuar con su desgracia. Según dicen, morir congelado no es doloroso. Solo que murió antes de congelarse. Una noche con malos augurios. Su cuerpo yace tieso, tan duro como si fuera una parte más del muro de hormigón. Polimerización entre concreto y carne. Una muerte sucia. Pero en su rostro, había algo muy peculiar, la marca nítida de unos labios rojos.

John Cooper, es un policía novato que tan solo lleva 3 semanas ejerciendo el oficio luego de ser un estudiante destacado de la academia de policías. Es un día soleado y caluroso en pleno otoño. Un día dichoso, típico de verano. John duerme sin mosquear, es víctima de un sueño pesado. El arduo calor del sol entra por la ventana de la habitación que tiene vista hacia la ciudad, dándole justo en la cara, el rostro toma su color rojizo tras recibir los rayos ultravioletas, sin embargo, no es suficiente para despertarlo.

Dada la hora pico en su desordenado departamento, libros y ropa desparramados por doquier, John despierta repentinamente tras el escandaloso ruido que provoca el despertador.

Haciendo chillidos quejosos, cegado por los rayos estrepitosamente brillantes del sol, extiende su brazo y apaga la alarma manteniendo aún los ojos cerrados, una rutina típica para millones de personas. La pereza se adueña de la sociedad.

Se levanta ejerciendo un gran esfuerzo, vestido solo con un bóxer verde, se calza con unas pantuflas lanuda que tienen forma de león, y se dirige hacia el baño casi arrastrando los pies para poder asearse. Luego de terminar sus tareas rutinarias en el baño, va hacia la sala de estar, toma el control de su estéreo y la enciende, comienza a sonar *SMOOTH de Carlos Santana*, que por cierto le gusta demasiado. Cierra los ojos, y a continuación da un acto teatral tomando su guitarra de fantasía, hace playback siguiendo la letra de la canción, sus dedos en el aire dan formas de acordes auténticos e irreales. Al llegar la canción al minuto 2:10, suena su teléfono.

John sigue en lo suyo, perdido en su ficción musical, ignorando ruidos y sonidos que no son parte de su mundo. Tras irritarse por la interrupción de su teléfono, decide apagar el estéreo y luego se dirige hacia él. Atiende el llamado.

—¡Cooper! ven de inmediato a la oficina. — Palabras y exigencia del capitán Claude Fazio.

—¡Entendido capitán! — responde como cualquier persona de la fuerza cuando se dirige a su superior para dar por finalizado el llamado.

John permanece inmóvil sin dar expresión alguna. Hasta que recuerda que el capitán le había informado hace unos días que pronto le otorgarían la oportunidad de tener su primer caso como oficial de policía. Para ser más claro, en la jefatura hacen falta detectives, John es un gran aspirante para ocupar el cargo. «— Podría ser...—» No puede terminar lo que pretendía decir ya que de la emoción comienza a reír alocadamente, acompañado por saltos desprolijos como si de un loco se tratara. Se detuvo. Corre hacia su habitación para vestirse y lucir el uniforme reglamentario de oficial.

Al momento de estar listo junto a su nuevo y azul uniforme, da la marcha para dirigirse a la estación de policía. Coge sus llaves del apartamento y las del candado de su bicicleta. Por cierto, John nunca tuvo interés en los automóviles, ya que los considera un basurero de dinero, un gran desperdicio económico para personas no tan adineradas, y un medio móvil que seduce con un gran sedentarismo a las personas que lo prefieren.

Sin casco u otro medio de protección que comúnmente utiliza el ciclista común en la ciudad, sube a su todo terreno y sale a pedaleo rápido, emocionado por su posible oportunidad de un primer caso.

Llegando a la estación, encadena su bicicleta en un árbol y prosigue su camino hacia la oficina del Capitán Fazio. Al estar dentro de la jefatura, intenta disimular su gran emoción. Parece un niño que acaba de recibir un regalo o la noticia de que se suspenden las clases en su colegio.

El capitán ve llegar a John. Abre su puerta completamente y levanta su mano para que logre visualizarlo. John lo ve de inmediato y asiente con la cabeza.

Mientras camina hacia la oficina coincide la mirada con Paula, la recepcionista, que en el pasado fue su novia. No da saludo o gesticulación alguna hacia ella, aparta la mirada sin sutileza y

prosigue su camino sin saludar a nadie, los nervios de pronto se adueñan de él. O quizás es miedo.

—¡Pase, por favor! — Expresa el capitán mientras toca su gran barba canosa, típica para una persona de 57 años.

— Permiso, capitán. — Dice John con voz tranquila. Se dirige hacia una silla enfrentándose al prestigioso sillón individual del capitán.

— ¡Felicidades! Se te asignará tu primer caso. Lo ejercerás siendo un detective temporal, eres afortunado. — Exclama con una alegría forzosa e intrépida, ya que las noticias que tiene para darle a John no son del todo buenas.

«¿Detective temporal?» Muy peculiar.

A partir de ahora, John, será sometido a un periodo de prueba como detective, eso definirá su futuro.

—Haré lo mejor que pueda hacer, capitán. — Responde John, alegre por la noticia, es justo lo que se esperaba, obviamente la alegría de no llevarse una decepción fue grande. Suspira y mantiene la calma. — ¿Cuál es el caso? — Pregunta con entusiasmo.

—Lamentablemente, querido John, empezarás con un asesinato. — Responde el capitán mirándolo fijamente, intentando ser lo más pasivo posible.

Resolver un asesinato le parece un hecho magnífico, pero más magnífico es la sensación de ver tras las rejas al culpable. Aunque verlo electrocutado o sometido a la inyección letal es un deseo muy íntimo.

El capitán se levanta de su grande y acolchada silla, y sin dar ningún tipo de preámbulo, decide ser más directo y comienza a dictar los detalles del caso en el que John estará involucrado, para poner al tanto sobre la situación al detective novato. Mientras más tiempo demora en darle la noticia, más le cuesta expresar las palabras. El tiempo y la dificultad son directamente proporcionales entre sí.

Su puesta en escena es la siguiente:

*“Encontramos hoy en la madrugada, después de llamados de vecinos de la zona, a un hombre muerto en la plaza militar. Fue asesinado de forma brutal. Al parecer se cometió durante la noche. Le atravesaron un elemento cortante en la zona derecha de su abdomen, el objeto fue retirado de su cuerpo, y al ser retirado hubo un desgarre atónito en el interior del cuerpo, según los forenses debió de ser una daga. Una daga Azrael según los forenses, ya que lo relacionaron a un caso antiguo, donde la víctima presentaba los mismos cortes y rasgaduras, pero por ahora es solo una hipótesis.*

*No logramos encontrar nada relacionado con las características brindadas por los forenses en alrededores. Además de recibir una puñalada atroz, también lo degollaron, tiene un corte muy profundo en su cuello.*

*Hace una pequeña pausa. Cierra los ojos para pensar y fabricar una explicación sin derrochar palabras. Por un momento se hace la idea de que John no entiende lo que sale sin estribos desde su boca. Inspira hondo y continúa con su relato gélido y desarraigado.*

*Fue desagradable visualizar la escena, peor aún, fue una noche fría por lo que su sangre se congeló, al parecer se orinó encima, por el color de los cristales de hielo que quedaron en el suelo y en su ropa. No hay evidencia alguna de su posible asesino, sin embargo, el cuerpo tiene algo que sumamente es lo único que tenemos, además es intrigante y novedoso, tal vez no sea nada significativo, aunque no debe ser descartado ya que es lo único que tenemos por ahora, el cuerpo tiene la marca de un beso color rojo en el rostro, para ser exactos en su frente, fue algo difícil de identificar debido a la sangre en todo su cuerpo, los forenses lo confirmaron.*

*Bueno, la famosa daga que supuestamente fue utilizada es una pista fantasma, aún no se sabe con certeza que se utilizó. Por el momento no lo tendremos en cuenta.*

*Lograr dar con un objeto en particular nos ayudará bastante en la investigación.*

*Esa marca del beso puede presentar huellas que nos brinden una identidad. Es una gran pista, seguramente nos ayudará a dar un gran paso para dar con el culpable.*

*La escena del crimen es espantosa por el hecho de que el cuerpo quedó casi unido al suelo y a un muro por causa de la sangre que se solidificó, para ser más claro se congeló debido a la helada que cayó por la noche, por lo que debimos verter agua caliente para lograr derretirla por completo luego de que los forenses tomaron todos sus datos y fotografías, para finalizar no hubo testigos, al menos no se ha identificado a ninguno. Lo siento, no estoy con la mente clara para darte detalles tan precisos de la escena, iré directo al grano. El sujeto asesinado fue identificado, es Mitchell Cooper.”*

Tras finalizar con su corto pero eficiente relato, con un final capaz de crisar los nervios de cualquier ser, se acerca a John para brindarle un abrazo de condolencia, por supuesto no es fácil informar a alguien sobre la muerte de un ser querido.

—Lamento la pérdida de tu hermano, y más en estas condiciones, ¡encontraremos al culpable! — Una voz de sed de justicia y de condolencia surgen del capitán —. Vete a casa para digerir todo esto y vuelve mañana. — Finaliza diciendo el capitán para luego salir de su oficina y dejarle algo de privacidad a John. Por momentos, el capitán se considera un ser insensible. Durante sus 57 años de edad vivió hechos que le robaron la sensibilidad y la crudeza de los sentimientos.

«¿Dejará que un familiar directo de la víctima sea parte del caso?» Algo poco coherente. «Más adelante se hablará de ello.»

John Cooper intenta comprender la noticia que acaba de recibir, permanece en un shock inminente, esperando recibir una noticia gratificante termina recibiendo una noticia que lo destroza por dentro e irónicamente obtuvo su primer caso. Vaya manera de comenzar.

No logra expulsar lágrima alguna, parte de él no lo acepta. Mirando hacia lo más profundo de sí mismo, sin entender y sin comprender,

buscando respuestas que derivan a más preguntas, comienzan a caerles lágrimas que chocan contra el suelo, solo son unas pocas gotas. Cierra sus ojos, divagando entre sus recuerdos, su tristeza y dolor es profundamente inexplicable, su buen hermano Mitch fue asesinado. Su muerte fue desagradable. Su muerte fue tortuosa. La peor forma de abandonar la vida.

Pasaron unos 20 minutos desde que recibió la noticia, sale de la oficina caminando a un ritmo depresivo con la mirada perdida, sus compañeros logran notar su estado anímico, todos ya están al tanto de la situación, por lo que la mayoría quieren brindar sus condolencias, pero John los ignora severamente.

Tras salir de la estación de policías, sus sentimientos rotos y desganas dan lugar a pedir un taxi, su bicicleta ya no es una opción segura.

Al llegar a su hogar, da aviso a toda su familia sobre lo ocurrido sin perder un maldito segundo. Sus padres murieron hace media década en un accidente aéreo, lamentablemente de los 200 pasajeros no hubo ningún sobreviviente. Sin contar a Mitchell, son dos hermanas y un hermano (Michael, Bárbara y Amelia), intenta no mantener conversación con ninguno de sus hermanos, al menos no una muy extendida.

Luego de dar aviso, enciende el radio para intentar distraer el dolor y la agonía proveniente de sus sentimientos, no da resultados.

Agarra una botella de Whisky barato, se recuesta en su sofá y permanece allí, horas y horas acompañado solo por sus pensamientos y con su aliento a alcohol barato. Indagando en sus recuerdos mientras da sorbos directos del pico de la botella, logra decir: —No entiendo hermano, quien querría asesinarte. — Esas fueron sus primeras palabras después de horas en silencio.

La luz del sol de a poco desaparece, fue un día corto, la oscuridad le sigue. Ya es hora de dormir y descansar para que la energía no sea un problema al día siguiente. Sin cenar o ingerir ningún tipo de alimento, consigue el sueño sin mucho esfuerzo, solo quiere olvidar.

Dormir en algunos casos es la cura a la tristeza, aunque a veces es el detonador de la gran explosión.

Al día siguiente despierta unas horas más tarde de lo normal, el reloj de su muñeca marca las 10 am, el despertador habitual no funciona por falta de baterías. «— No puede estar pasando—» Dice como si estuviera cometiendo un crimen. Se toma sus responsabilidades muy en serio, rápidamente se levanta y hace todos sus qué haceres para luego partir a su lugar de trabajo. La bicicleta la dejó en la estación por lo que decide caminar.

Al despertar su mente sufrió una breve dislexia y por ahora no recuerda nada sobre Mitchell y su muerte.

— ¡John! — Grita un sujeto a lo lejos —. Oye, John. ¡Detente! — Sus esfuerzos son en vano. John ignora todo lo que sucede.

De pronto, tras oír aquellos gritos que clamaron por él, comienza a recordar por completo lo de Mitchell. Como si los gritos lo hubiesen despertado completamente.

Se detiene un momento, suspira, y luego continúa con su recorrido.

Al estar a mitad de camino decide desviarse del trayecto e ir al lugar donde encontraron a su hermano sin vida, ya que ahora es su trabajo y objetivo encontrar al o los culpables. Antes que llorar y perder el tiempo, es preferible hacer algo para mantener ocupada la mente y así evitar pensamientos venenosos.

La plaza militar se encuentra ubicada a un kilómetro de la avenida principal, vive en un pueblo moderadamente pequeño.

Al llegar a la plaza militar, la cual está deteriorada por el tiempo y, olvidada por el pueblo, comenta:

— Con que la famosa plaza militar. — adopta la postura de detective, da reconocimiento a cada sector por el camino hasta llegar al lugar exacto donde fue encontrado el cuerpo, todo el suelo se encuentra todavía teñido de sangre, una enorme mancha de sangre seca. Intentando imaginar la posición en la que se encontraba

su hermano, logra recordar lo que el capitán le describió de la escena.

Consigue imaginar la posición correcta del cuerpo, «espalda al muro y sentado en el suelo», luego de unos minutos con la imagen de su hermano muerto, decide terminar con su visita a tal lúgubre lugar y continuar su camino, es un momento agonizante.

Con la cabeza gacha, comienza a retirarse de la ahora detestable plaza militar. De la nada ve un objeto que no puede ignorarse, fue un destello, recuerda el relato del capitán y un fragmento muy intrigante: *«el cuerpo tiene la marca de un beso color rojo en el rostro, para ser exactos en su frente.»*, lo que acaba de visualizar es la tapa con manchas rojas de un pintalabios, decide cogerla del suelo, la queda viendo como si encontrara un billete de lotería con la incertidumbre de lograr dar con un premio. No puede significar nada, o todo lo contrario.

Puede ser el único rastro dejado por el asesino o los asesinos, al tratarse de un pintalabios lo que concluye es que lo más probable se trate de una mujer.

—Una prostituta, alguna amante, no sé qué pensar. — Se dice pensando en una posible aventura, ya que su hermano estaba casado. John no tiene relación alguna con la esposa de su hermano y ni siquiera conoce el nombre de la desafortunada y ahora viuda mujer—. Esto puede ser una gran prueba, indudablemente puede serlo. — Prosigue y guarda la tapa del pintalabios. Son palabras dichas con mucho recelo.

La casa donde vivía Mitch queda cerca de la plaza militar, tan solo a unas pocas manzanas «—¿Debería ir? —» se pregunta pensando en su desdichada cuñada. Lo piensa unos minutos y decide no hacerlo. No por ahora.

Continúa su camino hasta la estación de policías, llega alrededor de las 11:30 am. Su bicicleta se encuentra en el mismo lugar donde la dejó el día anterior, por un momento pensaba que pudieron haberla robado. Algún delincuente con agallas pudo hacerlo.

Entra al edificio de unos 3 pisos y un subterráneo que funciona como estacionamiento. En el segundo piso se encuentra la oficina que le asignaron al instante en que fue aceptado en la jefatura.

Al entrar se dirige directamente hacia la recepción.

— Buen día Paula, ¿Se encuentra el capitán Fazio en su oficina? — Pregunta con un tono de voz apagado. Paula es la recepcionista del ingreso en la estación.

— Buen día oficial, el capitán se encuentra en su oficina. — Responde Paula con una sonrisa forzada y rutinaria, fingiendo alegría por verlo.

Paula fue novia de John años atrás, se conocieron en el mismo bar donde asistió Mitch la noche que lo asesinaron. Mantuvieron una relación durante dos años hasta dar finalizado su romance, John la abandonó sin razón aparente o al menos no se lo dio a conocer. A duras penas logran mirarse, hay gran tensión entre ellos, para colmo deben verse a diario. Paula siente gran desprecio hacia John. Ella intenta darle sus condolencias por la muerte de su hermano, obviamente no puede. El orgullo es más fuerte que la compasión.

Sin darle importancia alguna, John, para terminar ese tenso momento de “conversación” dice: — Gracias. — Para luego seguir su camino hacia la oficina del capitán. Paula arruga su nariz expresando el odio que siente, sin duda fue una relación tóxica por parte de ambos, pero luego de su corta rabieta, prosigue con su trabajo hasta olvidar aquel intenso momento.

Arriba hasta la oficina del capitán y golpea su puerta. Fazio abre rápidamente la puerta para gesticular gratitud ante el ingreso de John a la oficina.

—¿Cómo te encuentras hoy? Detective Cooper. — Pregunta el capitán, dando por hecho de que John no está del todo bien, al menos es lo que cree, solo realiza esa pregunta rutinaria por mera educación.

— Sin dudarlo, mejor que ayer. — una respuesta muy tranquila y despreocupada —. ¡Con ganas de comenzar a investigar! — Exclama con gran entusiasmo. Después de todo, su gran deseo se hizo realidad.

El capitán, algo sorprendido por el entusiasmo de trabajar que tiene John, no duda un segundo en hacerle una pregunta— ¿Estás seguro de querer hacer esto?

— Podría ver las fotos de la escena del crimen. — Al expresar las siguientes palabras, John mira seriamente al capitán, el cual se ve obligado a cumplir con su demanda, y la vez no puede evitar sonreír ante lo bien que responde anímicamente.

«Hacer algo es mejor que no hacer nada.»

— ¡Trabajaré contigo en este caso! — para John esto es una orden, por lo que no da ninguna objeción.

El capitán busca los archivos y documentos para luego presentárselos a John Cooper. —¡Yo estaré a cargo! — palabras con una mirada desafiante sin dar la posibilidad de anteponerse ante él.

— Está bien capitán, mientras se encuentre al culpable cualquiera puede estar a cargo. — Responde ante la intensa mirada del anciano.

Al abrir la carpeta del caso con los archivos y documentos, John se interesa más por las fotografías. Recuerda que encontró la tapa de un pintalabios en la ahora célebre plaza militar, bueno, su intención es ver la marca del beso en la frente de Mitch.

Coge una fotografía donde sólo se ve el rostro.

Claramente se visualiza la marca de un beso; la fotografía fue tomada en donde se le hará la autopsia, ya no tenía el rostro manchado de sangre, gracias a ello el beso se logra ver sin dificultad — ¡Unos labios hermosos! — Se queda contemplando con intriga la marca que ahora es provocadora de muchas interrogantes. Al momento que ve los ojos de Mitch, piensa: «¿Qué habrán visto esos ojos?».

Coge otra fotografía, esta cubre el cuerpo completo, es repugnante para John ver a su hermano muerto cubierto por su propia sangre que para colmo está solidificada. Da solo un breve vistazo a esta fotografía tan tétrica y gélida.

Mira fijamente al capitán Fazio y dirige su mano hacia su bolsillo, toma la tapa del pintalabios, y comenta:

— Encontré esto cerca de la escena del crimen, en la plaza militar, al parecer es la tapa de un pintalabios. Fui hacia el lugar y cuando tenía intención de retirarme, lo encontré en el suelo a tan solo unos pocos metros de la escena, al ver la tapa recordé que usted comentó algo sobre la marca de unos labios. Un beso en el rostro. Pensé que esa marca la dejó el asesino o mejor dicho la asesina. — queda en silencio por un instante y suspira —. Puede ser una prueba muy valiosa. — Dice con entusiasmo.

El capitán Fazio toma la tapa con mucho interés, ese pequeño plástico puede ser la única prueba que podría llevarlos al paradero del asesino, quizá no es nada, solo un plástico cualquiera como hay tristemente en cada rincón del planeta, sin embargo, no puede ignorarse tal semejanza.

— En un principio pensé que mi hermano tenía aventuras a espaldas de su esposa, pero sé que fue honesto y no lo habría hecho, aunque podría equivocarme. Al encontrar esto di con la posible hipótesis de que la marca no la provocó ninguna amante o alguien relacionada a la lujuria. En este caso, quien creo yo, una mujer fue la asesina, y dejó la marca de sus labios en la frente de Mitch. ¿Quién? ¿Y por qué? Es lo que debemos averiguar —Con esto John finaliza su breve relato, y uno muy interesante y perspicaz. Aunque quizás no sea una hipótesis correcta, al menos no en su totalidad.

— Quizás tengas toda la razón, de todas formas, lo averiguaremos mientras avancemos con la investigación. — dice el capitán, mientras revolotea su cabeza—¿Tu hermano estaba casado, cierto?

— Si. Olvidé comentarlo directamente. — En el relato que hizo hace un instante comentó que su hermano estaba casado.

El capitán hace ademán y continúa con sus preguntas.

— ¿Tuvieron hijos?

— Sinceramente, lo desconozco. Al menos nunca me entere de ello, por lo poco que se, no lo creo. — John desconoce la vida de sus parientes.

— ¿La conoces? — El capitán le pregunta a John sobre la esposa de Mitch.

— No sé quién es, ni siquiera conozco su nombre, nunca visité a mi hermano ni antes ni después de que se casara. — Le responde John sin mucho gusto. Se arrepiente de haberlo hecho.

— Investigaré en los archivos, para luego proceder y hacerles unas preguntas.

John se avergüenza por lo poco que sabe de sus seres más cercanos.

— De acuerdo capitán. — Tras decir esto, guarda silencio y frunce el ceño — ¿Acaso no le notificaron inmediatamente a la esposa sobre el deceso de su esposo?

«Buena pregunta.» En ese momento al capitán le parece extraño que la mujer de Mitchell no haya salido a la luz del caso. Comúnmente los seres cercanos a la víctima revolotean y estresan a periodistas y a oficiales de policía. Este no es el caso.

— Averiguaré sobre ello, no te preocupes.

Pasaron las horas desde que el capitán Claude Fazio salió de la oficina, de pronto el celular de John comienza a sonar, es el capitán por lo que atiende al instante.

— ¡John, la esposa de Mitch se llama Elizabeth Kloop, es su apellido de soltera. Iré a su casa a realizarles unas preguntas, ¿Quieres acompañarme? Podrías brindarle tus condolencias.

— Por supuesto capitán, estaré en la entrada principal de la estación.  
— Al finalizar la llamada sale de inmediato rumbo a la entrada principal.

Cuando llega a la entrada, Paula comienza a llamarlo, John no le da importancia y continúa su camino. «Cuanto lo odio.» Se susurra Paula con una sonrisa de desprecio y crueldad.

A los pocos minutos el móvil del capitán llega a la jefatura. John se sube de inmediato y luego ambos parten hacia la casa de Elizabeth, donde vivía con Mitch.

— ¿En qué momento termina usted patrullando las calles? — John le hace la pregunta al capitán en forma de broma, ya que pensaba que el anciano se encontraba revisando archivos y documentos dentro de la estación, al menos es lo que el capitán le había dado a entender.

— Si llegas a mi edad lo entenderás, detective. — John no entiende a qué hace referencia el capitán Fazio, asique se queda callado.

— ¿Habló con Elizabeth?

— No, de hecho, nadie puede contactarse con ella. — El capitán da una mirada gélida hacia John.

— Acaso cree que... — se detiene ante la posible insinuación del capitán —. Todo es posible. — dice al fin.

Aquella insinuación, la que John entiende ante la fría mirada de su capitán, es la posibilidad de que Elizabeth estuviera en las mismas condiciones que su esposo. Muerta.

La casa queda solo a unos kilómetros de la estación. Llegan a la casa, que por cierto es bastante moderna, con una arquitectura muy cuadrada. Baján de su móvil y caminan a la par hacia la entrada principal.

Tocan el timbre ubicado al lado izquierdo de la puerta color plateado, no atiende nadie por lo que continúan tocando. Sin recibir ningún tipo de respuestas se dirigen hacia el patio trasero, algo

ilegal sin una orden, pero debido a las circunstancias lo ignoran sin mosquearse.

Un perro comienza a ladrar y asusta a ambos «— Perro hijo de puta. —» ambos coinciden con la misma frase. El perro huye del lugar. Llegan al patio trasero, que tiene un jardín hermoso junto a una enorme piscina.

La puerta trasera de la casa hecha de madera al estilo barroco, se encuentra entreabierta. La casa es una obra de arte.

Al ver la puerta abierta, el Capitán comienza a pronunciar en voz alta el nombre de Elizabeth, quizás no sea nada, pero el instinto lo obliga a hacerlo, sin recibir respuestas de alguna persona, ambos deciden ingresar a la casa. Apenas traspasan la puerta se topan con una escena sorpresivamente perturbadora y espeluznante. Elizabeth está muerta. Ahorcada.

Ambos quedan perplejos. Se acercan intentando no perturbar ningún objeto de la desagradable escena. A Elizabeth la apuñalaron en el estómago, al parecer más de una vez. Es una escena sangrienta y escalofriante, como si se tratara de una escena solo vista en el mundo de la ficción.

Se encuentra colgada en su cocina, el vestido blanco que lleva se tiñó de rojo. Fazio llama a las autoridades lo más rápido que puede, a la policía forense y médicos.

Ambos se miran directo a los ojos, pueden notar lo sorprendido y perturbado que se encuentran cada uno ante una escena atroz y cruel.

—¡Maldición! Esto no puede estar pasando. — Son palabras del capitán. —¿Quién podría cometer semejante atrocidad? — Prosigue mientras se toma los ojos con sus dedos regordetes.

John no pronuncia palabra alguna, acaba de conocer a la esposa de su hermano fallecido. La conoce estando ahorcada y cubierta de sangre, en ese momento una gran angustia se apodera de él, y se convierte en un llanto que lo hace arrodillarse de forma brutal.

Lamentándose por no haber querido conocerla cuando su hermano quiso presentársela, comienza a ver a Elizabeth fijamente, pensando en la razón de no haber querido conocerla cuando estaba con vida. Obviamente no existe una razón que lo justifique. Seguramente ver a Elizabeth en ese estado no lo dejará dormir bien en demasiado tiempo.

John va en busca de un asiento en la cocina para no contaminar nada de la escena, mientras tanto el capitán sale en busca de algún objeto cortante con rastro de sangre entre los cubiertos. Todos los cuchillos están relucientes, no logra dar con nada de su interés.

John mira el charco de sangre debajo de la mujer que aún permanece colgada, no pueden hacer nada más que esperar y ver la

escena. Tras estar unos segundos mirando hacia el charco, ve un pequeño objeto, un pequeño y peculiar objeto. Se levanta de la silla y va a por ello. Lo busca y lo agarra sin darle importancia a mancharse la mano con sangre, ese objeto que hace a John levantarse es el plástico de la tapa de un pintalabios, una maldita tapa de pintalabios.

— Capitán, encontré algo. — Grita desesperadamente.

— ¿Que es precisamente? — Pregunta el capitán.

— La tapa de un pintalabios. — Responde John, con una mirada que da indicios de estupefacción —. Ahora estoy más que seguro de que aquella tapa que encontré cerca de la primera escena no es solo una coincidencia, están relacionadas, estoy seguro de ello.

— Puede ser solo una desafortunada coincidencia. — El capitán es alguien pesimista.

Ambos miran nuevamente el cuerpo de Elizabeth, apuntan hacia su rostro, en busca de otra coincidencia. Al ver lo que tiene, se miran entre ambos, impactados y perturbados. Se dicen al mismo tiempo:

— La misma marca. — Y allí está esa otra coincidencia.

Elizabeth también tiene en su frente la marca de unos labios rojos en la frente, la misma que tenía su esposo al encontrarlo en la plaza. Por lo que el asesino de ambos es el mismo, sin dudarlo, eso no puede ser solo una desafortunada coincidencia.

Ante tal sorpresa y teniendo dos tapas de pintalabios en dos escenas del crimen distintas, la misma marca del beso. Las víctimas al ser marido y mujer, se concluye que el asesino sin duda es el mismo y quizás podría haber sido cercano a las víctimas. Una venganza, quizás.

Quienes fueron llamados por el capitán llegan al lugar demasiado rápido, un hecho inaudito. Aún más rápido son los forenses que comienzan con su investigación y recolección de datos rutinarios, se toman cientos de fotografías. Cada sector de la casa es modelo del fotógrafo forense.

John ayuda a bajar el cuerpo de Elizabeth. La recuestan sobre una manta que colocaron en el suelo, para que el médico la examine en primera instancia y, así poder dar con algún tipo de anomalía que en un futuro puede desaparecer.

John se dirige hacia el patio trasero. No soporta estar ni un minuto más en esa habitación. Permanece sólo unos 10 minutos en silencio. Mira a la nada con sus ojos perdidos, hasta que el capitán se le acerca con el fin de darle las noticias de la siniestra revelación que describía hace un instante el médico que examinaba el cuerpo.

El capitán se coloca paralelo a John. Solo unos pasos los distancian. Cerca, pero a la vez, lejos.

— Los médicos acaban de descubrir el objeto utilizado para perforar su estómago fue un objeto filoso, delgado y bastante largo en comparación a los cuchillos convencionales típicos de cualquier hogar, ya que logró atravesarla por completo. También comentó que posiblemente estaba embarazada.

John, al escuchar eso solo se queda en silencio, aunque por dentro se sienten grandes estruendos. Ahora debe asimilar que su futuro sobrino también fue asesinado, asesinado en el vientre de Elizabeth, muy desgarrador. La tristeza lo consume arduamente, lo quema por dentro hasta tal punto que ya no puede lograr mantenerse de pie.

Estando de rodillas toma la tapa del pintalabios, pensando en quién puede ser tan insensible y cruel para cometer semejante acto. De asesinar a una familia, que mujer podría hacer esto. Desde que encontró la primera tapa piensa y seguirá pensando que alguna mujer es quien emprendió aquellos sucesos horripilantes.

Los profesionales continúan con su labor, que es una rutina ante cualquier escena de crimen. El capitán Fazio decide que ya es momento de irse, por lo que le ofrece transporte a John Cooper para llevarlo a su hogar sano y salvo, luego de terrible experiencia, John sin dudarlo le da el sí afirmativo.

Ya ambos en el móvil policial, ninguno habla o hace gesto de querer hacerlo, a veces el silencio es lo mejor que nos puede pasar.

Ya en su hogar, luego de un día explicito, como hace a diario, enciende su radio y comienza a escuchar: *Simple Man* (Lynyrd Skynyrd), cierra los ojos y contempla auditivamente tal obra maestra. Sus dedos hacen gestos de tocar notas en el aire, intenta seguirla con voz propia, hasta que comienza a dar con el desahogo de sus sentimientos a través de lágrimas y breves sollozos.

Pasan unas décimas de minutos, John se encuentra en su cama. Tiene los ojos rojos y húmedos. Su mente ya se encuentra cansada, solo es momento de dormir. Comienza a oír su teléfono celular, es ese momento crea un sonido tan estridente y molesto que se levanta de su cálida cama, busca su teléfono y se sorprende al ver quien llama.

Se queda viendo la pequeña pantalla. «Michael.»

— No es buen momento para hablar, querido hermanito. — Se dice a sí mismo, irritado por la interrupción de su pacífico momento. Rechaza el llamado.

Vuelve a llamar.

— ¡Que insistente! — Exclama gritando. Se toma sus ojos y gruñe. Acto seguido, arroja su teléfono contra la pared y lo destroza como si fuera cristal.

Se acuesta y duerme con la mente “tranquila”.

Comienza a salir el sol. El ruido de la muchedumbre y vehículos retumban en la ciudad. Es un día soleado y caluroso sin brisas refrescantes. Un día difícil.

De repente, algo en la habitación empieza a vibrar, junto a una melodía rota y saturada. Es el teléfono que John arrojó por la noche.

Se despierta.

—¡Pero..., qué demonios! — Exclama somnoliento, colocándose la almohada entre sus oídos, intentando permeabilizar el estridente sonido. No lo logra.

El teléfono deja de chillar al mismo tiempo en que John se levanta de su cama.

Comienza a buscar su teléfono debajo de su cama, comúnmente suele dejarlo entre su calzado. No lo encuentra. Luego comienza a abrir los cajones del mueble que está al lado de la cama, la mesita de luz. Tampoco está allí.

Busca por varios minutos su maldito teléfono, lo hace con frustración y cierta desesperación. Nos volvemos dependiente de un pequeño aparato, es inevitable. Al no encontrarlo, coge su despertador, que por cierto no funciona por falta de baterías, y lo arroja contra la pared.

— ¡Mierda! —masculla, mientras se percata de que en esa misma pared también había arrojado su teléfono celular. Minutos buscándolo y sin embargo se encuentra allí, todo roto. Y funcionando.

Recuerda que lo destrozó por una estúpida rabietta.

Va a por él, lo levanta del suelo.

— Hoy me levanté con el pie izquierdo. — Ríe para no llorar. Su teléfono celular tiene la pantalla hecha añicos, imposible de ver quien lo llamaba hace un instante.

«Estaba embarazada.» Se le viene a la mente aquel recuerdo desgarrador. Pensándolo bien, está muerta y embarazada de un feto sin vida. El uno para el otro.

Se le viene de forma estrepitosa y cruel la imagen de Elizabeth colgada de su cuello, del charco de sangre formado debajo de ella. Pero lo impacta mucho más las palabras de su capitán: "Acaban de descubrir que estaba embarazada." Impactante.

Cierra sus ojos. Da un largo suspiro. Estira su cuerpo para relajar sus músculos tiesos y, así enfrentar el ya duro día.

— ¿Quién llamaría? — Se pregunta. Ahora es un misterio. De todas formas, no podrá atender ningún llamado más con ese teléfono celular.

Suenan golpes provenientes de la puerta principal.

— Supongo que es la respuesta.

Emplea pasos rápidos para ir hacia la entrada. Al dormir con la ropa puesta, no fue necesario ninguna vestimenta. Toma la perilla mientras quita el seguro de la puerta, y la abre.

—¿Cómo te encuentras, John? — Pregunta el capitán Fazio. Hace la pregunta por educación, a simple vista cualquiera se da cuenta del estado de John. Sucio y maloliente. Deprimido y desesperado.

John lo ve con cierto desprecio «Una pregunta obvia y, muy estúpida.» En menos de 48 horas se enteró del asesinato de su hermano, visualizó a su cuñada ahorcada, y resulta que dentro de ella había el feto, quien habria sido su sobrino.

— ¿Qué quieres? —ignora la pregunta de Fazio y hace la suya.

Fazio nota el enfado de John al percibir la entonación de su voz y en su mirada.

— No atendiste mi llamado y... me preocupé — Fazio lo mira dudando de lo que sale de su boca. No es una persona cuerda respecto a los sentimientos, y más aún, ajenos a él.

Ambos se quedan viendo el uno con el otro. Se crea un silencio incómodo. Un momento de tensión, como si fueran grandes enemigos.

— Disculpe, capitán. Estoy trastornado y confundido. — Son palabras muy sinceras.

— Comprendo. — Fazio también está algo trastornado, asique entiende por completo al joven John. —Arréglate y vamos a la estación.

— ¿Es necesario? — John hace la pregunta mientras arquea las cejas. Se refiere a lo de «arreglarse».

— Es para ver algunos archivos sobre el crimen de Elizabeth. — Una mirada gélida surge del capitán.

John se queda viéndolo, «Elizabeth.» Nuevamente se viene la imagen de aquella vil escena a su mente.

El capitán se percata de ello. Toma la iniciativa y dice: — Descuida, no pedí fotografías, solo documentos escritos sobre detalles de la escena, ya sabes, descripciones y anomalías que pueden ser imprescindibles.

Gran amabilidad por parte del capitán. John se queda pensando sobre los documentos que tiene el capitán obtenido de los forenses sobre el asesinato de Elizabeth.

— Quiero ver aquellos documentos, los forenses pudieron dar con algo. — Suspira y continúa—. Luego quiero ver los documentos de Mitchell.

— De acuerdo. Respecto a lo de Mitchell, olvide comentarlo — Dice el capitán —, le están haciendo la autopsia.

John se mosquea por el comentario tan incrédulo que acaba de salir de la boca del capitán. Es obvio que ante un accidente, asesinato o muerte dudosa harán una autopsia. «La autopsia es un hermoso tabú.» Piensa sandeces sin sentido.

Marchan hacia la estación.

Ahora, estando en la oficina del capitán Fazio, toman asiento y comienzan a verificar los archivos otorgados por los forenses.

— Por un momento pensé que obtener estos archivos tomaban un buen tiempo.

El capitán Fazio lo mira, dibuja una sonrisa de incrédulo, y le balbucea.

— No cuando tienes buenos contactos. — Dice, y se peina sus cejas canosas y peludas —. Más aún, cuando eres como yo consigues todo lo que quieras y cuando quieras. — Termina con un comentario narcisista.

John lo mira y no dice nada, en cierto punto el capitán no miente del todo. Tiene una gran trayectoria en el cuerpo, hoy se lo considera una persona de renombre y además es muy respetado por otros profesionales. Tiene sus buenos argumentos.

— Dejemos de bufonear, toma estos archivos y escruta para ver si das con algo. — El capitán se cansa de perder el tiempo y emprende a su labor.

Antes el silencio, ambos indagan y escrutan los archivos y documentos.

Solo son papeles insípidos, al menos lo son para ellos, porque no hay nada que no sepan. Por momentos parece una pérdida de tiempo. Ambos se impacientan.

— ¡Mierda! — Exclama John, con gran exaltación. Rompe todo indicio de silencio.

— ¿Qué sucede? — Pregunta el capitán y se levanta bruscamente de su asiento.

John tiene en sus manos un documento sobre Elizabeth. Lo ve con ojos de platos, estupefacto por lo que acaba de leer. Lo que tiene es una descripción de lo que se encontraron en la casa los agentes forenses al hacer las requisas en cada habitación.

— John...

Este extiende su brazo para alcanzar el documento al Capitán. Lo toma. Mira a John a los ojos, quien dictamina una mirada gélida.

Comienza a leer el documento, hasta que se topa con aquello que es capaz de impactar a quien sea, lo que lee dice: «En el vientre de la víctima se visualiza un corte desde el ombligo hasta la zona genital, semejante al de una cesárea. El médico forense afirmó con plena seguridad que la víctima concebía por varios meses a un feto. Sin embargo, luego de la afirmación del médico, se constató que, en el interior de la apertura hecha en el vientre de la víctima, no se logró dar con ningún feto.

Más tarde, en esa misma noche, se encontró un feto en la cama matrimonial de los Cooper, a su lado había una Rosa de plástico. Un Segundo feto fue encontrado en el congelador de la nevera dentro de una caja de chocolates. «Al parecer son gemelos.»

Ambos están pasmados.

«Bastante amateur esta descripción.» El capitán logra distraerse pensando en que la descripción que tiene en su mano no es tan profesional como lo esperaba. Ya saben, nombres de oficiales, fecha y horarios de cada momento importante, etc. Aunque, al obtener todo de un día al otro, es más de lo que ambos pueden imaginarse.

— Si que es una mierda, una mierda de lo más mierda. — El capitán rompe el silencio siguiendo el pie de lo último dicho por John.

— Puta mierda. — Dice y ríe. Es una risa forzada, con el fin de lograr entrar y enfrentarse a la dura realidad.

El capitán lo mira con ojos de compasión, a tal punto que puede confundirse con una mirada de pena.

John toma un par de archivos.

— Si seguimos escrutando los documentos para ver si damos con algo más, no sería una mala idea. —Dicho esto, ambos comienzan la labor.

«Vaya chico.»

— Oye, de veras que lo lamento, John. —Interrumpe el silencio que se había formado.

John se le queda viendo. No dice nada. Arquea brevemente las cejas y asiente. En ese momento, el instinto le hace desconfiar del capitán, así de la nada, sin razón aparente. El instinto actúa por sí mismo y es difícil de ignorar.

El capitán logra notar la desconfianza que de alguna manera se apodera de John. No dice nada, coloca cara de póker. Vuelve a leer los archivos que leía antes de toparse con la mirada de John, no obstante, esta vez se distrae ante cada movimiento que realiza, de cierta forma le transmite desconfianza el no saber qué pensamientos tiene su compañero.

Ambos parecen desconocidos que se encuentran en un callejón. Ambos pueden ser buenos y malos, o uno es el bueno y el otro es el malo. Ante esa interrogante, hay que seguir lo que el instinto intenta decir.

Permanecen sin decir nada por un largo intervalo de tiempo.

— ¿Se encontró con algo interesante? — Pregunta John.

«Si, tú eres lo interesante.»

— Nada fuera de lo normal. De todas formas, debemos esperar los documentos que serán los oficiales, pero esos llevan su tiempo. Por mientras debemos aguantar un par de días, a lo sumo.

«Capitán. ¿Qué te traes entre manos?»

— Lo mismo es en mi caso, nada fuera de lo normal.

«¿Por qué me miras de esa forma?»

— Los archivos del caso de Mitchell que tengo, son los oficiales. ¿Quieres revisarlos?

— Por supuesto capitán. —John lo mira con cierto recelo. Es un momento de tensión sin sentido o razón aparente.

El capitán se levanta, va a un mueble bastante viejo ubicado a un rincón de la oficina, viejo pero limpio. Abre uno de los cajones. Indaga entre los archivos que están ordenados por orden alfabético. En unos instantes ya tiene el archivo de Mitchell Cooper en sus manos.

Lo arroja al escritorio.

— ¡Demonios, es más gordo de lo que creí! — Hace referencia a la carpeta que contiene los documentos, fotos y etc.

— Si, bastante completo para tan poco tiempo. —Tan solo pasaron menos de 72 horas del asesinato de Mitchell.

— Entonces, manos a la obra. — Dice, y toma algunas fotos y archivos escritos.

— Espero no sea una pérdida de tiempo. — Los años ya le pesan al capitán.

El capitán Fazio se queda viendo a John, cualquier persona en su lugar seguramente estaría echado en su cama sin nada que hacer más que solo apestar la habitación.

La tensión entre ambos se esfuma. Solo fue una sandez.

Luego de un buen rato de indagar entre tantos papeles y fotografías. No logran dar con nada que lo ayude en su investigación.

Según dicen los forenses en un documento, el objeto que fue usado para asesinarlo es desconocido. Se descarta la idea de la daga que fue planteada en un principio.

No se encontraron huellas dactilares en el lugar del asesinato, nada que logre identificar al agresor. Es un asesinato provocado por alguien que sabe lo que hace. Un profesional. «Todavía no saben lo de la tapa de pintalabios.»

Otro dato más interesante, fue encontrado por John, es que la marca del beso que se encontró en la frente de Mitchell, no presenta ninguna huella, es una marca insípida, al parecer es un dibujo hecho a mano o provocado por algún objeto con forma de labios.

Aparte de lo ya mencionado, los archivos contienen descripciones que no son de mucha ayuda. Las fotografías solo ayudan a provocar náuseas o placer si caen en manos de una persona enferma.

— Y lo fue. Una pérdida de tiempo. — Su inquietud se convierte en una certeza.

— No estoy completamente de acuerdo, capitán.

— ¿Qué quieres decir? — Pregunta, la curiosidad le llega hasta el cuello.

«Tantos años de experiencia y no se da cuenta.»

— Piense y se dará cuenta. — Una sonrisa surge de John. Le parece cómico que su superior no logre dar con algo que es muy obvio.

«Hijo de puta.»

— Porque debería de pensar si tú puedes decírmelo. No hay que perder más tiempo.

«Buena jugada.»

— Se da por vencido muy rápido, capitán. — Ríe mientras ladea la cabeza los lados y continua con el habla: —. De acuerdo, no es mucho, no es una certeza, pero sí es una gran posibilidad.

— Escúpelo todo. O te despido.

«Maldito viejo decrepito.»

— Es un dato interesante. ¿Recuerda aquello de que la marca del beso no presenta huellas y que tiene indicios de que fue algo artificial? — Espera a que el capitán asienta —. Bueno, en un principio yo pensé que el asesino era una mujer, ahora, luego de leer aquello comienzo a pensar que lo de la mujer hay que ponerlo en duda. Quizá la marca sea para despistarnos del verdadero asesino. Lo mismo va para la tapa que encontramos.

— Maldito genio. — El capitán se sorprende por no poder haber llegado a esa conclusión—. De todas formas, no hay que poner en duda el género del asesino, puede ser cualquiera, quizás sea lo que tú dices, o quizás sea lo contrario. Hay que pensar en que lo de la marca sea una señal de que es a una mujer a quien se debe de temer. Lo mismo con la tapa. Aunque lo de despistar tampoco es mala idea, todo el mundo buscará a una mujer y al final puede resultar que el verdadero asesino es un estúpido hombre.

— Estamos ante una gran incógnita. — Dice John mientras se rasca la cabeza. La duda le provoca comezón.

— No le digas nada a nadie, al menos no por ahora.

Tras esa nueva interrogante que se acaba de crear «El género del asesino.», deben de ser perspicaces, astutos y, sobre todo, inteligentes. Todos lo que están encadenados a los asesinatos, buscan a una mujer. Debido a las circunstancias es la única opción. Saber el género del criminal reduce mucho las cosas, el no saberlo complica atrozmente todo. Por ahora nadie tiene pistas, pruebas o algo que sea de utilidad, están en la nada y deben de actuar rápidamente para evitar un posible futuro asesinato.

Unas tapas, unas malditas tapas hacen perder la paciencia, no por lo que son, si no, por lo que pueden ser. Dos plásticos que ponen a uno a pensar y a dudar.

En estos momentos el capitán Fazio y su compañero John Cooper están desilusionados por lo poco que sirven los documentos sobre el caso de Mitchell y el de Elizabeth. También están perturbados por un hecho asquerosamente cruel.

«Dos fetos fuera del vientre de su madre, quien fue abierta descaradamente.»

John sufría la pérdida de un hermano, de su cuñada. En aquel momento cuando el capitán le contaba aquello, ya era mucho, sobrepasa la cordura y la aplasta. Y ahora, desde el momento que leyó aquella descripción redactada por los forenses, se le suma a su conciencia la muerte de sus sobrinos. «De todas formas aun no terminaban de desarrollarse, no vivieron fuera del vientre. No hay que llorar por quienes no están vivos ni muertos.»

«¿Quién será el próximo?» Eso está por verse.

— En vez de quedarnos sentados calentando asiento. — Dice el capitán, luego de que ambos estuvieran pensando sobre la situación, se impacienta, se levanta bruscamente y se marea por un instante—. Deberíamos ir... debemos ir a interrogar a vecinos o a quien sea. Si tenemos suerte, eso espero, podríamos dar con algo bueno. —

Finaliza. Sale de la oficina y se dirige hacia la entrada principal del edificio para abandonarlo.

John no tiene otra opción. Se levanta con gran flojera de su asiento y sigue al viejo gordo, su capitán.

— Espere un momento. — grita. Lo ignoran. Apresura el paso.

— ¡John! — Una voz femenina se hace escuchar claramente.

John detiene su paso apresurado. Busca de donde sale la voz que clama por él.

«Paula.»

— Ahora no puedo, Paula. — La mira directo a los ojos, en su momento eso era lo que provocaba fuego y pasión, ya no es así —. Debo ir con el capitán a ver unos asuntos. — Escapa de Paula, pero lo importante es que lo hace con la verdad.

Paula solo asiente con la cabeza.

— Algún día pagarás por todo. — Paula se llena de furia. Culpa a John por hacerla sentir triste. Aún lo ama.

— Entra rápido, maldito perezoso. — El capitán grita dentro de su vehículo, estacionado en la entrada, y abre la puerta del acompañante.

John logra ver al instante al Capitán, corre y entra con gran euforia a la patrulla.

— ¿Qué tiene en mente? — John quiere saber el plan que llevarán a cabo.

— Iremos a interrogar a los empleados del Lucky Bob.

«Que pésimo nombre.»

— Mitchell. — Dice el nombre de su hermano. En honor a él están yendo a ese bar.

— Veremos que tienen para decir. Seguro aquella fiesta fue un poco salvaje, como de costumbre, algo interesante relacionado con tu hermano pudo haber ocurrido.

— Creo que saben menos que nosotros, capitán.

— Eso es lo que vamos a averiguar, ver que saben. — El capitán mira con desdén a John y lo hace notar.

Se origina un deseado silencio.

— Llegamos. — Dice el capitán.

John está ensimismado sin hacer movimiento o gesto alguno. Perdido en sus pensamientos.

El capitán le toca el hombro y lo sacude.

— Llegamos. — John repite lo último dicho por Fazio.

Al estar, ambos, dentro del bar, notan que un cantinero los observa de reojo sin disimular, Fazio se percata de ello. Es común que los uniformados sean mal vistos y abucheados en lugares como ese. La ley es muy quisquillosa.

Fazio mira a John, hace un movimiento con el dedo señalando al cantinero con una mirada dura para que también note la pequeña situación.

— Aquel sujeto, el cantinero con rasgos asiáticos, te mira de forma peculiar.

— ¿A mí? — Dice como si le sorprendiera. — Bueno, quizás sabe quién soy.

— Vamos hacia él.

John asiente y ambos dan marcha hasta llegar a la barra donde atiende el cantinero.

— ¿Qué les apetece? — Pregunta el cantinero con amabilidad.

— Unas respuestas. — El capitán responde sin estribos.

— No tenemos de eso por aquí.

John mira a ambos con indiferencia.

— La noche de la fiesta. Esa misma noche luego de que este bar cerrara sus puertas hubo un asesinato no muy lejos de aquí.

— Mitchell Cooper. Estoy al tanto de lo ocurrido.

— ¿Usted trabajó aquella noche? — Comienza el interrogatorio del Capitán.

— Si, y estuve con él en este mismo lugar. — Responde el cantinero.

«Interesante.»

— ¿Hablaron? Si es así, ¿De qué?

— De la vida. Ya sabe usted, problemas, inquietudes, buenas historias.

El capitán arquea las cejas.

— ¿Algún tema fue peculiar, dijo algo que sale de lo normal dando indicios de algún peligro?

— A decir verdad, no. Fue una conversación que suelo tener constantemente con diversos clientes que vienen aquí, bastante ordinario.

— ¿Lo conocías fuera de este lugar?

— No. Pero lo he atendido varias veces, era un cliente regular.

— Si sabes algo, será mejor que lo digas en este momento. —Dice el capitán Fazio con ímpetu.

El cantinero niega con la cabeza.

— Tengo un compañero que también estuvo con Mitchell aquella noche. Ahora lo llamo para que le hagas tus preguntas.

— Es buena idea, aquí espero.

El cantinero va a por su compañero.

— ¿En qué piensas John? — Pregunta el capitán luego de verlo parado allí como un árbol y con la mirada perdida.

— Ni yo se la respuesta. —ríe.

Un joven de piel pálida se acerca a ambos.

— ¿Necesitan de mi sabiduría? —Pregunta el pálido.

«Otro don alegría.»

— Así es. Noche de fiesta. Mitchell Cooper. — Fazio va directo al grano.

El pálido queda por un instante algo descolocado. Como si aquello fuera abrumador.

— Si, mi compañero ya me puso al tanto de la situación. — Dice y se palpa la barbilla —. Solo recuerdo que lo vi con una mujer. Si mi memoria no me engaña, estaban discutiendo. La verdad no presté atención, en una fiesta, eso es algo muy normal.

«Una mujer.»

— ¿Recuerdas a la mujer? Ya sabes, nombre, apariencia, etc. — Fazio exprime cada recuerdo del pálido.

— Para serle sincero, no. Solo recuerdo a una mujer como cualquier otra, con maquillaje y ropa elegante. No me fijé mucho. — El pálido se decepciona así mismo por lo poco que está ayudando.

— Si la vuelves a ver, ¿La reconocerías? — John entra en el ruedo. El capitán se molesta por la interrupción y, más aún porque era justo lo que iba a preguntar.

— Lo dudo. Aunque nunca se sabe, quizás me dé el chispazo y sea capaz de reconocer a quien fuese.

— ¿Tienen cámaras? — Pregunta el capitán, mientras escruta con la mirada cada sector del bar.

— Si. Pero el gran problema en ello es que, en los días de fiestas, las cámaras se apagan. — El pálido se ruboriza un poco —. Se que no es lo correcto, pero el jefe dice que las personas vienen a divertirse y darle la mano al libre albedrío sin permitirse a que los estén espiando.

— Menuda tontería dices.

— Lo sé, pero bueno, todo viene de arriba. El jefe es un poco excéntrico.

— Supongo que no tiene nada para decir. — Dice John.

El capitán mira a John.

— No lo supongas. Lo conozco de hace un buen tiempo y, como todos aquí saben, es una persona ultra fiestera. Seguramente aquella noche estaba más adormecido que cualquiera.

El pálido asiente ante la suposición del capitán y da a entender que está en lo correcto.

— Sexo, drogas y rock and roll. — John expone una frase muy famosa.

Ya fuera del bar, ambos quedan parados frente a su patrulla intentando razonar ante las palabras de aquellos cantineros. No fueron de mucha ayuda, pero, el pálido asegura que Mitchell estaba con una mujer aquella noche. Pudo ser cualquiera, es una fiesta, lo normal es socializar. Ante las circunstancias, saber aquello, es inquietante.

«Esa mujer pudo asesinarlo.»

— ¿Qué piensas John? — Pregunta Fazio, luego escupe hacia el suelo.

— Estamos en una gran encrucijada... — Responde. Suspira profundamente —, mi mente se queda sin ideas. — Dice al fin.

Fazio se acaricia la barba.

— Seguimos en la nada.

— La nada nos sigue a nosotros, capitán.

Fazio lo mira.

—Escucha, ya está anocheciendo, mañana continuamos con el trabajo.

— De acuerdo. — Fue un día poco productivo. O eso es lo que creen.

Fazio lleva a John a su departamento. Estando en la patrulla, ambos solo indagan en su propia mente. Necesitan tirar alguna carta en la mesa para continuar con el juego y no retirarse.

— Una mujer. — Masculla John.

«Hombre o mujer.»

— Quizás no sea nada.

— Las circunstancias da a entender que el criminal es una mujer — expresa John —. ¿Y si mi hermano estuvo hablando con su asesino aquella noche? — Pregunta.

— La verdad ya no sé qué pensar. Pero creo que debemos seguir por el camino de buscar a una mujer.

— Yo creo que la mujer que discutió con Michell aquella noche es una gran sospechosa, seguramente se conocían. Ahora tenemos que pensar en que su esposa también fue asesinada, y eso me hace creer con más fuerzas de que el asesino es alguien que ambos conocían muy bien. No lo sé, tampoco sé qué pensar. — John, tras decir esto, se sacude el pelo representando su fastidio ante la situación.

«Obviamente no fueron asesinados siendo solo una simple coincidencia.»

— Hablaremos de eso cuando tengamos la mente más clara y tranquila. — Dice Fazio, intentando que John se desvíe un poco del estrés.

«Los fetos. Pueden ser algún tipo de mensaje.» Piensa Fazio. Acaba de recordar que un feto estaba en la cama y a su lado había una rosa. El otro feto estaba en una caja de chocolates. «Que romántico.» Pero decide comentar aquello en otro momento, es hora de descansar.

Llegan al departamento de John.

— Nos vemos mañana a primera hora- — Dice el capitán una vez que John sale del coche.

— Buenas noches. — John se despide y entra rápidamente a su hogar.

Una vez adentro, enciende las luces y se dirige a su habitación para arrojar a su cama y despabilarse un poco. Entrando en la habitación ve en el suelo su despertador y teléfono completamente destrozados.

— Estúpida dependencia. — Se dice así mismo haciendo referencia a su celular. No tener celular es como vivir en una cueva oscura, una vida insípida. En la era moderna todo trasciende de aquel pequeño aparato.

«Michael.» Recuerda que su otro hermano lo llamó la noche anterior.

Comienza a juntar los plásticos rotos para arrojarlos a la basura. Saca el chip del celular para poder comprarse otro y mantener el número de siempre.

Su estómago ronronea como un gato viejo y gordo.

«Hambre.»

Ante la demanda de su organismo, parte a la cocina en busca de comidas chatarras derivadas del sucio capitalismo. Grasas y cosas insalubres, pero, en fin, comidas que están en cualquier hogar.

Agarra una bolsa de algo y se sienta ante su mesa de cocina para comer lo que sea que se encuentre en esa asquerosa bolsa húmeda de grasa.

Mientras saca la comida de la bolsa. Alguien toca la puerta principal.

El capitán llega a su casa luego de dejar a John. Estaciona la patrulla en su garaje. Baja del vehículo, camina y se dispone a ingresar a su hogar.

«Fetos.»

Todavía piensa en ello, sin duda, aquello le perturbó y le sigue perturbando. «Vamos tras una persona de mente enferma.»

Coloca la llave en la puerta delantera. Abre la puerta y entra sin pensárselo dos veces.

— Hogar, dulce hogar. — Dice y rompe el silencio de una casa vacía.

Tira las llaves del coche y de la casa dentro de un cajón en un mueble que se encuentra a solo unos metros de la puerta. Mira la hora, y para su suerte el reloj está descompuesto.

— Un día para olvidar. — El tiempo es relativo, pero no saber en qué momento del tiempo estamos, desespera y asusta.

Se desprende la camisa y deja al descubierto su abdomen y pecho. Peludo y asqueroso.

Busca una cerveza de su nevera. «Schlappeseppel.» Una cerveza alemana.

— El maldito rey de Suecia sí que la pasaba bien. — Hace referencia a la cerveza y al rey Gustavo Adolfo, de Suecia. Un soldado cojo la fabricaba personalmente para él.

Un sorbo tras otro. Una botella tras otra.

Luego de beber unas 5 botellas de litro, o un poco más, su estado es normal. Luego de décadas bebiendo, su cuerpo convierte al alcohol en algo insípido. «El alcohol es bendito.»

Ante el silencio de la soledad, su mente se convierte en un torbellino de recuerdos. Tirado en su sofá con sus piernas extendidas en la mesita de café, tira una botella vacía contra el suelo y la destroza. Saltan cristales por doquier.

«Ojalá estuvieras acá, conmigo.» Piensa con melancolía.

Mira hacia el mueble del televisor y ve una fotografía. Se levanta y se despidе de su comodidad, y va hacia la fotografía. En el camino pisa algunos pedazos de la botella que acaba de romper. Su calzado lo protege.

Ya tiene la fotografía en sus manos, está dentro de un marco de madera. Y comienza a sollozar, a su vez, se siente airado por cómo terminó todo.

«Felicidad.»

Ve la foto con nostalgia. Apoya la mano en la fotografía. Cierra sus ojos y empieza a acariciarla. Menuda escena.

«Hilary.» Es su ex esposa a quien acaricia en la fotografía, como si la foto también hubiera captado su piel aparte de solo una imagen. La imaginación no tiene límites.

«Hilary, Hilary.» Está ensimismado en sus recuerdos.

Es una escena que sucede cada vez que vuelve a casa. Ya es una rutina al terminar sus días.

Deja la fotografía en su lugar. Va a su sofá y se recuesta.

Y allí culmina su hora de tristeza. Un recuerdo donde la muerte hace presencia.

«Hilary.» Murió hace 8 años. La causa de su muerte fue por ahogamiento. Se ahogó en un lago de la Patagonia «Nahuel Huapi.» mientras hacía kayak con su esposo «Claude Fazio». Su kayak dio un giro de 180° inesperadamente, se sumergieron sin poder conseguir el control. El capitán pudo salir a flote, pero Hilary, no tuvo esa suerte. Fue un momento de desesperación, y

ante la desesperación no se puede pensar con claridad. Fazio se quedó inmóvil debido al pánico. No pudo ayudarla y murió.

Fazio se culpa cada día por aquello. Y esta en todo su derecho, no hizo nada para poder ayudarla. Se juzga con razón.

Pero hay algo más que lo atormenta con más pudor. Su, en ese entonces, esposa, estaba embarazada. Por no poder hacer nada, dejó que su hijo también muriera.

«Cuánto me gustaría volver a aquel momento. Todo sería radicalmente diferente.»

Se duerme.

«Riiiiiiiiinnngggg.»

Su celular comienza a sonar. Alguien lo llama a muy altas horas de la noche.

—¿Sí? — Dice somnoliento.

— Capitán. —Responde una voz masculina—. Disculpe el horario, trabajo en el departamento de forenses. Respecto a la autopsia de Mitchell, también la de Elizabeth, ya finalizaron.

«No me lo creo. Es muy pronto.» En muchos lugares del mundo, ese hecho es una locura imposible de lograr. Pero en este caso si es posible, es una ciudad “segura” donde la paz se mantiene límpida. Son los únicos casos en los que la mayoría está enfocado.

— ¿No me llamas solo para decirme eso, o sí?

— Claro que no. — Responde ante la incredulidad de Fazio —. Tengo los documentos de la autopsia, su casa queda de pasada a la mía. ¿Se los alcanzo?

«Ingenuo.»

— Ya que me despertaste, es lo mínimo que puedes hacer. — Fazio hace notar su impaciencia.

— Es 5 minutos estaré allí.

Cuelgan.

Luego de que el empleado del departamento de forenses le llevara los documentos, y a su vez, se disculpara, Fazio comienza a pensar nuevamente en los fetos «Un poco personal.»

Se acomoda en su sofá. Abre la carpeta y comienza a escrutar brevemente los archivos.

No da con nada de interés, al menos no en este momento, está cansado, su sueño fue interrumpido. No es momento de trabajar y obtener buenos resultados.

«Esto sí que es interesante.» Se expresa a sí mismo.

Tiene en sus manos un archivo perteneciente a la autopsia de Mitchell. El documento describe los tipos de químicos y materiales que tiene la marca hecha con labial: Dióxido de titanio, aceites, cera y algún agente emoliente.

«¿Con que necesidad?» Saber aquello no es de mucha ayuda, ya que se trata de un producto ultra comercial. Con una gran demanda y gran arco de producción.

Toma el documento de la autopsia de Elizabeth donde también da la descripción de lo que contiene la marca hecha con pintalabios, y en ambos casos coinciden.

«Es mejor buscar una aguja en un pajar.»

Mientras mal juzgaba aquellos datos, da otro vistazo, esta vez con mayor atención. Y sí, logra dar con algo que no se puede ignorar.

— Es poco, pero es algo. — Dice con asombro.

Lo que detallan aquellos documentos, en ambos, ya que son completamente iguales, es que se hicieron pruebas con diferentes

marcas de labiales con el fin de dar con el que utilizó el asesino. Se evaluaron la textura, intensidad del color, brillo, tono, etc. Hasta que dieron con uno que se asemeja escandalosamente.

«Giorgio Armani.»

— Vaya, es una marca muy exclusiva. — Fazio se sorprende al leer aquella marca. No todos se pueden dar el lujo de comprar un labial de esa índole.

— Aunque, es algo insignificante. — Sin dudar, Fazio abandona de su mente aquel dato. No es de mucha ayuda, miles de personas deben tener una en su poder.

De todas formas, conocer la marca puede ser de utilidad en algún momento. No se debe rechazar cartas en un juego donde la incertidumbre es la dominante.

— Vaya manera de perder el tiempo — Se indigna y se va a dormir.

«Es un dato que ayudará más adelante.»

«Alguien toca la puerta.»

Son golpes bastantes débiles. Cualquiera lo puede confundir con golpes proveniente de cualquier lugar en el exterior. Algún vecino martillando o una vecina golpeando con la cabeza la pared mientras la penetran desenfrenadamente. «Suele pasar.»

John lo ignora mientras cena unas hamburguesas con papas aceitosas, nuevamente la puerta suena con unos golpes más fuertes y estridentes, se levanta de su asiento y decide atender.

Mientras va hacia la puerta, se le cruza espontáneamente la idea de que quien asesinó a su hermano viene a por él. De pronto un estado paranoico corre por sus venas, también el miedo y una sed de venganza ejercen poder en su mente, entra en valor sin tomar precauciones y abre la puerta bruscamente. No hay nadie tras la puerta.

«Seguro viene de otro lado.»

Gruñe y vuelve a sentarse para saciar su apetito. Nuevamente alguien toca la puerta. Esta vez es más fuerte y claro.

Salta de su asiento, su respiración se torna asmática. «Una mala broma.» Piensa. Y va con valentía a tomar la perilla, la gira y abre de tal forma que la puerta logra cortar el aire haciendo un chillido.

«Nadie.»

Alguien grita con todas sus fuerzas, es un grito agudo y desesperante, John se asusta tanto que cae de espaldas al suelo.

— Soy Michael, tranquilo — Se escucha luego de que cae al suelo, lo dice seguido de una carcajada pegadiza y algo sonsa.

Michael es el hermano menor de los Cooper.

— Casi me da un infarto, la próxima te asesinaré. — Responde John tendido en el suelo mientras se contagia de la risa de Michael, en ese momento olvida todo lo ocurrido respecto a los asesinatos.

Michael lo ayuda a levantarse, ambos entran al departamento. Cierran la puerta y se dirigen hacia la cocina, durante el corto camino le pregunta:

— ¿De dónde sacas tantos libros?, al menos ordénalos. — John no responde y le ofrece la mitad de su hamburguesa. Comienzan a charlar sobre temas absurdos y divertidos, hasta que no puede dejar de ignorar los hechos que sucedieron. A tal punto que decide tocar el tema del asesinato de Mitchell.

— Sabes, también asesinaron a su esposa, la encontramos en su casa. — Le cuenta con la mirada baja y una expresión depresiva y perturbada.

Michael ya está enterado sobre el asesinato de Mitchell y de Elizabeth.

— Si, me enteré cuando arribé a la terminal de ómnibus. — Por cierto, Michael vive en un pueblo que se encuentra a 3 horas de donde vive John; John es del tipo de persona que no logra aprenderse el nombre de calles o ciudades, por lo que intentar conseguir ayuda del él es absurdo; Las noticias corren rápido.

John no es del todo social, no se comunica con la gente de la pequeña ciudad, por lo que nunca se entera de que hablan los habitantes.

—¿Y qué cuentan las personas sobre lo ocurrido? Pregunta a Michael.

Michael le cuenta lo siguiente: — *“Llegué a la terminal de ómnibus hace unos 30 minutos, al esperar el taxi escuché a unos ciudadanos que esperaban sentados al siguiente viaje, que discutían sobre un par de hechos ocurrido recientemente. Hablaban de que encontraron a la esposa del hombre asesinado,*

*deduje que hacían referencia a Mitchell, la esposa estaba ahorcada en su casa.*

*Uno de los hombres expresó con palabras frías que lo ocurrido pudo ser la consecuencia de una mala aventura romántica. Otro de ellos le replicó que se equivoca rotundamente, que según este sujeto Mitch era la persona más fiel que existía, y que su esposa no salía mucho de la casa. No pude identificar a este sujeto, seguramente conocía a Mitch.*

*Una anciana se unió a la conversación y les dijo que el asesino podría ser alguien conocido y confiable, algún vecino de la comunidad. Eso es todo lo que pude escuchar ya que el taxi que pedí había llegado.”*

*«La comunidad ya comienza a inquietarse.»*

— Deberías salir e interactuar con las personas, podrían dar pistas para encontrar a este asesino, John. — Dice Michael levantando sus cejas pelirrojas.

— Debo dormir Michael, mañana debo levantarme temprano para ir a trabajar, ¿Tienes donde quedarte?

— Si hermano, iré a un motel cerca del bar Lucky Bob. — Responde mientras eructa asquerosamente.

— Si quieres quédate, tengo una habitación de más.

— Está bien, me quedaré. — No duda por un momento en aceptar la invitación.

Ambos van a sus habitaciones. Michael enciende el radio y pone *Voodoo chile (Jimi Hendrix)*, «— Buena canción para despedirse del día. —» se dice John alegre por la elección de Michael.

John al ver a Michael, y pasar un momento con su estúpido hermano, por esa noche se olvida por completo de Mitch y Elizabeth. Consigue un sueño placentero.

La mañana siguiente, la alarma suena a las 7am. Logra despertar a los hermanos Cooper, Michael es el primero en prepararse, se dirige a la habitación de su hermano. John justo termina con su preparación de todos los días, finalizando vistiéndose con su uniforme azul.

Sin dar comentarios van hacia la cocina para desayunar, se preparan tostadas con café.

— ¿Eres detective, porque usas ese uniforme típico de policía común? — Una pregunta muy interesante de Michael.

— Es solo temporal, primero debo sentirme parte de la fuerza, y bueno, es complicado. — No sabe que responder.

«Está a prueba.»

— Deberías comprar un televisor. — Comentario de Michael, como si el hecho de que la falta de un televisor en cualquier hogar fuese un crimen.

— Con música y libros tengo más que suficiente hermanito. — Tras dar su respuesta toma unos de sus libros sobre la heladera, caso seguido, se dirige a Michael y le replica. — Si crees que te aburrirás, lee esto. «Esta noche digo adiós» de Michael Koryta.

— Que aburrido eres, supongo que a todos les pasa cuando van envejeciendo. —Michael toma el libro con mirada burlona.

— ¿Cuándo será el funeral de nuestro hermano? —La pregunta de Michael logra dar con el factor sorpresa. Tanto Michael como John no conocieron a Elizabeth, por lo que Mitch es el centro de atención entre tanta incertidumbre.

John se lo queda viendo, obligado a decirle la verdad, responde de manera profesional como si estuviera en su labor:

— Por el momento no se establece ninguna fecha, al igual con Elizabeth. Mañana tendremos los resultados de la autopsia.

— ¿Crees que el asesino conocía a Mitch?

— No creo que el asesinato de Elizabeth y Mitch fueran una coincidencia, deben estar relacionados, ambos tienen la misma marca.

«El estigma.»

John se queda divagando entre sus pensamientos, piensa en la marca de los labios rojos. Y continúa:

— La marca me hace pensar que el asesino es una mujer. — No está seguro de lo que dice.

— ¿Qué marca? —Pregunta Michael rápidamente.

John se le queda viendo, pensando en que dar mención a la marca fue un error, hasta que solo simplemente le cuenta sobre ello:

— En Mitch y Elizabeth se encontraron con una marca similar, que por cierto son idénticas, ello me hace creer que ambos fueron asesinados por el mismo ser. Ambos tenían la marca de unos labios rojos precisamente en sus frentes, un beso, es un hecho escalofriante, como si de una venganza se tratara.

«¿Venganza?»

John no quiere entrar en detalle sobre los cuerpos, evita contar el hecho de que Elizabeth esperaba un par de hijos. También evita contar sobre las tapas de pintalabios encontrados en ambas escenas, eso ya es algo confidencial, al menos él lo creía.

— Está bien John, espero encuentres al responsable. — Michael baja su cabeza y prosigue con su desayuno.

— ¡Eso espero lograr querido hermano! — John tiene un gran recelo por encontrar al responsable.

Una hora después John tiene que dirigirse a la estación de Policía.

— Debo irme a trabajar Michael.

— ¿Dejarás a tu visitante solo?

— Puedes ordenar el departamento, si quieres. — Dice amistosamente.

— Ya vete a trabajar. — Termina diciendo Michael, intentando librarse de su hermano.

John se va al trabajo.

Michael comienza a ordenar un poco, empieza con los libros desparramados por todo el departamento, los coloca en pilas en un rincón de la sala de estar. Ordenar es un trabajo duro y aburrido para cualquier adolescente, Michael no es la excepción, tras acomodar algunos de los libros decide finalizar.

«Elizabeth.»

— Elizabeth estaba embarazada. ¿Por qué no lo mencionaste? — Se pregunta Michael, ya sabía que Elizabeth estaba embarazada. Está seguro de que John sabe.

«Se aburre.»

— Saldremos y daremos una vuelta. — Michael se habla así mismo.

John al llegar a la jefatura y reírse por el hecho de que su bicicleta está en el mismo lugar donde la dejó hace unos días; aunque no debe de ser sorpresa, quién iría a robar en un lugar lleno de policías. Entra a paso rápido rumbo a su oficina, con el objetivo de intentar avanzar en el caso que se le fue asignado, uno bastante personal.

Al entrar Paula Bennett; la recepcionista y ex novia de John; lo mira de reojo, lo nota y decide acercarse para saludarla.

— Hola Paula, espero estés teniendo un día placentero. — Sonríe arduamente.

Paula sorprendida por el gesto, le responde.

— Gracias, igualmente. — Seguido con un gesto cortante desviando su mirada, continúa realizando su trabajo, por lo que se ve obligado a retirarse.

«Está loca.»

John ingresa a su oficina, y encuentra una nota escrita por el capitán que expresa lo siguiente: *“Tengo los resultados de la autopsia de Mitchell y Elizabeth. Nos encontraremos dentro de un rato. Capitán Claude Fazio.”*

— Eso fue rápido, muy rápido. — Se sorprende, pensaba que los resultados forenses demorarían mucho más, pero como el capitán es una persona respetable y fue él quien pidió la obtención de los resultados lo más pronto posible, le quita la sorpresa al rápido labor por parte de los forenses.

«No tienen mucho para hacer.»

Permanece en la oficina durante horas intentando encontrar pruebas visuales a través de fotografías tomadas en ambas escenas,

intenta ver algo anormal, hasta que de pronto alguien llama a su puerta. Rápidamente se levanta y atiende.

Escrutaba los archivos viejos. Si bien ya tenían el resultado forense de Mitchel, el de Elizabeth es bastante precario. Los documentos que tiene ahora Fazio en su poder son completos que los obtenidos en primera instancia.

Golpean la puerta.

— ¿Es usted el oficial John Cooper?

— Sí, el mismo. — Responde John intentando reconocer a quien hace la pregunta.

— Tengo los resultados de la autopsia realizada a Mitchell Cooper y Elizabeth Cooper (lleva el apellido de casada). Se me ordenó entregarlos personalmente a usted. Al momento de entregar el sobre, prosigue diciendo — Por favor puede firmar aquí. — Señala la parte inferior del documento de recepción.

Tras firmar y despedirse, arroja el sobre de cartón sobre el escritorio. Piensa en ver los resultados él solo, pero al razonar decide llamar al capitán, ya que ambos son parte del caso.

— Llegaron los resultados capitán. — Apenas el capitán le atendía, le da la noticia y cuelga.

Pasan unos 30 minutos, John sentado frente al escritorio mira con ansias al sobre. Se abre fuertemente la puerta de la oficina, es el capitán que, sin dar aviso entusiasmado por los resultados, sin saludar ni hacer gesto de ello, se abalanza hacia el escritorio y agarra el sobre para abrirlo como si de un regalo se tratara.

— Por la noche, un agente del departamento de forenses, me llevó a casa los documentos de la autopsia.

John entra en confusión.

— ¿Y porque lo enviaron especialmente a parar en mis manos?

Fazio intenta pensar en ello. Hasta que logra dar con una idea muy aceptable.

— Seguramente saben que somos los “jefes” que se encargan de investigar los asesinatos, y nos enviaron una copia a cada uno. — Se detiene y piensa en lo que acaba de decir —. Debe ser eso, no se me ocurre otra razón.

— Si, me parece una idea razonable.

Fazio tiene consigo la copia que le llevaron por la noche. Una forma más eficiente de trabajar es que cada uno tenga lo mismo.

Ambos dan inicio a ver cada detalle.

Es más de lo mismo, solo que sorpresivamente tiene más detalles de la investigación.

— «Como no vi esto antes.»— Piensa Fazio. Se había centrado tanto en la marca del beso, que ignoró lo que realmente importa.

El archivo que tiene en manos pertenece a Mitchell. Según los investigadores, se hizo búsqueda de huellas dactilares, huellas de pisadas en alrededores, búsqueda de peos o algo que logre identificar al atacante. Pero nada, el área está límpida, y también el cuerpo.

«Es un profesional. No comete errores.»

John mira el archivo de Elizabeth. Pero no encuentra nada de interés o algo que sea peculiar.

No logran encontrar huellas de ningún tipo en ninguno de los cuerpos, lo único que tienen es un beso. Y es un beso artificial.

«Sin duda sabe lo que hace.»

Siguen escrutando cada hoja.

Aseguran que Mitch se encontraba alcoholizado al momento de su muerte, y que Elizabeth tiene quemaduras recientes en su vagina. — ¿Quién querría quemarle la vagina? Dios que clase de psicópata anda entre la comunidad. — Expresa John perturbado, con un gran enfado y asco que le nace al conocer tal dato perturbador, y continúa diciendo —. No puedo imaginar por lo que han pasado, juro que encontraré al culpable. — Sed de venganza, mejor dicho, sed de justicia.

Tras permanecer anonadado varios minutos, lleva sus manos a los bolsillos. En su bolsillo izquierdo del uniforme se encuentran las dos tapas de pintalabios, las toma rápidamente:

— Debemos enviar esto a que las examinen, podrían contener huellas dactilares del asesino. — dice casi gritando de manera exaltada. Pero logra dar con una idea que prácticamente es de manual.

Rápidamente la desesperación logra fluir por su cuerpo.

— Dame las tapas, las enviaré a examinar. — Termina diciendo el capitán, para luego retirarse.

«Es lo primero que debieron hacer.»

John al lograr tranquilizarse, prosigue con su búsqueda de un dato interesante para la investigación.

El capitán va directo al laboratorio de la estación, entrega las tapas dando la orden de buscar huellas dactilares, muestras de ADN y todo lo que fuese posible averiguar. Pregunta para cuándo tendrán los resultados, le responden que dentro de 24 horas. La razón de la obtención rápidas de los resultados es a causa del poco trabajo que tienen «ya quedó más que claro», por lo que su labor se realiza en un periodo de tiempo menor a lo normal. Fazio se siente satisfecho de la situación, y sale a recorrer las calles en su patrulla.

Mientras tanto, John recibe un mensaje de texto por parte de su hermana Barbara Cooper, que expresa: “*Hermano, pronto viajaré hacia allá para el funeral de Mitchell, te avisaré cuando. Espero puedas ir a recogerme al aeropuerto. Soy Barbara*”. Es una grata sorpresa.

Barbara es la mayor de los hermanos, 50 años viviendo una vida escandalosa. Ante la muerte, la familia comienza a reunirse.

John no le responde, se centra por completo en su trabajo, de todas formas, tiene intenciones de ir a recogerla. «— La última vez que la vi era solo un niño, ahora debe ser una anciana —» comienza a pensar John en los pocos recuerdos que tiene de su hermana —. Michael se alegrará con esta noticia. — Michael no la conoce.

— JOHN, ABRE. ¡SOY MICHAEL!

Después de varios golpes en la puerta y gritos molestos, se levanta de su asiento y abre la puerta para terminar con el escándalo. — ¿Qué haces aquí? — John pregunta airado —. En dos horas termino y regreso al departamento. — Eso último tiene la intención de hacer que Michael se retire de la estación de policías.

— No tenía nada que hacer, me aburrí y vine a visitarte hermano — dice Michael de forma desesperada. — Por cierto, la recepcionista me provocará un infarto de lo sexy que está— Finaliza, mientras codeaba a John.

— Vete al departamento, cuando llegue iremos a algún bar— John entiende que Michael necesita un poco de diversión.

— Solo si tú pagas. — Típico de un adolescente sin dinero.

— Me parece bien, yo invito. — John asiente a la propuesta de Michael.

— ¡Trato hecho! — Michael se va saludando a quien se cruce en su camino, es un chico muy extrovertido.

Michael se dirige directamente hacia recepción, para conversar con Paula, quien reconoce a Michel, ya que John le contaba sobre él cuando fueron novios mostrándole fotografías y videos que utilizaba para recordarlo.

— Hola, necesito decirle que eres como una rosa amarilla entre un rosal rojo, eres única y hermosa. — Es un intento desastroso de Michael intentado piropo a Paula.

— ¿Eres hermano de John? — Le pregunta rápidamente —. Soy su ex novia. — Ladra con un tono de voz frío e inquietante.

Michael responde con alejarse de Paula mientras hace miradas extrañas, y sigue su camino. Al salir murmura. — Que mujer tan extraña, seguro esa es la razón por la que mi hermano la dejó.

Pasan 50 minutos para que Michael llegue al departamento tras una caminata moderada. Al llegar, está ensimismado pensando en una mujer hermosa que vio durante el camino de regreso, con una figura corporal digna de una modelo de revistas.

John Cooper sigue en la oficina. Observa con atención cada foto tomada por los forenses.

El capitán vuelve a la oficina.

—¿Sigues con eso? — Ve que el joven se esfuerza mucho. Es admirable.

— ¿Qué otra cosa puedo hacer? — Retruca la pregunta de Fazio.

— No lo sé, estar con tu hermano Michael.

John queda descolocado, no recuerda haberlo nombrado en alguna conversación.

— ¿Se lo conté yo o lo investigó? — Pregunta con el fin de expulsar la duda.

— Ambas son incorrectas. Me lo encontré en la calle.

— Si, vino a verme.

— Me contó eso. — Ríe y continúa —. Crucé solo un par de palabras con él y me hizo doler la cabeza.

— Si, es una persona muy desinhibida.

— Lo noté. Claro que lo noté.

De pronto ambos entran en un estado de seriedad.

— Sabes, por la noche no me sacaba de la mente el tema de la marca del beso. — Lo dice como si pensar en ello lo fatigara completamente.

— Si, el estigma del asesino.

«Su firma.»

— Una parte de mi cree que la volveremos a ver. — Masculla Fazio, introduciendo indignación.

— Espero que no, — John no desea volver a ver esa «firma»—, sería desorbitante volver a ver eso.

«Giorgio Armani.»

— ¡John! — Exclama Fazio para que le presten atención —. No sé si lograste dar con esto en los documentos. — respira —. Es sobre el tipo de pintalabios que se usó, hicieron estudios, comparaciones y todas esas cosas, ya sabes, y aseguran que la marca es...

— Giorgio Armani. — Lo interrumpe —. Lo leí, pero creo que no es muy significativo, por eso lo dejé al margen.

— La verdad es que no sé qué pensar. — Fazio se indigna, no tienen nada significativo.

— Un pintalabios es un bien con una demanda gigantesca. Giorgio Armani es una marca muy exclusiva, pero creo que con los labiales son más accesibles. «Es buscar una aguja en un pajar».

— Es razonable. — Fazio arquea las cejas —. Yo creo que debemos tenerlo al menos como una consideración. En algún momento podemos dar con un labial en una ocasión fortuita.

— Al parecer tiene dinero para tirar, ya ves, son dos tapas, dos labiales. 30 dólares cada uno aproximadamente. — Una buena observación hecha por John.

— Bueno, ya es suficiente. — El capitán se altera —. No desperdiciemos nuestro tiempo en sandeces. Ya sabemos que la marca del beso es su firma. Y nada más. Menuda estupidez. — Se desahoga.

«Es hora de culminar el día

Michael decide ir a darse una ducha, su olor corporal es desagradable luego de caminar tanto. Se quita toda la ropa y enciende el estéreo que reproduce la canción «*Come what love can be - Kindom come.*», prepara la ducha y entra como si fuera una estrella de rock.

Se ducha al ritmo de la canción. Al finalizar la canción, decide terminar con la ducha, el estéreo comienza reproducir nuevamente la misma canción, está en modo repetitivo. Michael no le da importancia ya que es una de sus canciones favoritas. Se pone la bata blanca que se encuentra colgada en la puerta del baño, es de su hermano, y parte a la sala de estar mientras se seca el cabello. Siente una brisa fría entre sus piernas, al observar la habitación detenidamente, las ventanas se encuentran completamente cerradas, y al mirar la puerta principal logra apreciar que se encuentra unos milímetros entreabierta. «De allí proviene la brisa.»

— John ¿Ya llegaste? — Grita fuertemente sin recibir respuesta. Ahora piensa que al entrar olvidó cerrarla por completo, así que va hacia ella y la cierra con llave.

Cuando se da vuelta para ir hacia la sala de estar, el estéreo se apaga.

«Mierda.»

— Hermano, ¿eres tú? — Michael empieza a sentir paranoia.

No recibe respuesta alguna.

— ¡Por un Demonio! — Exclama Michael expresando su desconcierto y miedo por la situación.

No puede evitar pensar en el asesinato de su hermano y el de su cuñada. Es un pensamiento estrepitoso que comienza a rondar por su mente.

Camina por el departamento en busca de algo o alguien. Escucha un chirrido de la puerta de la habitación del baño. Se inclina para dirigirse hacia allí, estúpida decisión, pero al menos opta por ir en búsqueda de un cuchillo en la cocina con el fin de poder defenderse si ese fuera el caso.

«Esperemos no sea nada.»

Va despacio hacia el baño, camina casi de puntillas, su mente imagina que alguien entró allí. Llega a la puerta del baño, toma la perilla y comienza a abrirla lentamente, el chillido de la puerta es sutilmente estridente.

Por suerte para él no hay nadie, la soledad es tal en ese lugar que se escuchan las gotas caer desde el fregadero.

— Ja, me gusta imaginar cosas. — escupe con alivio y alegría, hoy no será su fin. El miedo hace estragos en la mente de las personas.

— ¿A qué hora llegará mi hermano? — Se pregunta con preocupación, ya que la experiencia que acaba de tener le induce profundamente en sus nervios y cordura una pizca de Terror.

El estéreo vuelve a funcionar.

La canción «*Tears in heaven*» de *Eric Clapton* comienza a sonar.

Michael arquea las cejas por ese hecho, pensaba que el estéreo se apagó o algo, la verdad es que tampoco se percata en averiguarlo.

Va hacia la puerta principal del departamento, y saca el seguro que le había colocado hace un instante. No tiene intenciones de dar explicaciones a John sobre nada, quizás se reiría en su cara.

Saca la cerradura, da la vuelta, y un objeto filoso perfora su ojo derecho

— ¡AAAAAAAAAAH, HIJO DE PUTA! — Grita Michael descaradamente mientras entra pánico, aturdido por la situación.

Solo logra ver a alguien vestido de negro, y con lo que parece unas botas rojas que le llegan hasta la rodilla.

— ¿Qué quieres? — Seguido de la pregunta cae al suelo. Algo estúpido de preguntar luego de recibir una apuñalada en su ojo.

— ¡Te quiero a ti Michael! — Dice con un suspiro el desconocido.

—... — Michael se queda tieso como una estatua de grafito.

El desconocido vuelve a utilizar su arma cortante y filosa, le apuñala el ojo izquierdo al indefenso y joven Michael.

«Le arrebatan un sentido imprescindible para la vida.»

Michael grita tan fuerte como puede, es un grito similar al de un animal cuando está en peligro y solicita ayuda, ya no logra ver nada.

El pánico y desesperación empiezan a fluir por cada vena y arteria inmediatamente. Está tendido en el suelo y da indicios de querer accionar a ponerse de pie y salir corriendo, pero se tumba contra suelo al instante por una patada al pecho que le da el desconocido.

— ¿Por qué me haces esto? — Pregunta mientras su llanto desesperado distorsiona su hablar alternando con sus lágrimas teñidas de sangre que caen al suelo.

— Por placer, los hombres son asquerosos, merecen sufrir. — Dice el ser misterioso mientras coloca la daga en el pecho de Michael.

— Al parecer los Cooper lloran cuando están por morir. — agrega en modo de broma e insinuando ser el asesino de Mitch.

— Mírame Michael. — Nuevamente dice riendo con un sentido de humor negro y tétrico —. Mírame pervertido— Agarra la cara de Michael manipulándola para ver directamente los deformes ojos del pobre Michael, hace que Michael se siente en el suelo y luego lo tumba fuertemente contra suelo. Al caer, la bata de Michael se abre y deja ver su cuerpo desnudo.

— ¿Eres una mujer? —Logra preguntar Michael. Es lo único que se le ocurre ante un gran catálogo de preguntas que puede hacer.

— Una mujer muy divertida— Responde riendo.

Tras ver el cuerpo desnudo de Michael, se sienta sobre él y con su objeto filoso comienza a darle caricias en su cuello y en su pecho.

Michael no puede hablar, queda adormecido por el miedo, el miedo ya es una enfermedad sin cura en su cuerpo, los nervios y músculos se paralizan, ni siquiera puede intentar de defenderse. Es un cadáver que continúa respirando.

El desconocido saca un pintalabios color rojo, toma la tapa y la lanza al suelo. Comienza a pintarse los labios lentamente mientras se mueve eróticamente sobre la pelvis de Michael.

«Tiene cinta en los labios.»

— Te pondré la marca de la purificación Michael, no tengas miedo. — Relata mientras se acerca a Michael, dirigiéndose hacia su frente para darle el beso, la que a partir de ahora será su firma de cada “trámite”.

Michael solo yace con la mente en blanco, da por hecho que es momento de despedirse de la vida, la muerte aclama por él. Su fin está escrito en la mente de un escritor demente...

Repentinamente atraviesa la mitad de su pecho justo en la mitad de las costillas, el objeto comienza a cortar hacia abajo lentamente, abriendo su cuerpo, dejando sus órganos internos a la vista.

Pero eso no es todo lo que le hacen al joven Michael, también le cortan su pene y testículos. Michael ni siquiera logra gritar de sufrimiento por causa de su parálisis de sentidos. El pene es colocado en su boca y sus testículos cubren sus ojos o el resto de lo que quedan.

— ¡Que en paz descanses Michael! —Blasfema el asesino mientras permanece encima de él, su abrigo queda empapado con la sangre de Michael. Se mira rápidamente ignorando este

importante detalle, no le da significancia, se levanta y sin decir nada sale del departamento como si nada, sin culpas ni prejuicios y desaparece entre la oscuridad lentamente.

Michael agoniza. Lo bueno es que no tiene visión. La muerte es ciega.

De fondo sigue la canción de Eric Clapton. Muere a la melodía de una canción hermosa. Una muerte dichosa, dejando al margen todo lo que le hicieron, obviamente.

1 hora después, John llega al departamento.

En el camino de la entrada nota en el suelo manchas rojas con forma de botas de tacón aguja «peculiar». Camina lentamente sin perder de vista esas huellas, indudablemente es sangre, al acercarse a la puerta de su hogar ve un pequeño charco de sangre que sobresalía de ella. Al instante se imagina lo peor, comienza a pensar que asesinaron a su hermano Michael «Y así es», una parte de él quiere negar la obviedad, pero es inevitable debido a las circunstancias, convencido de ello va y entra rápidamente sin esperanzas.

Abre la puerta en su totalidad y entra.

Visualiza una escena asquerosa, escalofriante, traumática e inimaginable, un hecho tétrico yace tras esa puerta de madera, se puede ver el corazón de Michael con claridad. Tiene el pecho abierto, como si alguien hubiera querido entrar en él.

Michael se encuentra desnudo, bañado de sangre, una imagen que bien puede ser una obra de arte para personas amantes de lo espeluznante y lo trágico.

John queda paralizado al ver que su hermano tiene el pene mutilado y colocado en la boca, un acto estrepitoso y maniático. Al ver semejante atrocidad siente un escalofrío sumamente penetrante por todo su cuerpo, ¿Quién puede ser capaz de cometer una cosa semejante?, es obvio que aquel que tenga el estómago y mente para aguantar y hacer esto, debe de ser un maniático esquizofrénico, alguien con el alma negra y deteriorada.

Tras volver en si luego de una breve parálisis nerviosa por presenciar una escena tan vil, decide llamar al capitán Claude antes que a los demás colegas de la jefatura.

— Capitán, ven a mi casa de inmediato— John logra pronunciar estas palabras con dificultad, su voz no disimula su tan antagónico sentimiento de tristeza.

— ¿Qué sucede? — Pregunta el capitán, nota al instante que algo no está bien.

— Solo venga y podrá verlo— Al decir esto, John corta el llamado, y espera en su habitación al capitán.

En tan solo un par de días visualizó dos escenas asquerosamente impensables, su impacto es tal que ya no encuentra forma de expresar sus sentimientos dañados. Se compactan tanto dentro de sí, que ya no es capaz de sentir.

Michael solo llevaba un día en la ciudad y ahora es solo un pedazo de carne tendido en el suelo con un pene en la boca. Escena digna de una película de terror, horror y todos esos géneros enfermos.

«Redundancia necesaria.»

John se ensimisma entre sus recuerdos, pocos recuerdos, con una mirada gélida hacia el cuerpo despedazado de Michael, comienza a vomitar todo lo que ingirió durante el día. Su vómito se mezcla con la sangre de Michael, una sustancia viscosa, desagradable y repugnante comienza a formarse — Lo lamento hermano— dice con expresión de ser el culpable de su desgracia. Pudo evitar lo sucedido si Michael se hubiera quedado en la estación, si tan solo lo hubiera permitido, su hermano estaría vivo, o tal vez ambos estarían muertos, todo es un misterio, hechos impredecibles.

Minutos después llega el capitán, horrorizado por lo que acaba de ver, decide llamar a las autoridades «Una vez más». Sus palabras agonizan en su mente, su cordura se rompe como si fuera un cristal, el cristal más débil, ve a un joven asesinado de forma atroz, un insulto a la vida.

El capitán ojea a John, este totalmente perdido en su mente, sus ojos demuestran su trauma. El capitán le propone la idea verificar

la escena y así poder identificar alguna anomalía en el hecho. Quizás sería mejor que quedarse viendo sin hacer nada.

— Intentemos encontrar alguna pista, antes de que lleguen los demás— Obviamente el capitán se compadece por el oficial John, pero piensa que quedarse con los brazos cruzados solo ayuda a sollozar. — Luego podrás llorar tu pérdida tranquilamente— prosigue como si de un insensible se tratara, aunque en realidad no lo es, todos actúan diferente ante ciertas situaciones. Fazio ya ha pasado por esto, en sus largos años como policía vio escenas horripilantes, incluyendo la muerte de su esposa.

— De acuerdo. — Responde John aceptando la idea del capitán.

Encendieron la luz de la habitación y comenzaron a indagar la escena.

— Capitán.

— Diga.

— Mire la frente de Michael.

«Ya sabe lo que se espera.»

— No me digas que...

—También tiene la marca capitán. — John interrumpe al capitán.

— Esto me hace creer que el asesino es el mismo que asesinó a tu otro hermano y a tu cuñada.

«También a unos fetos.»

— ¿Quién sería capaz de hacer esto a mi familia? —Su propia sangre ha sido derramada.

«Un asesino con sed venganza.»

— Es interesante el hecho de que dos de tus hermanos fueron asesinados, al parecer por la misma persona. — El capitán

comienza a intentar conectar los hechos, aunque una marca ya confirma que no es coincidencia.

«Su firma del beso es hermosa.»

— Está en lo cierto capitán, pero no logro comprender el ¿Por qué?

— John piensa que puede ser el siguiente en estar muerto, el próximo de la familia.

— Puede ser alguien que tu conozcas John, aunque eso no es seguro, pero puede ser una enorme probabilidad. — Afirmo con curiosidad el capitán.

— Tal vez solo sea una coincidencia capitán, quizás mi hermano conocía a la persona y la invitó a pasar, sin este saber que invitaba a un asesino. — una hipótesis muy pobre por parte de John, pero todo está abierto a probabilidades.

— No lo creo, si ve usted, este tiene debajo una bata de baño, al menos es lo que parece, no logra distinguirla del todo. Si recorre el departamento podrá ver que la luz del baño está encendida, todavía con algo de vapor, eso indica que recientemente alguien se duchó. Y si mira con precisión la cerradura exterior de la puerta, da indicios de que fue forzada, y ello me lleva a la conclusión de que el asesino ha ingresado a la fuerza con sus buenas intenciones. — Da un largo suspiro —. Solo es una hipótesis, y creo que puede ser una teoría— Tras decir esto, el capitán comienza a contemplar un objeto del tamaño de un dedo entre el gran charco de sangre—. Mira eso John — Dice señalando hacia el charco.

— Logro verlo capitán— John va hacia el objeto, al tomarlo y emparar su mano con sangre, se dirige a la cocina para limpiarlo. Una vez limpio fue tal su sorpresa que inmediatamente llama al capitán — Capitán, venga a ver esto— John de cierto modo grotesco logra soltar una sonrisa. Ya se lo esperaba.

— ¡El santo grial! — Son las palabras que exclama el capitán, emocionado, como si aquello fue un gran tesoro.

El objeto encontrado es un pintalabios color rojo, al parecer accidentalmente el asesino lo perdió.

Giorgio Armani.

— Capitán, al parecer los tipos que realizaron la autopsia dieron en el clavo — John hace referencia a la marca del pintalabios.

— Espero que sirva en algún momento. — Fazio ve aquello como un agujero sin salida.

— Esta vez dejó una gran pista —Dice John con esperanzas de que ello fuese la clave de todo. Se refiere a que ya saben que es un asesino en serie, aunque las víctimas no son elegidas al azar, al menos es lo que parece.

— No lo sé— Duda mientras aclara la garganta —. Tal vez fue dejado a propósito, como distracción. — Aunque todo es posible.

— No lo creo capitán, estoy seguro que no es parte de su plan el distraernos, quizás lo hace adrede, por alguna razón que al menos ahora no puedo imaginar.

«Un ser inteligente y modesto, no deja cabos sueltos. Al menos que pretenda divertirse.»

— En este momento toda hipótesis entra al juego de las probabilidades, quizás tengas razón— El capitán no logra dar su entusiasmo a la prueba encontrada.

Llegan las autoridades

Replican su impacto por la escena, nunca vieron algo semejante.

Los forenses comienzan a tomar fotos, lo principal en su labor, y uno de los fotógrafos se percata de un pequeño objeto plástico a unos metros del cuerpo, la tapa de un pintalabios.

«Ya se torna aburrido.»

Es el mismo tipo de tapa que se encuentra en los crímenes anteriores — ¿De casualidad, no encontraron un pintalabios? —. Pregunta quién encontró la tapa a Cooper y al capitán Fazio.

El capitán y John se miran.

— No encontramos nada— Le responde el capitán.

John no entiende la razón de su mentira, seguramente ya están enterados de que Fazio mandó a examinar un par de tapas iguales.

«¿Intuición profesional?»

— Otra vez la marca de unos labios, este ser es un asesino en serie.

— Es un comentario de un oficial forense que fue partícipe de las escenas de crímenes anteriores —. Esto es sumamente extraño — Termina por decir, todo está relacionado de alguna forma u manera controvertida.

Otro de los oficiales le pregunta a John — ¿Conoces a este? — señala a Michael. Es una pregunta con una respuesta muy obvia, los uniformados son así de caprichosos, siempre deben tener la mente en duda, eso es parte de su trabajo.

— Es mi hermano— Responde John mientras baja la mirada, es una pregunta bastante chocante.

— Otro hermano suyo asesinado por la misma persona, sí, sin duda es el mismo asesino— la curiosidad del forense por los hechos lo hace continuar con sus preguntas — ¿Acaso se metió en problemas con alguien peligroso? — comienza a señalar a John con gestos de preocupación, intuye que John sabe quién es el responsable—. Yo que usted me estaría cuidando, el hecho de que 2 hermanos suyos fueron asesinados me hace pensar que usted será el siguiente en algún momento, oficial— termina aconsejando a John de cuidar sus espaldas.

John solo se queda observando al forense si dirigir palabra alguna, luego de las palabras del forense, solo piensa en que puede tener razón, el siguiente puede ser él. «Aunque ya lo pensaba.»

John estuvo presente es dos asesinatos escalofriantes, y en ambos casos, familiares de él son las víctimas. Esto logra quebrar la razón y cordura de cualquier novato como John, de pronto se ve en otra realidad, perder a sus seres queridos, ver asesinatos atroces, y todo aquello que puede dañar a una persona sin una preparación mental digna de una roca, metafóricamente, alguien fuerte.

¿Quién puede dormir luego de ver tales acontecimientos?, ¿quién podría dormir luego de encontrar a un hermano casi descuartizado en su propio departamento?, ¿quién sería capaz de vivir con eso en sus recuerdos?, absolutamente nadie. Quien sea capaz de ello debe ser una persona psicológicamente valiente, aunque seguramente se pase la vida noqueado por una adicción a alguna droga, comúnmente estos seres para no recordar, ya que olvidar es absurdo, dedican su vida a una muerte lenta y triste.

En menos de una semana, se cometieron crímenes terribles. Elizabeth fue asesinada la misma noche que Mitch, alguien seguramente debió ver algo, encontrar un testigo es primordial, pero es más difícil de lo que parece, las personas que lograron ver aquellos hechos sin duda deben estar en estado de pánico, los vuelve débiles, aunque siempre hay algún valiente. «En caso de que exista un testigo.»

«Mitchell discutía en el bar con una mujer.»

Los oficiales intentan no dar noticias a la comunidad con el fin de que no se esfume la paz entre ellos, pero es inevitable, las noticias y rumores fluyen tan rápido como un pequeño objeto lanzado en un caudaloso río.

Los vecinos deben de estar en alerta, eso es la razón por la que deben avisar sobre lo que sucede en la ciudad, solo que el miedo logra vencer la concentración de cualquiera, el miedo vence la cordura de quien sea, nadie se salva de ello. Es fuego contra un pedazo de madera seca, puede verse firme e inquebrantable, y al final no es nada.

El asesino puede ser cualquiera, puede andar en cualquier parte, puede ser algún ciudadano querido por la ciudad, puede estar bajo sus narices y a simple vista.

No logran dar con este ser asqueroso e inmundito. Cabe destacar que esto recién inicia, el hecho de tener un posible asesino serial entre la comunidad genera desconfianza entre todos, nadie se salva de ser sospechoso, la unión se pierde y esa es su única fortaleza, el asesino ganará más confianza al ver que todos se vuelven débiles.

Mientras el miedo y la desesperación los consume fría y lentamente, es probable que la ciudad se empobrezca de vida en sus calles hermosas, el miedo encierra a las personas, no se puede culparlas, es la naturaleza de la vida, nos escondemos o escapamos del miedo.

Psicológicamente John al ver a su hermano menor asesinado de forma inhumana bajo su propio techo, su hogar, afecta arduamente sus emociones, es un golpe tan fuerte que logra quemar el combustible que da funcionamiento a las tan tétricas y hermosas emociones.

«El triste John, ojalá lo maten pronto.»

Continuando lo sucedido tras el asesinato de Michael, John debe hospedarse en un hotel, debido a que se realizan las pericias en su departamento.

Fazio le ofrece alojamiento, pero rechazan su oferta. John no es de aquellos que comparten sus problemas, no es alguien que busca ayuda, un idiota que se encierra en sí mismo.

Se dirige al primer hotel que encuentra, ni siquiera le interesa conocer el nombre ni la calidad de estrellas del mismo, solo entra y pide un cuarto.

Habla con la mujer de recepción, pide un cuarto. Paga. Le dan la llave.

Le dan una de las pocas habitaciones disponibles, la habitación número 13 — Mi número favorito, ja. — dice John al tomar la llave.

—Si, las personas no suelen tomar ese cuarto. Son muy supersticiosas. — Comenta la mujer de recepción.

«Comienza la paranoia.»

Emprende su camino al cuarto, tras pasar una pésima noche su intención es dormir de inmediato, ganar energías e ir a dar un buen desempeño en su trabajo al día siguiente. «En caso de que pueda seguir en el caso.»

— Muertes y más muertes. — Se lamenta al entrar al cuarto.

Al entrar en la habitación la paranoia se apoderó de él, comienza a pensar que el asesino vendrá por él, por lo que arrastra uno de los muebles para guardar ropa y lo apoya contra la puerta para lograr cierta invulnerabilidad de ingreso a visitantes no deseados.

— ¿Quién nos querría muertos? — Se pregunta en voz alta. Busca respuestas ante el asesino que persigue a los hermanos Cooper, para él todo es muy personal.

«¿Paula?»

Ya es un hecho que el asesino se interesa por la familia de John, la coincidencia de los hechos no son coincidencia, son hechos relacionados con prudencia y razón. Los oficiales se agarran

fuertemente a la hipótesis de que el asesino tiene por único interés a los Cooper, debe ser alguien conocido de la familia, pero solo es una hipótesis sin pruebas con la que puedan respaldarla.

«Quizás es una familia seleccionada al azar por el asesino.»

Tampoco se puede descartar que puede ser solo una coincidencia, una triste coincidencia el hecho de que dos Cooper y la esposa de uno de ellos fueron asesinados por el mismo ser. «Es lo que John quiere pensar. Y así poder vivir en paz.»

— Debería llamar a Barbara y contarle lo de Michael. — Piensa mientras se recuesta sobre la cama, su hermana debe saber lo que ha ocurrido antes de llegar a la ahora, una ciudad paranoica.

— Mejor le doy las noticias cuando llegue a la ciudad. — Concluye con todo razonamiento, quiere que tenga un buen viaje. Todavía no tiene noticias de cuándo será su llegada.

Ante el terror de ser el siguiente en la lista del asesino que deja la marca de sus labios a quienes asesina. Su miedo al intentar dormir es inevitable, tal vez no logre despertar, eso le quita el sueño a cualquier ser con razón y ganas de vivir.

Su falta de energía es el único motivo que lo lleva a lograr un sueño tan profundo como el océano.

Repentinamente alguien toca la puerta de su cuarto, John despierta alterándose a medida que pierde el control. Se agita de una manera tan incrédula que todo su cuerpo cripa caóticamente.

— ¡Viene a por mí! — Susurra pensando en que es su hora de morir. Nuevamente se escuchan los mismos golpes en la puerta, tras oírlo de nuevo, toma el valor de atender. Se levanta y comienza a sacar los objetos que colocó en la puerta para fortalecer la entrada. “Algo que haría un estúpido corriente.»

Abre la puerta rápidamente esperando encontrar al asesino, su mente solo logra pensar en ello, pero al abrir no se encuentra nadie. mira hacia el pasillo y este vacío de vida, no hay nadie, quizás, alguien intenta asustarlo, quizás su propia mente lo engaña.

Comienza a ignorar lo sucedido, no puede evitar sentirse estúpido. Se dejó llevar por el miedo a tal punto que su mente le jugó una mala jugarreta. No es culpable de ello, obviamente.

Cierra la puerta, coloca sobre ella los muebles y objetos para fortalecer la entrada principal, al volver a realizar esto se acuesta y consigue nuevamente el sueño. Esta vez es más que profundo.

Los forenses están en el departamento de John realizando su correspondiente labor. Proceden a la búsqueda de pruebas que puedan influir en el caso, al examinar cada rincón del departamento no logran encontrar anomalías contundentes. El asesino es una persona cautelosa al parecer, pretende ser un ser vivo sin sombra y reflejo. Aunque una tapa de pintalabios y él pintalabios podrían tener huellas, o no podrían significar nada.

Revisan las cámaras de seguridad de alrededores, curiosamente las cámaras de los edificios que apuntan hacia la calle están desactivadas y no funcionan hace semanas, pero en uno de los postes ubicado en la misma calle del departamento se encuentra una cámara de monitoreo que pertenece al municipio, es su única oportunidad de obtener una prueba contundente, no obstante, las cámaras del municipio captan una imagen con resolución muy pobre, por lo que, si logró captar algo, identificar al individuo resultará ser una tarea agotadora.

El detective que fue derivado por una agencia más “refinada”, Raphael Frederick, un hombre alto, rígido, con un bigote negro y fino, con corte de pelo a lo militar, unos vaqueros azules algo desteñidos, y una elegancia olvidada, y con un saco sobre una remera de alguna banda de metal, se dirige al municipio sin acompañantes, solo tarda en llegar unos 15 minutos al lugar.

Raphael Frederick es un detective de una agencia ubicada en una ciudad más desarrollada social y económicamente, también en infraestructuras. Al ser una ciudad de tal calibre, hay mayor grado crimen, por lo que los detectives están ejerciendo sus habilidades con constancia. Fazio es uno de los mejores detectives de la pequeña ciudad, o lo fue. Hoy en día es viejo y su eficiencia decae con pudor. Raphael fue enviado para resolver el caso lo más rápido posible.

«El municipio.»

Estaciona frente a la entrada principal, baja del vehículo y camina a paso rebelde hacia la puerta.

— ¡Abra soy de la policía! — Grita Raphael mientras da golpes a la puerta con la palma de la mano — ¿Hay alguien ahí? — Pregunta intentando conseguir alguna respuesta. Es algo abrupto ya que se trata de un edificio municipal, tan solo se deja llevar por el momento.

«El sereno.» Debido al horario se supone que solo se encuentra esa persona. El municipio da indicios de estar vacío, es raro que el sereno que trabaja todas las noches allí no de señales de existencia.

Permanece solo un par de minutos en la entrada principal, al ver que nadie le atiende intenta abrir la puerta sin obtener resultados, se desquicia y decide ir hacia la entrada trasera. Se dirige por la izquierda del edificio.

Camina a paso lento examinando el camino, no ve nada extraño hasta que llega a la entrada trasera del edificio. Nota que la puerta se encuentra abierta con la cerradura rota, cualquiera pensaría que un ladrón entró al lugar, Raphael convencido de que algo raro pasa, no solo es una intuición, sino que es lo que creería cualquier uniformado, toma su arma reglamentaria y entra lentamente procurando no hacer ruido.

El lugar se baña en oscuridad, un edificio fantasmal, su arma tiene incorporada una pequeña linterna y la enciende, a solo un metro de la entrada ve un interruptor de luz, la acciona, y no funciona. El circuito eléctrico puede estar dañado.

Al adentrarse más al edificio su adrenalina aumenta rápidamente, todo es muy extraño, recorre dos pasillos sin ver a nadie, puede dar a conocer su presencia en voz alta para intentar dar con algunas respuestas, pero lo ignora por completo. «Prefiere el sigilo.»

Al llegar a la habitación del buffet se escucha un grito agudo y claro, procede de la cocina. Raphael instantáneamente se dirige hacia la cocina. Un crimen puede estar emprendiéndose en ese

momento. Se lanza contra la puerta y mira a través de la pequeña ventana que tiene, no logra ver nada por lo que decide entrar.

Los gritos comienzan a ser más fuertes y agudos, como si alguien estuviera agonizando. ES Caótico.

Marcha rápidamente apuntando su arma hacia al frente siguiendo los gritos, listo para utilizarla si es necesario.

—¡Las manos donde pueda verlas, o disparo! — Exclama Raphael con crudeza y autoridad.

— ¡Espera, trabajo aquí! — Grita con miedo un hombre mientras es cegado con la brillante luz proveniente de la linterna de Raphael.

«Esto es trepidante.»

Es el conserje acompañado de una prostituta con la que tiene sexo en la cocina del municipio, el gemido de la mujer fue muy confuso para el detective, la mente engaña a cualquiera.

— ¡Soy el conserje! — Dice y la prostituta y él comienzan a vestirse, ya que están completamente desnudos.

Raphael se alivia por el hecho, no verá otro asesinato.

— Te pagan para cuidar el lugar y no para follar prostitutas. — Expresa Raphael seguido de una breve carcajada — ¿Solo se encuentran ustedes en el lugar? — Pregunta a los lujuriosos.

— Si, oficial. — Le contesta con timidez y vergüenza.

— ¿Qué pasó con la electricidad? — Todo está oscuro.

— No hay electricidad en el edificio desde el atardecer, desde las 7pm para ser exactos. — Responde el conserje.

— ¿Pero, porque se fue la electricidad?

— No lo sé, al amanecer vendrán los electricistas a ver el problema. — Es una respuesta obvia debido a su trabajo de cuidador. No sería capaz de cambiar un bombillo.

— ¿Sabes si las cámaras colocadas en los postes funcionan? — Raphael se encuentra preocupado por el solo hecho de pensar que ir allí es en vano.

— Funcionan perfectamente, el problema es que las cámaras no tienen una memoria integrada, todo lo que captan se graba en computadoras de la central de monitoreo, esa central debería estar en la estación de policía, pero la colocaron acá en el municipio. — El conserje es algo tartamudo, pero colabora de buena manera.

Raphael sabe que la central de monitoreo es parte de la policía, y también sabe que se encuentra en el municipio. Lo que Raphael realmente quiere averiguar es si las cámaras tienen su propia memoria interna, ya que graban sin depender de otros dispositivos, además tienen baterías recargables, para quedar inmunes a inciertos con la electricidad, como ahora es el caso.

Según el conserje no tienen memoria propia, lo que conlleva a una decepción total. Ya que el edificio no tiene electricidad desde las 7 pm, quiere decir que las cámaras dejaron de grabar a esa misma hora. El edificio no tiene generadores de electricidad como respaldo.

— ¡Que suerte tiene! — Exclama frustrado por la mala noticia, la sensación de que el criminal se sale con las suyas es repugnante.

— ¿Qué es lo que necesita oficial? — Pregunta el conserje intrigado por la situación.

— Nada, ahora levántate y trabaja como se debe, la puerta de atrás está abierta, cualquiera puede entrar y tu trabajo es cuidar el lugar no coger prostitutas. — Es una respuesta que connota enfado.

El oficial sale por la puerta trasera decepcionado y a la vez riendo por la situación que presencié.

Se dirige por el mismo camino de donde ingresó, iba a paso lento divagando sobre el día que acaba de vivir. Pasa por la puerta y no la cierra.

Sigue caminando con el arma entre manos y la linterna encendida, cuando acciona para guardarla, la linterna alumbra hacia el suelo, y se encuentra un objeto peculiar, la tapa de un pintalabios. Uno de los fotógrafos encontró una tapa similar en la escena de Michael, puede ser solo una coincidencia, ya que la mayoría de las mujeres utilizan estos cosméticos.

«Si, es redundante. Pero Raphael es nuevo.»

Raphael comienza a pensar, intentar crear una hipótesis que logre relacionar ambas tapas, hay que aclarar que Raphael desconoce las tapas encontradas en las escenas de Mitchell y de su esposa, la coincidencia de esto es una probabilidad inmensa, aunque el hecho de que la misma tapa encontrada en el departamento de John es igual a la que Raphael acaba de encontrar, da indicios de que existe relación.

— Puede ser de la prostituta que está con el conserje. — Se dice así mismo, puede ser obvio en este caso, pero lo piensa tanto que descarta esta posibilidad.

Es inevitable ignorar estos objetos, la hipótesis que se plantea Raphael es razonable, el hecho de encontrar una tapa de pintalabios igual a la que se encontró en el asesinato de Michael, hace creer que la coincidencia deja de ser una opción, el centro de monitoreo pudo obtener una prueba gráfica de la identidad del asesino, no obstante, curiosamente a las 7pm el edificio pierde la electricidad, por lo que vuelve obsoletas las cámaras distribuidas por la ciudad y ello deja de ser un problema para el criminal. Seguramente el asesino es el culpable de esto, no es un principiante, lo pensó todo.

— Pero si fuera cierto ¿Por qué dejaría estas tapas? — Piensa Raphael.

Obviamente deja las tapas a propósito sin dar un propósito, o al menos quienes encontraron estas tapas no encuentran la razón del por qué las deja. Podrían ser un grato mensaje.

«Es su firma. Y la deja en cada lugar que da presencia y actuación.»

Raphael convencido en que su hipótesis es correcta, se guarda la tapa en uno de sus bolsillos y continua el camino hacia su vehículo.

«Es cuestionable que el lugar que puede tener una prueba gráfica sobre el asesino sufre ciertos inconvenientes, y si tal vez, el hecho de que se fuera la electricidad no sea una mera coincidencia, y que fuese una relación totalmente significativa sería interesante.» Raphael comienza a unir los puntos correctamente.

«¿Debería ir a revisar la fuente de energía? Por supuesto que debo ir.» Un pensamiento razonable.

Comienza a buscar la fuente de energía del edificio, comúnmente se encuentran en un cuarto aislado y seguro. Vuelve a dirigirse a la entrada trasera del edificio, no hay indicio o señal alguna de que la fuente que da energía al lugar se encuentre en el exterior del edificio.

Vuelve a ingresar en busca de una habitación con restricciones de ingreso.

— AH AH, SIGUE... — se escuchan los gritos y gemidos de la prostituta a lo lejos. — ¡Qué sedientos! —Masculla Raphael con amargura, son personas lujuriosas sin control, son personas peligrosas. «El conserje no será de mucha ayuda, mejor lo dejo en lo suyo.» Piensa con cierto desprecio. Al llegar a la zona oeste del edificio, observa una puerta con un cartel que dice “Ingreso solo para personal autorizado”. — Debe ser acá.

Por sorpresa para Raphael, la puerta se encuentra abierta, no hay existencia de seguridad alguna, no existen restricciones, comúnmente este tipo de lugar permanecen cerrados con llave o

algún otro elemento de seguridad que limiten la entrada para personas ajenas al mismo. Cuando la puerta se abre en su totalidad, ingresa con sutileza y contempla el cuarto, y allí se ubica la fuente de energía.

Escruta palancas, cables, botones, etc. con el fin de encontrar indicios de manipulación. Las palancas se encuentran en su lugar, la posición que tienen hace suponer que todo debería funcionar correctamente. De pronto, observa un cable en el suelo, al parecer uno de alta tensión que se conecta en la fuente de electricidad del edificio, alguien la debe de haber arrancado indudablemente. «Esto no puede desconectarse solo.» Rapha da por hecho de que es obra del asesino serial.

«Sin duda lo han manipulado.» Su pensamiento hace hincapié de que quien asesinó a Michael Cooper tiene algo que ver con la manipulación del cable. Nuevamente se dirige hacia el conserje, esta vez marcha con más carácter y determinación, para hacer alguna que otra pregunta, aunque no espera mucho del conserje.

— De acuerdo, la electricidad se fue porque alguien cortó el cable que da electricidad a la fuente de energía. — Raphael pone al tanto de la situación al conserje.

— ... — El conserje solo se queda callado.

— ¿Usted lo sabía?

— No, por supuesto que no. — Cree que ya es un sospechoso de algo en particular.

Cómo puede saberlo, no es su trabajo dar mantenimiento a todo, solo a la limpieza y el de cuidar que no entre ningún delincuente.

Raphael refriega sus ojos, pensando en lo ocurrido, ideando alguna hipótesis que logre explicar algo, están a altas horas de la noche, el cansancio del día se hace notar, la mente no está en su mejor momento para imaginar algo.

De pronto recuerda el hecho de que la cerradura de la entrada trasera está rota, un detalle que no puede ignorar para nada.

— ¿Sabe usted porque la cerradura de la entrada trasera está rota?  
— De pronto el ambiente es el de un interrogatorio.

El conserje se estupefacta por la pregunta que le acaban de hacer  
— No, recién me acabo de enterar de ello — se pausa unos segundos — Aunque, ahora que lo pienso bien, creo que eso ya estaba hace días, deberías hablar con alguien más que trabaje aquí, están más al tanto de lo que pasa.

«Se contradice un poco.»

— Si dice que se encuentra así de hace días, supongo que si estabas enterado. ¿Por qué dices que te acabas de enterar? — Raphael frunce el ceño.

— Si, lo lamento. — el sereno se avergüenza por su ignorancia. — En realidad lo sabía, solo que de los nervios mis respuestas son muy espontáneas. Pero no es rotura de gravedad, solo se traba un poco la llave.

«La puerta estaba abierta, y la cerradura está destrozada.»

— Yo ingrese al lugar porque la puerta está abierta, y la cerradura, bueno, hay que cambiarla de inmediato.

— De acuerdo.

A Raphael no le sorprende que el conserje no ayude en nada, se da cuenta de que es alguien despistado e irresponsable.

La prostituta saca un paquete de cigarrillos de su bolso, toma uno y se lo coloca en la boca. No logra encontrar su encendedor.

— Aquí tiene fuego — Raphael saca un fósforo de su bolsillo, lo enciende y se inclina hacia la prostituta.

— Muy amable. — La prostituta debe agacharse un poco para poder encender el cigarrillo.

Es una mujer formidable. Rubia y de un rostro precioso.

«La tapa de un labial.»

Raphael tira el fósforo al suelo. Espera a que la rubia de un par de fumadas y le pregunta:

— ¿De casualidad tienes un labial en la cartera?

— Sería pecado no tenerlo — La rubia se extraña por la pregunta. Tener maquillaje en la cartera es imprescindible, el labial es algo que nunca debe faltar.

El sereno interrumpe.

— Disculpe. Pero estamos ocupados — Sigue excitado.

— Mejor haz tu trabajo. — Raphael enfurece por la interrupción.

— Yo fui el que pagué — Dice mientras apunta con el dedo a la prostituta.

La mujer se ofende. No dice nada, porque en su forma más tétrica tiene la razón.

— Mejor vaya a mirar la puerta trasera y luego me explica lo de la cerradura — Raphael escupe a los pies del sereno — Colabora o hablaré con su empleador de todo esto.

La rubia se acaba el cigarrillo. Vuelve a pedir fuego y consigue nuevamente que Raphael le ayude con ese problema.

El sereno sale de escena.

— ¿Por qué pregunta si tengo un labial en la cartera? — La prostituta se siente impaciente por saber de dónde deriva la pregunta.

— ¿Puedo ver el labial? — Omite la pregunta que le hacen. Es de obviedad que la prostituta tiene un labial, solo la hace para entrar en contexto.

— ¿No me responderás? — Da una fumada extensa, y dibuja una pícara sonrisa en sus labios —. Entonces no verás nada de mi parte.

Raphael ríe ante la ironía, la rubia tiene los senos a la vista. «perfectos»

— ¿Entonces esos senos no son tuyos?

La rubia también ríe. Cierra los ojos y se rasca suavemente la frente. Se muerde el labio de abajo y mira a Raphael con el fin de seducirlo.

— ¿Solo quieres ver el labial? — Se le insinúa.

— Si, al menos por ahora. — Rapha le sigue el juego.

Saca el labial y se lo da a Raphael. Es un labial de la marca «Giorgio Armani».

— Aquí tiene lo que quieres.

— Me gustan tus pechos — Raphael da un comentario coqueto.

— Puede tocarlos si quieres...

Raphael solo asiente y se centra en lo que le acaban de dar. Es un labial rojo de una buena marca y con tapa. Saca del bolsillo la tapa que encontró afuera del edificio.

«Interesante.»

Es la misma tapa que tiene el labial de la rubia. Bien, ya sabe qué tipo de labial usa el asesino. Ya da por hecho que la tapa es su firma, como también es dejar un beso en las víctimas.

En una noche Raphael demuestra lo que es un verdadero detective. John y Fazio lograron concretar las cosas en varios días.

Raphael comienza a pensar en John y en Fazio.

—Pero, ¿Qué hace trabajando en el caso el hermano de las víctimas? — Recuerda cuando le contaron que John Cooper y Claude Fazio están a cargo del caso.

La prostituta lo mira extraño. Raphael queda ensimismado hablando con su propia sombra.

«Un familiar directo de la víctima no puede ser parte del caso, al menos que sea un sospechoso.»

— ¿Por qué Fazio lo deja ser parte de los casos? — Se ruboriza ante la poca profesionalidad que denota el capitán Fazio. Se supone que es primordial ser consciente de ello —. Hay que terminar con toda esta incoherencia. — Dice aireado.

La rubia comienza a vestirse completamente. Y pide el labial a Raphael.

— Si no lo usarás, puedes devolverlo.

Raphael queda un poco descolocado. Pero entra en contexto rápidamente.

— Sí, aquí tienes. Es muy lindo. — Le da el labial.

El sereno está en la puerta trasera del edificio. Se tira un pedo, ya no se lo aguantaba. Bosteza. Mira de reojo la cerradura.

«Mierda».

Lo que el sereno había visto desde hace días era solo unas pequeñas abolladuras en donde se coloca la llave. Pero eso ya no existe. La cerradura fue destruida en su totalidad. Sin duda alguien la forzó.

Corre hacia Raphael.

— Hay que llamar a la policía — Grita impaciente. Dirige la mirada a Raphael y recuerda que ya hay un oficial en el edificio — . Ah, no. Alguien forzó la cerradura — Masculla con vergüenza ante su despiste.

— Ya lo sé, idiota — Raphael quiere sacar su arma y vaciar el cargador en el sereno.

Supuestamente la electricidad se cortó alrededor de las 19 hs. El sereno entra en su turno laboral a las 23 hs. Así que nadie ingresó en el horario de su trabajo.

— ¿Cuándo comenzaste el turno, de verdad no viste la cerradura?

— La verdad que no me fijé — Solo pensaba en pagar a una prostituta y pasarla bien —. Aunque comienzo a recordar que alguien me comentó algo sobre la cerradura cuando llegué.

— De acuerdo. Mañana hablaré con los empleados.

Raphael se marcha sin despedirse.

Raphael regresa al departamento de John. Los forenses siguen ya han sacado las fotografías necesarias y detallaron lo necesario.

El cuerpo de Michael yace dentro de una bolsa negra «donde terminaremos la mayoría». Lo cargan para trasladarlo hacia la ambulancia como a un saco de papas.

Ya en la ambulancia parten a su nuevo destino, donde lo someterán al examen post mortem.

En el suelo hay sangre viscosa y maloliente «sangre y vomito», una imagen ideal para un álbum de una banda de Black metal.

Raphael comienza a imaginarse la escena. Como haría cualquier detective de su calibre. Alguien entra y apuñala a Michael, luego lo deja ciego dándole puntazos en los ojos, etc. No es el orden correcto, pero acierta en los hechos.

Recuerda las costillas de Michael, y recuerda los órganos que podían verse. El corazón, pulmones y demás órganos raros. Nunca visualizó algo de tal magnitud.

«Necesita hablar con Fazio».

Se acerca a un agente para expresarles unas palabras:

— Disculpa, ¿puedes comunicarte con el capitán Fazio?

— Haré el intento — responde mientras coge su móvil.

Fazio se largó del lugar al mismo tiempo que John.

Raphael indaga entre las pertenencias de John. No ve nada de interés, solo un libro peculiar «El guardián entre el centeno». Vaya obra maestra. El libro maldito para unos y el libro magnífico para otros.

— Detective. — El oficial de hace un momento tiene novedades — . Fazio me ha dicho que vendrá de inmediato. Le dije que usted quiere hablar con él.

— Te lo agradezco agente Cody.

Fazio llega al departamento. Baja del vehículo sin detener el motor. Camina deprisa para ponerse frente a Raphael.

— Aquí estoy.

Raphael lo mira con cara de indiferencia.

— ¿Porque tienes al hermano de las víctimas trabajando en el caso? — Pregunta perdiendo los estribos.

— ¿y porque no? — Fazio se hace el desentendido.

— Que pregunta tan estúpida — re ruboriza —. Un familiar directo no puede ser parte del caso — sus ojos denotan que se encuentra aireado.

— Creí que podía hacer una excepción...

«Una excepción».

— No entiendo cómo alguien como usted sigue trabajando en este ámbito — Raphael siente que le faltan el respeto —. Debería jubilarse.

— El chico tiene talento, no veo razón para ponerlo al margen de los hechos.

—¿No ve la razón? — se toma de los ojos fuertemente —. Le acabo de decir que un familiar directo debe estar fuera.

— Primero debe conocerlo y conocerá la razón de porque lo induje al caso.

¿Hay una razón? Seguro es su talento oculto.

— Dígame su razón. — Raphael nota que Fazio tiene sus buenas razones. Razones que quiere ocultar.

Fazio se lo queda viendo, pensando en que va a decir. No quiere parecer un idiota.

— Quizás conoce al asesino — sonrío —. Sus hermanos mueren, supongo que hay un algo personal entre el asesino y John.

«Interesante».

— Es una posibilidad. Continúe.

— John todavía no es una de las víctimas, si quisieran asesinarlo, creo que lo habrían hecho desde un principio. — Se detiene para pensar lo que va a decir —. Creo yo, que el asesino lo hace sufrir asesinando a sus hermanos. Lo destruye por dentro lentamente.

— Si sabe quiénes son sus hermanos, debe ser alguien cercano a su entorno — Raphael se complace por la idea de Fazio.

— Es por eso que lo mantengo cerca.

«No es un sospechoso, pero puede ser la llave que abra la puerta».

— Suponía que debía de haber una buena razón. Por un momento pensé que estaban siendo estúpidos. — Raphael se ruboriza y le da la razón a Fazio.

— Gracias por pensar eso de nosotros — comenta Fazio sarcásticamente.

— ¿Le preguntaste si sabe quién mata a sus hermanos?

— No directamente, pero lo haré pronto. — Da un suspiro —. Aunque al verlo y hablar con él me hace creer que sabe menos que nosotros. Las apariencias engañan.

— Muy cierto.

Ambos mantienen silencio por un instante mientras pasa entre ellos un oficial. Cuando se aleja continúan hablando. Esta vez Raphael confía en la sabiduría de Fazio, ahora lo considera un erudito del tema.

— Supongo que John Cooper seguirá ayudando en el caso... — Se rasca la barbilla —. Me parece un pecado muy irregular, pero tiene sentido.

— El chico tiene talento — Fazio adopta una postura firme —. Si no sabe quién es, será de gran ayuda para que lo encontremos.

— Es malvado lo que haces — Raphael intenta asimilar el hecho —. Dejar que John vea a sus hermanos muertos, a su cuñada también, me parece de mal gusto. No es muy factible.

Tiene razón.

«¿Fazio estará mintiendo?»

Raphael le comienza a contar sobre el pequeño episodio que tuvo en el municipio.

— A unas cuantas cuerdas de aquí hay una cámara de seguridad del municipio.

Fazio mantiene el silencio y escucha atentamente.

— Fui a ver si la cámara captó algo, estaba el conserje — omite la parte vulgar —. Resulta que la cerradura de la puerta trasera estaba destrozaba por completo. Me entero de que el lugar no tiene electricidad desde las 19hs.

—¿Alguien ingresó y se hizo cargo de que la electricidad se esfume? — Fazio interrumpe y se adelanta a los hechos.

—Correcto. Lo peor de todo es que las cámaras graban solo si la fuente de ellas se mantiene encendida, no tienen una memoria propia, esa es nuestra mala suerte.

Fazio hace mueca de querer decir algo, pero se abstiene, se da cuenta de que Raphael tiene más para decir.

— Al salir encontré la tapa de un pintalabios. Igual a la que se encontró acá, en el departamento de John.

— Deduje que es el estigma del asesino. Su firma. Quiere que no dudemos de su presencia. — Dice Fazio.

— Si, pensaba en lo mismo. — Raphael se alegra por llegar a conclusiones certeras —. Sin duda estamos tras un asesino en serie.

— De hecho, ya mandé a examinar un par de tapas. — Hace un rato mintió sobre ello.

Para Raphael es información nueva.

— Bien gracias por hacérmelo saber.

Ya están cansados, convenientemente deciden retirarse del lugar e ir a descansar para continuar con su deber.

— Continuemos la conversación en otro momento. — Dice Raphael.

Fazio asiente.

— Me parece una idea estupenda.

Suben a su vehículo correspondiente y se alejan del lugar, dejando atrás a los oficiales y forenses que seguramente estarán allí toda la noche. «Pobre de ellos».

## 18

John Cooper despierta empapado de su propia transpiración, tuvo pesadillas. Sale de la cama y va al baño. Se mira al espejo y ve que su aspecto es impresentable, se moja la cara y con una toalla se la seca fuertemente. Se desnuda y se mete en la ducha.

Alguien toca la puerta.

Justo cuando se escucha aquello, se enjuaga el cabello. Al principio piensa que es producto de su imaginación. Cierra las válvulas del agua para insacular el lugar de algún sonido.

Vuelven a tocar la puerta.

Se percata de ello. Sale de la ducha y se coloca la toalla para tapar sus partes íntimas. Camina lentamente hacia la puerta. Al salir del baño se resbala y cae secamente, generando un gran estruendo. Le duele, pero se levanta al instante.

Ve que la puerta está cargada de muebles. Los que usó para sentirse protegido. Los retira uno por uno, los arrastra creando un sonido estridente.

Ahora solo queda abrir la puerta. Respira profundamente y abre.

— Hola señor Cooper.

Es la encargada de limpieza del hotel.

— Hola. ¿Qué necesitas?

— Debes desalojar la habitación, es hora de la limpieza.

John se retuerce al sentir dolor en su espalda por efecto de la caída.

— ¿Qué hora es?

— Son las 12 del mediodía.

— Mierda.

Le cierra la puerta en la cara a la señorita de la limpieza. Mira el desorden que tiene y piensa en lo tarde que es. Se viste tan rápido que se coloca la camisa con las costuras hacia afuera.

Sale sin perder más tiempo hasta la recepción.

— Disculpe el desorden.

La señorita entra y ve los muebles desparramados por doquier.

— ¿Qué hizo este hombre? — Se enfada. Tiene que ordenar sin quejarse. O la despiden.

John habla con la mujer de recepción.

— Pagaré una noche más en la misma habitación.

— De acuerdo. ¿Es apetecible la habitación número 13?

— Más de lo que piensas.

— Ah, y entrégale esto a la persona que limpia mi habitación. — Saca de su cartera dos billetes de 100 dólares.

— ¿Ha hecho un desastre? — La mujer le sonríe.

John se queda en silencio y le devuelve la sonrisa. «Claro que hice un desastre.»

Se despide de la mujer y sale corriendo en búsqueda de algún taxi. Su bicicleta sigue en la estación. Para su suerte hay uno desocupado en la acera del hotel. Se sube y le pide que lo lleven a la estación de policías.

«Un poco más rápido.»

Avanza un par de cuerdas. El taxi se detiene. Se le desinfla una rueda trasera. Ahora debe irse caminando hasta la estación.

— De veras lo lamento — Le dice el taxista ante el imprevisto.

— Cosas que pasan.

Sigue el trayecto sin lamentarse. Son hechos que uno no puede controlar.

Mientras camina entre tanta gente empieza a pensar en su trabajo. Hay cosas que le parecen extrañas e irregulares. «¿Por qué me dejan trabajar en el caso?» Se pregunta. Cuando era un cadete es lo primero que le enseñaron, ningún familiar directo puede ser parte del caso al menos que sea un sospechoso.

En realidad, lo pensó desde el principio. No comprendía porque Fazio lo permite. Seguro sabe de ello. Pero debe tener sus razones. John nunca dijo nada sobre ello porque le interesa la idea de participar en la investigación.

«¿Acaso soy un sospechoso?» Ahora se plantea una muy buena pregunta.

— Claro que no, no tiene motivos para sospechar — Se responde a sí mismo.

— ¿Qué mierda trama ese viejo decrepito? — Grita y hace que quienes están cerca lo miren como a un loco.

Se mete en la cabeza la idea de que Fazio trama algo en su contra. ¿Qué será? Y ¿Por qué?

John no tiene por qué preocuparse, no ha hecho nada. Pero en ese momento siente que perdió los estribos. Ya saben, ver muertos a familiares y demás. Hacen que de a poco pierda la cordura.

«Vaya lío.»

Continúa su camino. Se detiene a la señal de no pasar en un semáforo. Las personas comienzan a acoplarse. Murmullos y ruidos por doquier.

Ve a una mujer que se pinta los labios, esa mujer le devuelve la mirada.

«¿Será ella?».

Gira su cabeza y visualiza a otra mujer que se pinta los labios. Esa mujer también le devuelve la mirada.

Comienza a desesperarse, el tema del labial lo impacienta. Ve un par de mujeres más que se pintan los labios. Empieza a imaginar que una de esas mujeres es el asesino. Mira a cada una con intensidad. Ve cada movimiento. Pero nada incriminatorio. La señal cambia a verde y continúa su camino.

Al pasar la calle, intenta visualizar nuevamente a las mujeres. Pero desaparecieron. Continuaron con su vida.

«Paranoia».

Sigue viendo a mujeres pintándose con labial en medio de la avenida. Están en todos lados y en cada momento. Ahora vez intenta ignorarlo.

Se detiene frente a una tienda de cosméticos. Tantos labiales en un solo lugar. Ingresa sin saber lo que hace.

Escruta el estante de labiales hasta que da con el que le interesa. Un Giorgio Armani rojo. Coge uno y se lo guarda en el bolsillo. Planea robarlo.

— ¿Supongo que lo pagarás? — Alguien lo encara.

Se pone nervioso, saca del bolsillo el labial y lo mira con culpabilidad. Estaba por cometer un delito. Y se supone que eso es lo que debe evitar que pase.

— Si, lo pagaré.

Se voltea para mirar a la persona que le habla. Se sorprende estrepitosamente al ver de quien se trata. «Paula».

— ¿Para quién es? — Pregunta Paula.

— ¡Para vos!

Paula lo mira con interés. Piensa que le está haciendo una broma. Pero no lo es, John va y paga el labial. Luego vuelve sonriendo.

— Aquí tienes. — Se lo entrega.

Paula se sonroja. Acepta el regalo y lo guarda en su bolso.

— Gracias. Justamente vine por uno de estos.

«Interesante».

John queda perplejo. El capitán le insinuó una vez que el asesino es o fue alguien cercano a él. ¿Y si ahora lo tiene de frente?

Se tranquiliza para no tener un comportamiento erróneo. «¿Podrá ser Paula?» Piensa. Es difícil creerlo, aunque no imposible. Paula es su ex novia. Puede ser una ex novia loca que busca venganza.

«Sería un hecho muy trillado».

— Bueno, debo irme al trabajo. — Expresa con amabilidad.

— Vamos juntos, yo voy al mismo lugar. — Dice Paula con voz sibilante.

John lo piensa un poco, y se dice que puede ser interesante. Ahora sospecha de Paula, y tiene sus razones para hacerlo. Es hora de trabajar.

— Me parece una estupenda idea — Asiente y sale junto a Paula.

## Capítulo 19

Raphael despierta. Hace lo que tiene que hacer y sale a las calles con su vehículo.

Se dirige a la oficina de Fazio, con el fin de continuar la conversación que mantuvieron por la noche. «El municipio». Recuerda el hecho del municipio y cambia de planes, debe ir y dar con un veredicto de lo sucedido.

En el trayecto hacia el Municipio se detiene en un semáforo. Abre la ventanilla y larga un escupitajo. En el asiento del acompañante hay una botella de enjuague bucal, da un sorbo y hace gárgaras. Lo escupe por la ventanilla hacia el suelo pavimentado. En ese momento ve algo que le llama la atención.

Ve a John con una mujer, van caminando juntos a la par.

«Una ex novia loca».

Se les queda viendo, van en dirección a la estación de policías. Siente un gran interés por la mujer, la intuición hace estragos en ello.

Se escuchan bocinazos. Son los vehículos que esperan detrás de Raphael, el semáforo cambia a verde mientras está ensimismado en sus asuntos.

Coloca primera, pisa el acelerador y suelta el embrague al mismo tiempo, y avanza. Se olvida de John y la mujer y va hacia el municipio.

«Llega a destino».

Se estaciona al frente del edificio. Sale y vislumbra la vida del lugar, personas por doquier caminando de un lado a otro con paso apresurado. Personas entrando y saliendo constantemente. Un día normal.

Ingresa. Entre tanto tumulto intenta ir hacia el cuarto donde se ubica la fuente de energía del lugar. Ve a un par de personas con mameluco y lentes. Se acerca a ellos.

— Disculpen caballeros — Capta la atención —. Soy el detective Raphael Frederick. — Se presenta y saca su placa.

— Si, ¿En qué le podemos ayudar? — Uno de los dos entra en escena.

— ¿Y hay luz?

— Desde hace un par de horas.

— ¿Cuál fue el inconveniente? — Hace referencia a la electricidad.

— El cable de alta tensión que da vida a todo esto — abraza todo el lugar —, se desconectó de la fuente principal.

«Si, eso ya lo sabía».

— ¿Cómo pudo desconectarse?

— Y, las únicas dos hipótesis que se me ocurren es que hubo un gran cortocircuito o alguien vino y lo desconectó manualmente.

— Las cámaras — Raphael habla más despacio —, ¿Funcionaron?

— No, imposible.

— De hecho, no funcionan desde el día que asesinaron a aquel sujeto en la plaza militar. — El otro hombre interrumpe a su compañero.

«No se sorprende».

— ¿Por qué dejaron de funcionar?

Los electricistas o lo que fueses se miran, arquean las cejas e intentan recordar algo para poder responder a Raphael. A uno de ellos se le enciende la lámpara y le cuenta lo siguiente:

— Ya recuerdo — Traga saliva —. Alguien robó las memorias de las computadoras. No es que dejaron de funcionar, funcionan, pero no graban nada. «Es casi lo mismo».

Raphael se extraña.

— ¿Y me dices que no colocaron memorias nuevas desde aquel día?

— Eso no lo tengo segur...

Es interrumpido por el compañero.

— De hecho, ayer por la mañana repusieron nuevas memorias. Yo mismo las coloqué.

Raphael lo mira de tal manera que el receptor descubre lo que demanda. Ir a ver las memorias.

— Vayamos a ver las memorias, ¿si es eso lo que quieres?

— Es lo que quiero — Sonríe y responde con diligencia.

Uno de los hombres, muy amable, detiene la puerta para que entre el detective. Todos están dentro de la habitación.

El hombre que había colocado las nuevas memorias se sorprende al ver que ya no estaban. «Por eso vino el detective.»

— Ya no están.

— Me percató de ello — Raphael queda indiferente.

Se quedan viendo sin más para decir y se retiran. Ahora cada uno por su lado.

— Gracias por su tiempo — Dice Raphael y emprende el camino de salida.

«El asesino tiene acceso a muy buena información». El asesino se percató de que todo le salga a la perfección. Sabe lo que hace

## 20

Fazio llega a la estación de Policías. Camina hacia el laboratorio para verificar si se avanzó en la detección de huellas en las tapas que mandó a examinar.

En el laboratorio hay una mujer rechoncha, pero muy agradable. Le comenta a Fazio que se olvidó de ello y que esa misma tarde la hará.

Según la mujer del laboratorio, los resultados estarán para el día siguiente. «Mañana».

Fazio se despide y se dirige a su oficina. Al entrar nota que la puerta se encuentra abierta. Es una puerta vieja, quizás sea por eso. Pero también piensa que hay alguien esperando dentro.

Llega a la puerta y la traspasa. No hay nadie dentro de la oficina. Cierra la puerta y se sienta en su sillón super cómodo.

Hay una nota en el escritorio.

La nota es de un oficial común y corriente. Hace un par de días Fazio le otorgó la tarea de averiguar con quien estaba Mitchell en el bar la noche que lo asesinaron. Quiso evitar la ardua tarea de interrogar a decenas de personas para dar con algo, es un trabajo que requiere de paciencia y mucho tiempo.

En la nota hay escrito lo siguiente: *Tengo información del caso, llámeme.*

Al leer aquello, descuelga el teléfono de la oficina, mira en su libreta de contactos y comienza a marcar números.

Da dos pitidos y le atienden.

— ¿Quién es? — Pregunta la voz que sale del aparato.

— Soy Fazio. Hay una nota que implora por nuestra comunicación.

— Si, cuando fui a su oficina estaba vacía.

— Ve directo al grano. — Fazio no quiere alargar el llamado.

— Interrogué a casi 100 personas — suspira al contar su proeza — . Un par de ella me contaron que vieron a John con una mujer que se llama Paula Bennett.

«Paula». Una ex novia loca. Suena a cliché.

— Gracias. Te debo una. — Cuelga el llamado.

Al oír aquel nombre, hace que se ruborice. Paula, la ex novia de John de pronto se convierte en una sospechosa. Lo peor es que la ve a diario. Se le hace difícil de asimilar que Paula sea una asesina, es probable que no lo sea. Solo estuvo con Mitchell aquella noche, pudo ser cualquiera.

«¿Entonces, al final es una mujer?»

Necesita interrogar de inmediato a Paula. Tiene muchas preguntas para hacerle.

Entre la comodidad de su sillón y sus pensamientos, da bostezos de cansancio. De a poco cierra los ojos hasta que por fin se duerme. La fatiga debe ser eliminada.

Pasan unas horas.

Raphael golpea la puerta de la oficina de Fazio. La única respuesta que recibe son ronquidos fuertes y chirriantes, algo así como un motor descompuesto.

Entra a la oficina y ve a Fazio dormido. Se ríe al ver a un viejo gordo dormido como un bebé. Se acerca y le toca el hombro para que se despierte. No lo hace. Ahora lo sacude quedamente.

Se despierta.

— Disculpe la interrupción — Dice Raphael.

Fazio de a poco se va adentrando al escenario. Mira a Raphael y le dice:

— Gracias por despertarme.

— Fue un placer.

— ¿Tienes novedades? — Nota que Raphael tiene ganas de escupir palabras.

— Exacto — Se sienta en una silla, frente a Fazio —. Fui al municipio y el veredicto es que alguien ingresó por la fuerza, cortó la electricidad y robó las memorias.

— ¿Seguro?

— Si, en realidad eso demuestra el porqué de la cerradura destrozada.

— No es una sorpresa. — Fazio no se inmuta.

— También me dieron a conocer que otras memorias fueron robadas en la noche del asesinato en la plaza militar.

El capitán se acomoda en el sillón, se inclina y coloca las manos sobre el escritorio. «También tengo información de aquella noche».

— Por un momento olvidé las cámaras de seguridad — Fazio se avergüenza por ello —. Bien hecho, detective.

— Descuide, hubiera sido una pérdida de tiempo — Claro que se decepciona, ver las cámaras de alrededores de la escena del crimen es lo primero que se debe hacer —. Sin sus memorias son solo juguetes inservibles.

— Eso creo.

Raphael nota que a Fazio algo lo inquieta.

— ¿Qué pasa por su mente?

Fazio lo mira con suspicacia y no sabe que responder. Pero que importa, es un detective de buena calidad y de confianza, se lo cuenta todo.

— La noche del asesinato en la plaza militar — Se levanta del sillón y comienza a caminar —, la víctima discutió con una mujer en el bar al que asistió. Acabo de enterarme de quien se trata, la verdad es que me tiene anonadado. — Luego de eso guarda silencio.

— ¿De quién se trata?

— La ex novia de John Cooper. — clava los ojos en los de Raphael —. Paula Bennet.

— No me jodas. — Ríe —. Una ex novia loca con sed de venganza. Me suena a cliché.

«Paula es inocente».

— Pienso en lo mismo. Creo que estuvo en el lugar y momento equivocado.

— Ya que lo mencionas — Se refiere a John —. Lo vi con una mujer cuando me dirigía al municipio. Y debo admitir que esa mujer despertó un mal augurio en mi interior.

— Trabaja aquí. Es la recepcionista.

— Eso lo hace un poco más interesante. ¿Realmente crees que es ella la asesina?

— La verdad es que no lo creo. Sería muy fácil para nosotros.

— Una historia muy sencilla para el escritor — Raphael lanza una carcajada.

Repentinamente, John ingresa a la oficina transpirado y eufórico. Les dice a ambos que tiene algo importante para contar, cierra la puerta y se sienta en la silla del capitán. «Mucha confianza en el ambiente».

## 21

John comienza a contar su breve historia. Raphael y Fazio se acomodan, darán su atención por completo, al parecer será interesante lo que escucharán.

Les cuenta que, en el trayecto hacia la estación de policías, se interesó en una tienda de cosméticos. Y que ante la incomodidad que sentía por el tema del labial no pudo evitar su ingreso al lugar. Relata que, al estar dentro, comenzó a escrutar la zona de los labiales, y que pudo dar con el correcto.

— Déjame adivinar — Interrumpe Raphael —. ¿Te encontraste con alguien en el lugar?

John lo mira con suspicacia.

— Es correcto — Responde John.

— Con Paula — Fazio entra al ruedo.

John se sorprende, los dos tipos captaron todo de inmediato.

— ¿Cómo lo sabe?

— Tu continua.

— Seguro ya lo saben, de todas formas, continuare. — Se esfuma el entusiasmo que tenía. — Cuando tenía el labial correcto en manos, ella se acerca y me dijo que iba por uno igual. — Espera a que lo interrumpan.

— ¿Crees que ella asesinó a tus hermanos? — Pregunta Fazio.

— ¿Acaso no pensabas que el asesino es o fue alguien cercano a mí?

— ¿No te parece un cliché muy sencillo?

Preguntas sin respuestas.

Raphael se hace cargo de la conversación.

— Paula es quien discutía con Mitchell en el bar.

John queda perplejo.

— Debo hablar con ella. — Al decir esto, sale aireado de la oficina hacia la ubicación de Paula.

Raphael intenta tomarlo del brazo para detenerlo, pero Fazio le hace una seña para que lo suelte y lo deje actuar.

— No te preocupes, tarde o temprano alguien tenía que ir a hablar con ella. — Replica Fazio —. Es mejor que lo haga el chico.

— ¿De verdad crees que es buena idea permitir que sea parte del caso? — A Raphael aun le inquieta ese detalle.

— De verdad lo creo, al menos por ahora.

Hay un ambiente incómodo.

—¿Estuviste con Mitchell? — Le grita a Paula.

— John, tranquilo — Paula se incomoda, hay personas que prestan atención a la escena.

— ¡Responde!

— Esta bien. Si, estuve con él. — Comienza a llorar.

— ¿Por qué discutían?

Paula lo mira con sorpresa. ¿Cómo lo supo? Su trabajo es averiguar cada hecho.

— Vamos a tu oficina. Y te lo contaré.

Van a la oficina de John. Ambos se miran con sentimientos opuestos. Culpa y acusación.

— Empieza. — Hay gran tensión entre ambos.

Paula se seca las lágrimas y da suspiros para calmarse un poco. Se sienta en el sillón que usa John y empieza con su historia.

— Esa noche, Mitchell estaba ebrio. Yo estaba bebiendo un trago tranquilo, cuando de repente me encara y comienza a insultarme, algo que me dejó confundida en un principio. — Se aclara la garganta —. Solo discutimos por un corto periodo de tiempo.

John hace ademan para que continúe.

— Después de discutir me fui a casa. Y eso es todo.

«Vamos, debe haber algo más».

—¿Por qué discutían? — John sabe que Paula quiere evitar el tema.

— Luego de que nosotros terminamos con la relación — baja la mirada —, fui amante de tu hermano. Yo se lo conté a Elizabeth porque sentí que era lo correcto. Por eso no te conté nada, me avergüenzo de ello.

John queda pasmado.

— Tu hermano me culpó por ello. De arruinar su matrimonio.

— ¿Sabías que Elizabeth estaba embarazada?

— Si, lo sabía. De mellizos. — Lo mira impactada. Está al tanto de todo.

— ¿Algo más que quieras contarme?

— No tengo nada más para contar.

En ese preciso instante entran a la oficina el detective Raphael y el capitán Fazio. Ambos estaban tras la puerta escuchándolo todo. Ahora son ellos los que necesitan respuestas de Paula.

—¿Estuvieron escuchando? — Pregunta John.

— Tu qué crees — Responde Fazio.

Todos toman asiento a excepción de Fazio que se queda sin lugar para sentarse. Paula se siente intimidada por la compañía.

— ¿Tu mataste a los hermanos de John? — Raphael pierde los estribos.

Fazio lo mira con desprecio, fue muy de golpe al punto.

— ¡¿Qué demonios dices?! — Paula se estupefacta por la pregunta.

— Solo responde a lo que te preguntan — Le sugiere John.

Están atentos a las palabras de Paula.

— Para nada. No sería capaz de hacer algo así — Salta de su asiento aireada por completo.

—¿Dices la verdad? — Pregunta Fazio con indiferencia.

— Si crees que soy una sospechosa, eres un estúpido — Señala a Fazio con desprecio.

— Tu mismo dijiste que eras amante de Mitchell, además eres ex novia de John. — Raphael quiere hacer enfadar más a Paula —. ¿Acaso no buscabas vengarte por alguna razón en particular?

— ¿Qué razón crees que tengo para vengarme? — No le responden — Ninguna. No seáis estúpido. No sería capaz de hacer eso.

— Eres una sospechosa, Paula. — John la mira seriamente.

—¿Sospechosa? — comienza a desesperarse —. No he hecho nada — Dice la verdad, y cuando se dice la verdad y piensan que es una mentira es muy desagradable.

— Te creo — Fazio corta la tensión del momento —. Pero de todas formas eres una sospechosa. Si no tienes nada que esconder, no debes preocuparte.

Todos en la oficina miran a Fazio con incredulidad. Paula lo mira dándole la razón.

— Gracias por eso Capitán. Tiene razón, no tengo de que preocuparme— Se calma por completo —. De todas formas, me ofende que piensen que soy capaz de emprender un hecho tan ominoso.

Fazio hace ademan para que se retire.

— Ve a trabajar.

Paula sale del lugar sin mirar a nadie y sin decir nada. Deja a los 3 mosqueteros en soledad. Es hora de que se ocupen de lo suyo y llegar a un veredicto que les sea factible para poder continuar.

Es la hora de la verdad. Cada uno debe de exponer su opinión.

— ¿Qué piensan de todo esto? — Pregunta Fazio.

Raphael da su opinión.

— Creo que es inocente. No creo que solo por discutir con Mitchell la noche que lo asesinaron sea una sospechosa. Pero bueno, siempre el culpable es el de que menos se sospecha. Quizás por eso tengo mis dudas. Y fue brevemente amante de Mitchell, al parecer se sentía despechada por John, no creo que se frustrara con Mitchell como para asesinarlo, de ser el caso John ya estaría muerto. — se rasca la cabeza.

— ¿Elizabeth, Michael? ¿Qué hay con ellos? — Le pregunta John.

— No creo que esa mujer «Paula», sea un asesino en serie. Si les soy sincero, el verdadero asesino es alguien super inteligente, no digo que Paula no lo sea, el punto es que creo que planeó todo esto. Quiere que nos distraigamos con Paula. Supongo que hizo averiguaciones sobre ella. Me hace creer que la finalidad del labial es que nos centremos más en ella. Y al ser ex de John y de que los hermanos de John son sus víctimas, la hace ver más sospechosa. Un buen respaldo para el verdadero asesino.

John y Fazio se sorprenden por la idea que surge de Raphael, tiene coherencia y mucho sentido. ¿Estará en lo cierto?

— Tiene mucho sentido— Comenta John —. Usa a Paula como a un cordero del rebaño. Creo que tendremos un duro trabajo.

— Si, también estoy de acuerdo — Fazio le sonríe a Raphael—. Tiene mucho sentido.

— Pero puedo equivocarme, no se emocionen — Son palabras de Raphael.

— Lo tenemos claro. Pero de todas formas debemos vigilar a Paula, hay que asegurarse de que es solo un chivo expiatorio. — Fazio mira a John— ¿En qué piensas?

— ¡Espero que Paula sea inocente!

— No le contemos a nadie de esto. — demanda Raphael.

— Tenemos que ser más inteligentes que el asesino.

Y así es como dejan de sospechar de Paula. El veredicto de que es solo una distracción es factible. Por suerte para todos Raphael es parte del caso, es alguien con talento. Sin él, es probable que John y Fazio hubieran dado vueltas y caído en la trampa del asesino.

Discuten e ingenian un plan. Todos concuerdan en que deben de seguir por el camino que el asesino quiere que transitan. Pensará que tiene todo bajo control y cuando menos se lo espere, le darán la sorpresa de que usaron su propio juego en su contra. Una distracción en otra distracción.

Fazio y Raphael se retiran y dejan solo a John.

El celular comienza a sonar. «Se compró uno nuevo». Pero tiene el mismo número de siempre.

Atiende.

— ¿Hola?

— Hola John, soy Barbara.

— Barbara, ¿Cómo estás?

— Bien. Escucha, ¿Hay novedades del funeral?

— No lo sé, no me han dicho nada.

— De acuerdo. Tomé un vuelo para mañana, creo que llegaré al aeropuerto al mediodía. ¿Podrás recogerme?

— Por supuesto. Allí estaré.

— No te olvides.

— Claro que no, no puedo dejar que estés sola. — Todavía no le cuenta lo de Michael. También hace insinuación de que Barbara puede ser la siguiente víctima.

— Confío en que irás.

John corta el llamado sin despedirse. Es un mal educado. Pero no hay que precipitarse, lo hizo porque teme por su hermana.

## 23

Raphael sale del edificio. Fazio se queda parado en la entrada, intentando resolver un enigma que de seguro le quitará el sueño.

Cada uno toma su camino.

Fazio camina hacia Paula, quien ahora es parte del enigma de su enigma. Se acaricia los ojos como si quisiera sacarse unas lagañas, hace ademanes de impaciencia y le clava una mirada que abunda severidad.

—¿Solo fuiste la amante? — Encara con contundencia.

Paula queda descolocada, pero entra en contexto.

— Es lo que he dicho.

Fazio escruta cada palabra y gesto que nacen de Paula.

— ¿Luego de discutir con Mitchell, te dieron ganas de asesinarlo?  
— Fazio es un loquillo.

— ¡Córtala ya con tus insinuaciones! — Se enfurece —. No le he tocado un pelo a ese hombre.

Fazio suelta una carcajada. Una amante que no le toca ni un pelo, es raro.

— Me refiero a después de discutir. — Agrega Paula airada.

— Si tienes algo para decir, dilo ahora. — Hace una pausa —. De todas formas, lo descubriremos.

— Ya le dije todo. Se que lo descubrirán, por eso estoy tranquila. No he hecho nada.

Fazio se tranquiliza al no ver señales de mentiras en Paula, se le hacía difícil sospechar de ella.

— Yo te creo. Mi antena de sospechoso no se altera ante tu nombre  
— Es una metáfora algo infantil, pero cumple con su cometido.

— Al parecer eres el único.

— Si te refieres a John y a Raphael, no te preocupes. — Hace una breve pausa —. Nadie cree que eres una sospechosa.

Paula se alegra al oír aquello. Decir la verdad y que la gente crea que mientes, es una atrocidad.

— No te alegres tanto. — Dibuja una sonrisa que expresa seriedad —. Te estaremos vigilando.

Paula solo asiente y continúa con su trabajo. Fazio se marcha del lugar.

«¿Debió de hacerle preguntas más específicas?»

Pasa un cuarto de hora.

— Paula.

Alza la vista y ve a John. Serio y confundido.

— ¿Sí?

— ¿Tu mataste a mis hermanos?

Paula se sofoca, queda estupefacta. Que esa pregunta surgiera de John, la desmorona.

— Por supuesto que no. —se levanta de su asiendo y coge le coge una mano con cariño—. Créeme, no sería capaz.

— Te creo — la mira con cariño —. Te conozco, sé que no eres capaz de desperdiciar tu vida de esa manera.

— Gracias por creerme. — traga saliva —. Lamento lo de tus hermanos.

Sus manos cada vez se entrelazan con más fuerza.

— También lo siento — mira al suelo —. ¿Crees que deberíamos salir?

Paula no logra asimilar lo que viene detrás y luego de esa pregunta. La están invitando a salir. «¿Quiere volver a intentarlo?»

— Déjame pensarlo bien.

— Me parece que es lo correcto. — Le sonríe y se marcha al hotel. Su departamento es un lugar poco apetecible en ese momento. Además, debe haber algunos oficiales de la división científica en el lugar.

Mira su bicicleta encadenada al árbol. Es momento de volver a utilizarla. Camina hacia ella, busca las llaves para abrir el candado. No las tiene.

— Bueno, un día más sin pedalear.

Pide un taxi y le pide que lo transporten al hotel. «Oscurece». Llega y la recepcionista se emociona al verlo ingresar por la enorme puerta de vidrio transparente.

— Es bueno verlo.

— Lo mismo digo yo.

La recepcionista le da la llave. «Habitación número 13».

— Parece ser una buena habitación. — Comenta la recepcionista.

— Lo es, puedes venir conmigo. — le coquetea.

La mujer lo mira seductoramente. Ella desea acompañarlo.

— Es probable que acepte la invitación.

Gemidos de pasión abundan la habitación número 13. La cama da un pequeño chinchineo, los resortes de la cama parecen gastados. La mujer es penetrada salvajemente por John. Le dan nalgadas con fuerza. Están en la posición del misionero, es la recomendada para personas que no se conocen en la intimidad.

Le tiran del pelo. Le muerden los senos. Están apretujados, se pegan el uno con el otro como si quisieran moldearse en un solo ser. La mujer sube y baja con su hermoso trasero sobre el pene. Gime sin control, lo disfruta bastante.

No usan protección, la mujer confía en las pastillas anticonceptivas. Se sienten el uno con el otro, la sensación es incomparable. El sexo pierde muchas sensaciones a causa del preservativo.

Se zarandean sin control hasta que John eyacula dentro de la bella recepcionista. Quedan exhaustos. La sensación que tienen al respirar es similar a la disnea.

John se duerme. La mujer le sigue la corriente. Sus cuerpos desnudos estarán en contacto hasta el amanecer.

24

Amanece.

John se encuentra en el cuarto de Hotel tendido en su cama, dormido profundamente. Son las 12 del mediodía pasadas, se supone que a esa hora debe estar en el Aeropuerto para recibir a Barbara.

12: 10 es el horario que marca el reloj del cuarto de hotel. De pronto el teléfono celular de John recibe un llamado de Bárbara, el ringtone es escandaloso, rápidamente se despierta con una pizca de desorientación. La mujer con quien tuvo sexo ya no se encuentra con él. Probablemente se fue en la madrugada.

—¿Cuánto tiempo he dormido? — Se pasa la mano por toda la cara fuertemente, se levanta sin ganas para atender su teléfono, no

obstante, deja de sonar, pierde el llamado por tardar demasiado. El emisor del llamado es Bárbara.

— ¡Maldición! cómo pude olvidarlo — Se refiere al hecho de que debía esperar a Barbara en el Aeropuerto —. Seguramente ya está en la ciudad— Dando por hecho de que su hermana lo espera en el Aeropuerto, sale rápidamente hacia allí, al salir olvida su teléfono celular. Si alguien lo llama no recibirá respuestas de John.

No tiene auto, su bici está en la estación, él piensa en llamar al capitán para ir a buscar a Barbara en el móvil policial — Mejor no molesto al capitán— Considera que el capitán tiene cosas más importantes que hacer.

Sale al lugar de recepción. Hay una mujer pelirroja y muy guapetona.

«Debe ser buena en el sexo.»

La mujer recibe la llave. Y le pregunta:

—¿Se retira definitivamente del edificio?

— Si, tengo una noche más. Pero es probable que el pago de esa noche se convierta en tu propina. — Le guiña el ojo.

La mujer se alegra. Y espera poder recibir esa propina.

Sale del Hotel.

En ese momento llega un taxi que acaba de terminar un viaje. Se sube rápidamente y sin saludar al taxista le da la indicación de dirigirse hacia el Aeropuerto. «Debo avisarle a Barbara que estoy yendo» Se palpa los bolsillos con intención de buscar su teléfono celular para llamarla y avisarle, se lo olvida en el cuarto de Hotel, «Que estúpido eres» se dice a sí mismo.

El taxi tan solo tarda 13 minutos del Hotel al Aeropuerto. Un número mágico.

— Son \$6,50 dólares — El taxista le cobra a John extendiendo la mano para recibir el efectivo.

— Está bien, debe llevarme nuevamente al Hotel, en unos minutos regreso.

— Como usted ordene.

John sale velozmente olvidándose de cerrar la puerta del taxi, «Espero que no esté enfadada» su temor por un posible enfado de Barbara es pretencioso. Al entrar en el sector de espera no logra dar vista con Barbara, de todas formas, el Aeropuerto no es un lugar muy caudaloso de personas. Solo se ven los empleados y algún que otro viajero «¿Se habría demorado su avión?», fue a preguntar a una de las vendedoras para que respondan a sus inquietudes.

— Hola, ¿arribó a la ciudad el vuelo 420? — se preocupa —. Mi hermana viaja en ese vuelo— Tal vez da datos innecesarios.

—El avión de su hermana llegó puntualmente, a las 12 del mediodía. — Responde con amabilidad la hermosa recepcionista.

— Son las 12:27 pm, seguramente ya partió hacia la ciudad — Fue un razonamiento aceptable debido a su demora. — Gracias.

Se dirige con la mirada baja al Taxi para regresar al Hotel, cuando se acerca a la puerta, se percata de un peculiar objeto de plástico a solo unos centímetros de la puerta —Será un...— Hace una pausa, va a levantar el objeto, y si, es la tapa de un pintalabios.

Su respiración se acelera estrepitosamente. «Su marca.»

Busca su celular, se lo olvidó en el hotel. «Ya lo saben.»

Necesita hacer un llamado. Camina nuevamente a la ubicación de la vendedora de vuelos de hace un momento.

— Disculpe. — intenta calmarse —. Necesito un favor.

La mujer asiente.

— Necesito que me presten un teléfono.

— Si, no hay problema —. La vendedora se da cuenta de la desesperación que tiene. Debe de ser muy importante realizar aquel llamado.

Le da su teléfono celular personal.

John se lo quita de las manos bruscamente. Parece un animal hambriento que acaba de recibir comida.

Recuerda y marca un número.

Dos pitidos después, le atienden.

— ¡Capitán, creo que mi hermana está en peligro! — John llama al capitán, la desesperación hace que sus nervios crisen, intuye lo peor.

— ¿Por qué lo crees? — Espera una respuesta con un argumento aceptable y lógico.

— Vine a recogerla al aeropuerto y, no la encontré. — Hace una pausa—. Encontré una tapa de un pintalabios— Ese pequeño plástico no podría significar nada, pero, en fin, es la ocasión y antecedentes lo que lo hace tan especial.

— De acuerdo, te veré en la oficina— El capitán quizá no toma muy en serio la situación, quizás la paranoia intervino en la mente de John. Piensa que la hermana de John se cansó de esperar y solo se fue por ahí, a algún rincón de la ciudad.

John cuelga, devuelve el teléfono a su dueño y sale corriendo hacia el taxi. — A la estación de policía, ¡Rápido!

El taxista sin objetar acelera hacia la estación de policía. Llega al objetivo mucho antes de lo esperado.

— Son 10 dólares... — Mientras dictaba la cifra que le debe John por el viaje, es interrumpido por el golpe de la puerta que se cierra brutalmente.

John baja sin pagar, va corriendo hacia la oficina del capitán.

— Pagadme maldito ladrón — un grito que es ignorado.

John se acerca a Paula.

— Paula, págale al taxista, después te lo regreso — Toma por sorpresa a Paula mientras hace sus labores, no tiene la posibilidad de responder, ya que John se marcha así sin más que decir.

El taxista entra poco después, con indignación hacia John, denigrándole con comentarios de que es un ladrón sin vergüenza. Todo por tan solo 10 dólares.

— Yo te pagaré! — Paula toma las riendas, y así poder evitar cualquier escándalo del taxista.

## 25

— ¿Capitán? — Llama John tras golpear la puerta.

— ¡Entra! — Una respuesta con autoridad.

John ingresa y ve al Capitán sentado dándole la espalda a la entrada.

— ¿Qué sucede? — John intuye que algo desorbitante sucede, aunque ya cree saber que puede ser.

— Todavía pienso en el asesinato de Michael —Se detiene un momento, se da la vuelta, deja de dar la espalda y continúa diciendo—.De verdad lo lamento, John.

John se limita a responder, tan solo asiente «Todo el mundo lo lamenta», se queda en silencio por un instante, un silencio algo incómodo para ambos. Son testigos de muertes y crueldad.

— Debemos buscar a Barbara. — John es el que da la orden.

— ¿La has llamado a su celular?

— Por supuesto, pero no me entra el llamado, quizá lo tiene apagado.

«No lo hizo. Y no se le había ocurrido.»

— Bien, no te asustes.— Aunque una parte de él sabe que se mentía, sabe por intuición que algo terrible ha pasado. — Puede estar en cualquier lugar.

— Encontré en el aeropuerto la misma tapa que encontramos en las otras escenas. — Al decir esto, John lleva su mano al bolsillo del pantalón, toma la tapa y la lanza hacia el escritorio.

«Giorgio Armani.»

Al impactar contra el escritorio, la tapa rebota y cae al suelo, a los pies de Fazio.

— Hay millones de personas que usan esa marca de pintalabios, John — quiere tranquilizar a John, intenta hacerlo entrar en razón, la desesperación es peligrosa, nos engaña y puede jugar con la cordura de quien sea —. La encontraste en un aeropuerto, allí, personas van y vienen.

—Solo una coincidencia... quizás ha vuelto a atacar. — Hace referencia al maniático y psicópata que acecha la paz de la ciudad.

— Iremos a buscar a tu hermana, puede estar en algún hotel, restaurante o en tu departamento. — El capitán toma una postura optimista.

— Creo que la encontraron muerta — John adopta una postura pesimista. Su miedo es sincero.

«Lamentablemente creo que así será, John. Pobre John». Ambos quedan en silencio, la habitación se inunda de desesperanza.

Durante ese silencio un ruido estridente se apodera de la habitación. El teléfono fijo de la oficina comienza a bailar alocadamente, un llamado esperaba ser atendido.

Fazio descuelga el teléfono.

— Con el capitán Claude Fazio. — Sabe que cuando ese teléfono suena, lo único que espera escuchar son solo malas noticias, el teléfono que nadie quiere que suene.

— Capitán Fazio, soy Raphael Frederick.

—¿En qué puedo ayudarle?

Raphael se tarda en responder.

— Asesinaron a una mujer en el aeropuerto.

El capitán mira a John, sus ojos transmiten una preocupación estrepitosa. Se da cuenta de inmediato de que se trata de la hermana de John Cooper, Bárbara Cooper.

— Iré de inmediato. — Cuelga el teléfono es su lugar con brusquedad, por poco lo destroza. Seguro Raphael tenía más para decir. Pero le quitaron la oportunidad.

Fazio se queda tieso. Estupefacto.

— ¿Qué sucede? — John no puede adivinar la respuesta, en este momento permanece perdido y concentrado en algo aparte.

El capitán sigue mirándolo de forma chocante, algo demente, o algo deprimido, depende de la perspectiva que le de alguien a una mirada tan profunda que puede llegar a ser algo confusa.

— ¿Qué sucede? — insiste, ahora se desespera por recibir una respuesta.

«Demonios, esto no puede estar pasando» Fazio se encuentra sorprendido, un asesinato tras otro, pero lo que lo tiene más sorprendido, o quizás aterrorizado, es el hecho de que los muertos comparten sangre y apellido.

«¿Como se lo digo? Maldición, qué difícil es.» No encuentra forma de darle a conocer lo que le acaban de hacer saber hace un momento. Mientras el capitán se indigna consigo mismo, escruta en su mente alguna manera de darle la noticia a John.

John continúa impacientemente preguntando una y otra vez que está sucediendo.

— Creo que encontraron muerta a Bárbara. — Muy directo.

— ¿Como que solo lo cree? — John se muestra indignado por la falta de seguridad en Fazio.

— Raphael, me acaba de contar que encontraron sin vida a una mujer.

— ¿En dónde cree que la encontraron?

— En el Aeropuerto. Y se oía muy escandalizado.

Ambos parten sin dar preámbulos y distracciones hacia el Aeropuerto. John da casi por hecho que es Bárbara quien fue asesinada. Las esperanzas de que no fuese así son casi nulas.

Una tapa. La hermana de Cooper. Un asesinato.

— ¡Demonios! — Exclama John con indignación.

Fazio se limita a realizar alguna pregunta, tan solo se queda observando y en silencio.

— ¡Demonios! — Repite lo anterior.

Ambos van al Aeropuerto en el vehículo del capitán. Enciende la sirena para que los vehículos abran paso y así poder llegar rápidamente. El exterior se tiñe de ruido, y dentro del coche el silencio es interrumpido por las aberraciones vocales de John.

Llegan.

— Y aquí estamos — Dice John seguido de un suspiro, preparándose para lo peor. Una gran parte de él no quiere encontrarse allí, tan solo quiere huir, irse lo más lejos posible. Cierra los ojos unos segundos, da un par de suspiros y sale del auto. — Nuevamente, aquí estamos.

## 26

«Espero que John no se olvide de recogerme.» Piensa Bárbara, mientras el avión en el que viaja está a punto de aterrizar. No conoce para nada la ciudad, ni siquiera conoce la dirección del departamento de su hermano John.

El avión aterriza correctamente, Barbara baja y va en busca de su equipaje.

Una vez que lo tiene en su poder, sale a la sala de espera.

— ¿Se habrá demorado? — Se pregunta al no ver a John en el aeropuerto.

Barbara toma su celular y llama a John, quien no le da respuestas. — Tal vez está en camino. — Barbara es ilusa, John se olvida por completo de ella.

— Mejor me quedaré a esperar a John, quizás si venga a recogerme. — John no le pasó la dirección de su departamento, y tampoco le atiende los llamados telefónicos, asique Barbara decide quedarse en el aeropuerto, ya que irse en taxi hacia lo desconocido le es imposible psicológicamente.

Se dirige hacia el sector de espera, se sienta en un banquillo de plástico acolchonado, poco ortodoxo para una comodidad aceptable.

— Necesito matar el tiempo — se dice mientras saca un libro de su bolso, la lectura es la forma más extravagante de matar el tiempo. “Los diez negritos” de Agatha Christie, es el libro que venía leyendo durante el viaje, tan solo le faltan unos capítulos para terminarlo.

— Sin duda el doctor es el asesino. — Pretende conocer quién es el asesino de la historia. Repentinamente sus ganas de ir a orinar se vuelven tan grandes que guarda su libro rápidamente y se dirige corriendo al baño del aeropuerto.

Pasa la puerta. La luz es casi anaranjada, brilla poco.

— La limpieza no es una virtud en este aeropuerto. — Es un comentario de indignación y asco, el baño es un completo desastre. Papeles en el suelo. Espejos sucios. Es como todo baño público sin el cuidado adecuado. — Mi vestido se ensuciará fácilmente.

Acciona a buscar un retrete aceptable para hacer sus necesidades, tan solo hay 5, el tercer retrete es el más “Limpio” de todos. «— Aquí está bien, al parecer no es el más usado, que suerte la mía. — » Se dice como si se hubiera ganado la lotería.

Además de orinar, también defeca, esta vez sí es de buena suerte el hecho de que hay papel higiénico. Al terminar con su limpieza anal, se levanta y jala de la cadena para dejar caer el agua . — Lo único que me faltaba — Barbara expone su enfado. La cadena no funciona. La mierda flota rodeada de su propia orina. El retrete que utilizó se encuentra fuera de servicio, por eso está más limpio que los demás, al parecer alguna graciosa ha sacado el cartel que avisa el problema de ese retrete.

Sale indignada a los lavabos.

— Espero que las llaves funcionen. — Debe lavarse las manos, es una costumbre muy higiénica y obligatoria.

Es un lavamanos individual bastante viejo, hay 3, y todos funcionan correctamente. Empieza a lavarse las manos mientras reniega el baño del aeropuerto, se escucha un ruido en uno de los retretes, no le da importancia y continúa con los suyos.

Saca un pañuelo desinfectante de su bolso y comienza a limpiarse con resentimiento. Cualquiera se debe sentir indignado ante la falta de higiene en un baño público.

— ¡Debo llamar a John, esto ya no me gusta para nada! — Exclama en voz alta.

— Es un id...— No logra terminar la frase.

La interrumpen.

Barbara recibe un golpe en su cabeza con un objeto de vidrio, le da muy cerca de la sien. El golpe es tal que hace caer a Barbara. Ella está en un estado de shock, no comprende que ocurre, todo es muy confuso. Intenta ponerse de pie, pero la tumban nuevamente con un golpe en la nuca, por un momento ve las estrellas, sus sentidos se bloquean por el miedo que sucumbe y fluye por sus venas. La habitación se encuentra en penumbra .

— ¡Ayuda! — Solo logra expulsar un pequeño susurro. Cegada por el miedo y shock que la domina, intentar ponerse de pie nuevamente le es imposible, la insuficiencia mental y física de la

pobre Barbara se hace cada vez mayor. El resultado de todo esto es obvio, su próximo hogar será una caja de madera bajo 3 metros de tierra.

— haha haha ha hahah haha. — Una risa severa, chillona y sofocante salen del atacante.

— Al parecer hoy morirás, Barbara. — Dice, al decir su nombre da incidíos de que conoce a Barbara.

Barbara no puede hablar, tampoco puede ver nada aparte de estrellas, de repente se transforma en una especie de vegetal.

— ¿Cómo te gustaría morir? ¿Lento o rápido? — Un psicópata que se excita con el sufrimiento de alguien débil

El cuarto de baño queda en silencio varios segundos, solo se escucha el eco de la respiración de desesperación de Barbara.

— Responde. — Le grita a Barbara y la toma del pelo con fuerza, al punto en que varias mechass se desprenden de la cabeza.

La impaciencia del atacante crece cada segundo en grandes caudales, como si Barbara le hubiera arruinado su momento de diversión. Barbara sabe que es su fin, no se inmuta ante las palabras de quien la ha atacado, no quiere seguirle el juego a ese ser demente y psicótico.

— ¡La marca de la purificación! — Tras relatar estas palabras, marca sus labios cubiertos con pintalabios rojo en la frente de Barbara. Su estigma.

Mantiene los labios varios segundos, como si saboreara la frente de Barbara, luego toma nuevamente de su cabellera fuertemente — ¿Alguna vez te has metido una botella en tu vagina? — Pregunta con curiosidad, toma la botella de vidrio con la que le dio el primer golpe a la muy desafortunada Barbara. La golpea contra el suelo fuertemente para que el vidrio se rompa, resistió al golpe en la cabeza. Rompe la botella y saltan pequeños trozos de vidrio por todo el baño.

Barbara mira al suelo, queda perpleja ante la situación que se presenta, en un principio no ve nada debido a la oscuridad y los golpes que recibió, pero su visión comienza a adaptarse a la penumbra del cuarto y supera el mareo que le fue provocado por aquel duro golpe que la tumbó al suelo. No logra identificar a quien la ataca, este ser está cubierto por un pañuelo negro, solo logra visualizar sus labios teñidos de rojo. Cuando Bar observa la botella rota en mano de quien la atacando, abre los ojos por el terror que siente, intento gritar, solo logra dar pequeños chirridos casi inaudibles.

— Sentirás un gran placer Barbara— Esta vez la voz de quien la ataca se torna más masculino.

«Una mujer con poco de mujer.»

Se acerca a Barbara y levanta su vestido. Agarra la ropa interior de Barbara, un culote Beige, y se la saca de su cuerpo. Barbara no asimila la razón del porque le quitan su ropa interior, no logra imaginar las intenciones del ser perturbado que la hace sufrir.

— No dolerá. — Le dice el psicópata a Barbara con un tono de voz similar a dar condolencias —. Seguramente te excitaras.

Tapa la boca de Barbara con un cordón que en medio tiene una bola de plástico y la hace morder la bola de plástico, ocupa casi toda su boca. Toma el pico de la botella que acaba de romper y comienza a introducirla por la vagina de Barbara. La pobre Bar da un grito sordo espeluznante, tan solo se escucha un chillido agudo en el ambiente. Sufrimiento que puede matar. La botella rota le rasga y destroza sus partes íntimas, el dolor es insoportable para Bar, ella en estos momentos solo quiere MORIR.

Introduce y saca la botella de la vagina como si se tratara de un acto sexual.

— OH SI, OH SI. MMMM — El perturbado parece disfrutar del acto repudiable, da gemidos de placer reales. Lo disfruta.

Barbara se ahoga en sus lágrimas mientras se desangra por la vagina. Fragmentos de vidrio yacen dentro de ella. El psicópata culmina con su perverso juego y deja la botella rota dentro de la vagina de Bar. La coge de los pelos y la arrastra hacia el retrete que utilizó Bar hace tan solo unos pocos minutos.

— Parte de ti flotan en las sucias aguas que crean los humanos —  
Dice riendo el ser despreciable apuntando al excremento de Bar.

— Mira cómo flotan — Tira de los pelos tan fuerte que logra arrancarle de raíz grandes mechones.

— Tu quedarás flotando como esa mierda. —Comenta como si contara un chiste divertido. Aunque realmente lo es.

Barbara parece muerta, respira, pero su alma ya emprendió su marcha.

— Lo siento Barbara, debo irme, ya no puedo seguir jugando contigo. Lamentablemente no tengo mucho tiempo.

Rodea con sus manos la cabeza de Bar, y la arroja al retrete lleno de mierda y orina, los esfuerzos de Barbara intentando sacar su cabeza para respirar son en vano. Con un pie en su cabeza, se le hace imposible. El retrete burbujea, salpica gotas hacia afuera, Barbara ante la desesperación no puede evitar el ingerir aguas sucias del retrete a su sistema digestivo. Finalmente se resigna ante la muerte, da un último suspiro de vida.

— Ahogada en su propia mierda, esto es anecdótico. — Se ríe a carcajadas.

Barbara está muerta, ahogada por el retrete mientras su vagina sigue perdiendo sangre sin control, el piso del baño se tiñe de rojo por completo.

Quién asesinó a Barbara, tapa todos los lavabos y retretes con trapos. Abre las válvulas a su máxima apertura con el fin de inundarlo todo. «No se inunda más.»

Termina su jornada y se retira como si lo que acaba de hacer fuese de lo más normal. Un día rutinario.

— Capitán Fazio — Grita Raphael al ver la llegada de Fazio y John.

El capitán camina distraído en sus pensamientos al igual que John. El grito de Raphael los hace volver en sí como si se hubieran despertado de un largo sueño. Comienzan a buscar y poder dar con la persona que les grita a lo lejos.

Raphael sale por la entrada principal del aeropuerto.

— ¡Detective! — Dice John en modo de saludo.

— El maldito Raphael. — Escupe Fazio.

Raphael hace una pequeña mueca, mira a ambos y sonríe con preocupación, es un sonrisa forzada y desagradable. «John Cooper», al que más deseaba ver en el mundo. — Me alegra verlos tan pronto. — Dice sin despegar los ojos de John.

— Gracias por llamar — Fazio se muestra complacido por el gesto.

Raphael solo asiente.

El capitán observa el movimiento de Bomberos, médicos y oficiales entrando y saliendo del aeropuerto.

Hay civiles quejándose y muy molestos porque su vuelo se perdió o sufrió un retraso. Los medios también dan el presente. Periodistas locales hacen preguntas a quien se les cruce en su camino. Fotógrafos de periódicos intentan tomar la mejor fotografía. «¿Cómo es posible que no nos enteramos antes?», Fazio no logra asimilar el hecho de que los periodistas se han enterado antes que él. «Tienen sus buenos contactos.»

El ambiente es caótico, hay personas gritando por doquier. Al menos en el exterior lo es.

— Vamos, ingresemos al aeropuerto— Raphael Señala con la mano la dirección que deben seguir, algo anticuado ya que solo hay una única opción para ingresar. — Apenas iniciamos con la investigación de la escena.

Los tres caminan hacia el interior del aeropuerto, Raphael lidera el camino yendo a unos 5 pasos de distancia.

John y el Capitán miran el tumulto de personas que se encuentra en los alrededores de las instalaciones. Bullicios, gritos, flash de fotos, forcejeos de policías con manifestantes, etc.

— ¿Manifestantes? — Pregunta Fazio. Extrañado por la situación.

— Así es, al parecer un grupo feminista se ha enterado del asesinato en el aeropuerto y han venido hacia acá, eso explica también a los periodistas y demás. — Una respuesta de Raphael dando a entender que para él es algo de lo más normal.

«Grupo Feminista. Asesinato» John da por hecho de que asesinaron a una mujer, a su hermana.

— Aprovechan cada crimen de una mujer para poder gritar sus derechos a los cuatro vientos. «Femicidio»— Agrega Raphael—. Es una locura que deban reclamar por derechos que deben ser esenciales hacia su género sexual. Es una locura. Si les soy sincero, culpo a la iglesia por denigrar a la mujer.

— ¿Crimen? — John induce que puede existir la posibilidad de un posible accidente.

— Sin duda es un crimen, debido a las circunstancias. —hace una pausa—. Ya verán a que me refiero.

— ¿Qué circunstancias? — Fazio se siente intrigado por esas circunstancias.

— Ya lo verán con sus propios ojos y sabrán a lo que me refiero. No sean impacientes — Raphael no quiere entrar en detalles. Prefiere que lo vean con sus propios ojos.

— ¿Es mi hermana? —John quiere sacarse el peso de la duda de encima.

— ¿Hermana? — Raphael le devuelve la pregunta. Y si, sabe que la víctima es su hermana.

— Hoy llegaba a la ciudad, se supone que debía recogerla.

— y... — hace que John continúe hablando.

— No fui muy puntual.

— ¿Estuviste aquí? —Rapha se ve sorprendido por lo que le cuenta John.

— Si, hace aproximadamente unos 50 minutos. Barbara no se encontraba en el edificio y me fui.

«Barbara.» Raphael mira seriamente a John. Quien tiene toda su atención.

«Barbara no estaba. Claro que está, está muerta en el baño de mujeres». Raphael se limita a hablar. Puede hacerle saber que se trata de su hermana, pero no lo hace.

—¿Alguna novedad sobre la Autopsia de Michael? — Fazio interrumpe con el fin de evitar el interrogatorio que pretende hacer Raphael a John. Algo razonable.

«¿Michael?, cierto, el asesinato del Hermano de John, el asesinato de otro Cooper.» — Nada interesante, al menos por ahora. No tenemos nada — «Les contaré luego los pocos datos que he logrado obtener». Muertes y más muerte. No hay respiro y paz para ningún ser en esta ciudad.

«Muertes y más muertes» La frase le queda retumbando. «Coopers». Cree que el asunto es más sencillo de lo que parece ser. Un asesino que acecha a los Cooper y que aún no ha asesinado a John. «¿Serán cercanos?». «¿Paula?». Paula yace bajo la lupa de sospechosos Raphael no cree que sea ella. Es inocente en su totalidad. La están usando como chivo expiatorio, la intuición que ha conseguido a través de los años en la profesión es refinada. ¿Fazio?

En el fondo del establecimiento, doblando a la izquierda, se encuentra ubicado el baño de mujeres. Ahora un baño precario y

terrorífico. Lugar de un hecho estrepitosamente salvaje. Un lugar digno para la portada de una banda de Black Metal.

—¡John! — Raphael atrae la atención del oficial novato.

John solo dirige la mirada, esperando a que Raphael prosiga con su cometido.

— La víctima se llama Barbara Cooper — Por fin le hace saber lo que John ya creía saber.

Fazio mira escrutando a John esperando alguna trepidante reacción, pero no se inmuta para nada. En este punto ya es una piedra, o parece serlo. Sus sentidos y sentimientos están anestesiados por los hechos anteriores. Cada golpe que recibe es más fuerte que el anterior, pero él lo percibe cada vez más debilitados, como caricias. Sus sentimientos se extralimitaron, están hecho añicos, quizás ha perdido la capacidad de la percepción del sentir.

Unas palmadas de consuelo por parte de Fazio, un gesto gélido. John mantiene sus ojos con vista hacia el suelo, no sabe cómo encontrará a Barbara. «¿Qué le habrán hecho? —piensa — Cuanto lo lamento.» En realidad, John no la recuerda para nada, han pasado muchos años desde la última vez que se vieron.

— No es necesario que vayas a ver la escena. — Fazio plantea una muy buena idea.

— No me jodas, necesito ver que le han hecho. — Realmente no quiere ver nada de la escena, pero el oficio que ha elegido lo obliga a hacerlo, debe acostumbrarse a ver hechos escalofrantes y nauseabundos. Aunque se trate de un familiar no es una excepción.

— De acuerdo. — Fazio acepta la decisión de John —. Es tu decisión.

Raphael observa con recelo a Fazio. Algo le dice que oculta algo. No puede imaginar de que se trata. «¿Por qué dejas que John trabaje en el caso? —piensa —. Maldito cínico.»

Trataremos sobre eso más adelante.

A medida que se acercan al baño femenino, el ambiente emana una brisa proveniente del baño con un olor petrificante. Un olor que provoca arcadas a todos lo que la huelen por primera vez. Tanto Fazio como John se colocan la mano sobre la nariz, y así lograr apaciguar el mal olor.

Estando cada vez más cerca, notan que hay agua en el suelo. Agua con colores tétricos e irregulares. Agua similar de algún estanque público invadido de aves, defecado y maloliente.

El suelo comienza a sentirse pegajoso, «Estaremos pisando mierda, sin duda es mierda.» Fazio arruga toda la cara, no soporta el olor, y la sensación de pisar mierda es más que repugnante.

«¿Es sangre con materia fecal?» John se hace esa pregunta luego de observar detenidamente el agua bajo sus pies. Logra distinguir la sangre entre tanta mierda y orina. Como las células dieran un resplandor.

— ¡Pero que carajos! — Fazio exclama con una sorpresa inédita.

John viene unos pasos atrás de Fazio, al escuchar la exclamación de su compañero, se distrae y da un paso en falso y se resbala. Ese resbalón lo tumba al suelo y cae de cara contra el agua sucia que proviene del baño. Al caer provoca un gran salpicón que empapa con agua contaminada y maloliente a quienes se encuentran alrededor.

Todos enfurecen y dejan salir insultos de sus bocas.

Estando en el suelo, acciona para ponerse de pie rápidamente. Al levantar su rostro, que queda justo en la puerta del baño con vista al interior, puede ver con nitidez absoluta a Barbara. «Los retretes están enfrentados a la entrada» Lo que ve, cómo la ve, en el suelo, bañada en heces y de su propia sangre, hace que el agua sucia y maloliente tan solo fuese agua potable. Queda estupefacto.

«Hermana» Murmura. Se levanta y camina lentamente hacia el cuerpo de Barbara que se encuentra a solo unos pocos metros.

— John, ¡espera! — Fazio quiere detenerlo.

«¿Que te han hecho?» No puede creerlo. Un hecho estrambótico. Peor que los anteriores.

— John, vete de aquí — Dice Fazio. Debió decirle desde un principio, antes de ingresar al aeropuerto. Se lo dice como si se tratase de un niño que acaba de romper un vaso de vidrio.

— Sáquenlo del baño — Fue una orden dada por Raphael, considera que John será a ser un problema. «¿Por qué noto esa enorme indiferencia tuya, Fazio?»

— No pienso irme — Grita John, al borde de las lágrimas. De a poco su punto de quiebre se va saturando. Ya lo ha visto todo.

Un par de oficiales corpulentos lo toman de los brazos para retirarlo del baño, siguen la clara orden de Raphael.

Se origina un pequeño forcejeo, John quiere soltarse de las grandes manos que lo sujetan. Apenas logra mover a los agentes mastodontes que lo tienen de los brazos.

El clima en el lugar se vuelve tenso, lo es por un corto periodo de tiempo.

La fuerza que aplica John al zarandearse para liberarse, hace que se desmaye. Los agentes evitan su caída.

Raphael se inclina hacia la posición del capitán Fazio.

— ¿Que significa todo esto? — Pregunta con sublime curiosidad.

«¡Y, se ha desmayó! Después de lo que ha visto, es razonable. Se ha extralimitado» Piensa el capitán Fazio. Se impacienta por la pregunta de Raphael ya que no es del todo coherente, toda respuesta se encuentra a la vista. — ¿A qué te refieres? — quizás la pregunta de Raphael va más allá de lo que se cree.

— ¿Qué conexión hay en todo esto? — Raphael comienza confundir al experimentado capitán. Eso le causa cierta gracia.

—...— Al intentar dar una respuesta, se detiene antes de que palabra alguna salga de él. «Conexión. Similitudes. Coopers. John». Las palabras comienzan a fluir en su mente. Con un poco de razonamiento indaga y ve la pregunta de Raphael con más claridad. — No lo sé, pero que tres Cooper estén muertos, me hace creer que alguien está expulsando su ira vengándose. — Dice al fin. «Por supuesto. Una coincidencia así es improbable.»

— Por supuesto que hay relación en esto.

«Raphael tiene sus sospechas de Fazio.» Algo no concuerda.

— Pero la pregunta es, ¿Por qué? — Se refleja la curiosidad de Raphael arduamente en el capitán Fazio.

«John.» Fazio repite una y otra vez ese nombre en su mente.

— Pensaba que Paula se vengaba de él. — Gruñe —. Pero de ser así, creo que ya debería estar muerto.

«Paula es inocente, Fazio.»

Raphael cree que Fazio sabe quién es el asesino, y que de alguna manera lo protege. Quizás esa sea la causa de tanta indiferencia que emana de él. Ni siquiera se inmuta al ver las escenas, y si lo hace parecen sacadas de una obra de teatro dramática.

— Puede ser el siguiente. Debemos estar atentos. — Idealiza Fazio.

Raphael solo asiente.

—¿Sabes si tiene algún otro hermano merodeando en alguna parte del mundo? — Pregunta.

— Creo que tiene una hermana más.

Raphael se ríe con desazón.

— Que aburrido se vuelve todo esto.

— ¿A qué te refieres? — Pregunta Fazio.

— Me refiero a que un tipo extraño, por alguna razón que aún no descubrimos ha comenzado a matar personas — traga saliva —. En menos de una semana, y curiosamente personas que tienen una gran conexión las unas con las otras. «Sangre y apellido. Excluyendo a Elizabeth.»

Fazio guarda silencio.

— Si resulta que esta hermana de la que me cuentas viene a la ciudad y la matan — continúa Raphael —, me hará bostezar de aburrimiento. Además, hará que me enfade muchísimo si no logro evitarlo. Hay que actuar de inmediato, no tenemos nada que incrimine a nadie. «Solo a ti, Fazio.»

«El siguiente en morir». Raphael se limita a expresar tal comentario, retomando lo antes dicho por Fazio.

Ambos se miran explícitamente. La desconfianza se apodera del momento. Fazio es el sospechoso número uno de Raphael. Algo no le gusta para nada, se atormenta al pensar que puede estar hablando con el asesino.

El momento es rasgado.

— Fazio, acompaña a John al Hospital. Terminaremos con la gestión de la escena, ya sabes, lo de siempre. — «Un asesinato corriente.» Cuando John se desmayó, los agentes aprovecharon el momento como una excusa para subirlo a una ambulancia y sacarlo de allí cuanto antes.

— De acuerdo, iré con él — Fazio se siente bendecido, cada segundo en ese baño es escalofriante y anonadante—. Hablaremos luego. — Dice al fin, y se marcha tranquilamente.

Raphael lo mira con descaro. Sabe que oculta algo que puede ser determinante en el caso. Su avidez de saber al menos algo que sea sublime en el caso, lo estresan sin piedad. Necesitará ayuda de terceros para buscar respuestas. No confía en Fazio. John no es muy fiable, además todavía piensa en que debe quedarse al Margen de todo.

— Detective. — Grita un agente de la división de forenses —. Hemos registrado las llamadas de la línea telefónica de la víctima.

Rapha hace ademán para que prosiga.

— Su última llamada fue con el Capitán Fazio.

«—Ese maldito sádico—Raphael se indigna—. Sabía que algo ocultaba.»

Se enfurece a tal punto que la sangre de todo su sistema circulatorio aumenta la temperatura. Su rostro adopta un color rojizo intenso, que hace pensar que se prepara para emanar vapor por la nariz. «¿Por qué no dijo nada sobre ello?»

El registro de llamada describe explícitamente que hablaron por unos 40 segundos. «¿Sobre qué hablaron?»

Si bien con anterioridad ya desconfiaba y sospechaba de Fazio, en este momento aquello es lanzado por una catapulta para caer en la zona del veredicto. Esas sospechas, para Raphael, ahora es una certeza. Fazio parece ser un haz en el arte de guardar secretos. Es indignante que pasara por alto el hecho de haber hablado con Barbara antes de su muerte.

Respira profundamente unas cuatro veces para serenarse. Piensa mejor las cosas. «Probablemente no ha comentado sobre este hecho por la presencia del maldito Cooper.»

Pero su intuición, ese sentimiento tan fuerte lo aturde y le es imposible escapar de él e ignorarlo, le hace creer que Fazio se guarda un secreto extraordinario.

—¿Qué quiere hacer con Fazio? — El oficial que le brindó la información del registro de llamadas hace una pregunta peculiar, llega a la conclusión de que Fazio es un sospechoso. Pretende que Raphael le dé indicaciones para atraparlo.

«Matarlo, eso quiero hacer.»

— Hablaré luego con Fazio. — No quiere extralimitarse y tomar medidas sin tener un veredicto. Por el momento todo son conjeturas.

Raphael entiende que el oficial ya lo ha catalogado como un apto sospechoso.

— Lo que haremos es lo siguiente — Agrega el buen Rapha —. No diremos nada sobre la llamada. Le daremos un tiempo a Fazio para que venga y no los cuente él mismo. Se que piensas que es un posible sospechoso, la llamada no es algo que se debe pasar por

alto, asique esperemos. Es muy probable que no ha comentado nada por su entrometido compañero...

— ¿Cree que Fazio ha permitido a John ser parte del caso por algo que por el momento no logramos comprender? — Le interrumpe el oficial, con una pregunta indudablemente perspicaz.

Raphael se queda mudo. Le sorprende saber que no es el único que se siente con curiosidad ante las medidas que se han tomado a lo largo de la historia.

— Debo confesar — Una mirada gélida entra al ruedo —. Yo creo que Fazio es el asesino.

El oficial solo asiente.

— Pero no tenemos nada más que sospechas. — Agrega Raphael —. Veremos cómo prosiguen las cosas. Y lo investigaré. Nunca hay que quedarse con la duda.

— Si necesita ayuda, cuente conmigo— El oficial sabe que debe seguir cada orden que le otorgue el detective. Es un peón en el juego.

— No te preocupes, lo haré solo. Mientras menos sepan, mucho mejor. O quedaremos muy expuestos. Guarda el secreto.

El oficial se retira pacíficamente.

Rapha se queda pensando en la conversación que acaba de tener. Ya no sabe que esperar, espera que Fazio le cuente lo de la llamada sin hacer uso de la Fuerza bruta.

Es solo una llamada, insignificante. En este caso esa llamada despierta un interés aplastante en Raphael, ¿Y si Fazio es el asesino?

«Claro que no. Pero de tener secretos, los tiene.»

Se mantiene de pie, plantado como un árbol. Observa el suelo. Solo hay agua sucia. Dirige inevitablemente la mirada al cadáver.

Cierra los ojos y suspira con desesperación, no puede creer lo que sus ojos ven.

«Una vagina destruida por una botella rota de vidrio.»

Debe atrapar al asesino de inmediato. Antes de que siga asesinando como si nada se lo impidiese. Le impacta la libertad con la que lo hace, pero lo que más lo estupefacta es el hecho de estar tratando con un asesino fantasma, que pasa desapercibido, nadie lo ha visto. No hay pruebas, ninguna cámara de seguridad lo ha grabado. Nada, no tienen absolutamente nada. Solo unas malditas tapas de pintalabios. Pura basura.

«Su oficina.» Raphael necesita ir a escrutar cada sector de esa oficina, la duda lo carcome. Se desespera y comienza a tomar decisiones muy precipitadas.

— Ya no tengo nada que hacer aquí — grita irritado, tiene arranques de bipolaridad —. Terminen con todo este desastre y me envían el informe luego.

El oficial con el que habló hace un momento se le acerca y le pregunta:

— Iras por Fazio ¿Cierto?

— Algo así.

— Se fue con John Cooper en la ambulancia. Al hospital central.

Le guiña el ojo y se retira sin decir nada. Sus pasos hacen que el agua del suelo se agite. Y así es como sale del aeropuerto hacia la oficina de Fazio, determinado a dar con algo en este maldito momento. Se ruboriza por tener las manos vacías. Es momento de actuar sin dar más preámbulos a la situación. La insidia de quienes le rodean lo atormentan ¿En quién confiar? La respuesta es en nadie.

Fazio se sube en la parte trasera de la ambulancia. John sigue con el declive que ha sufrido su cuerpo hace unos momentos.

El vehículo acelera sin encender la sirena, no están asistiendo una emergencia. Solo están siendo cómplices de alejar a John y que no se entrometa. No ha hecho nada malo, pero sus reacciones son inequívocamente deprimentes y destructoras de la paz laboral.

Ante el sonido límpido del motor, se desmorona al pensar que Raphael sospecha de él. Se ha dado cuenta de las insinuaciones que ha recibido por su parte.

«— No he hecho nada para que sospeche de mí — se dice—. Espero poder hablar con él lo más pronto posible. Debo contarle sobre las novedades que han surgido.»

Lo hará al día siguiente. Necesita descansar. Su cuerpo pierde resistencia cada día, sufre de la maldita perdición del envejecimiento.

Acompañará a John hasta el hospital (un edificio de 5 pisos) y se irá a su hogar.

La ambulancia se detiene y bajan la camilla que resguarda a John, quien sigue aún en el más allá. Lo suben al tercer piso sin apresurarse, es solo un desmayo, nada de qué preocuparse.

— ¿Qué le ha sucedido? — Pregunta un paciente en sillas de rueda que merodea por los pasillos.

— Nada grave. De hecho, es una bufonada, solo le ha bajado la azúcar y ha sufrido un desmayo. — Le responde una de las enfermeras que lo llevan a su habitación.

— Es una pérdida de tiempo —. El paciente se indigna y se marcha a donde esas ruedas metálicas lo quieran llevar.

Fazio se divierte al presenciar aquello. No sé qué le ha causado gracia, debe de tener un estilo del humor bastante alejado a lo que muchos definimos como humor. En fin, cada uno con lo suyo.

— ¿Crees en dios? — Una niña se le acerca y le tira del pantalón.

Fazio queda descolocado ante la pregunta. La niña le sorprende a tal punto que hace que se inquiete.

— Claro mi niña. — Le responde. Se inclina brevemente y le da unas palmaditas en la cabeza.

— Entonces eres de esos idiotas que abundan y empeoran la vida en este planeta — Tan joven y tan sabia. Una lástima que el cáncer le quite la vida a tan corta edad.

— Para sobrevivir en este mundo cruel, debemos ser idiotas. O nos destruirán. Debemos tener compasión ante esos idiotas, debemos hacerles creer que son sabios y darles la razón. Una sociedad en equilibrio.

— Solo los decadentes pueden considerar a la compasión como una virtud. — Sonríe la niña.

Fazio admira y contempla a la niña, al parecer seguidora de Nietzsche. Tiene los pies bien puestos en el suelo. La niña sigue su camino, o el camino la sigue a ella.

John aún no despierta. Ya lo instalaron en la habitación. Fazio ya no tiene nada más para hacer. Decide marchar a su hogar y descansar serenamente.

«Lo que no sabe, es que todo se saldrá de control.» Ni dios ni el diablo podrán impedirlo, tan solo son insignificantes personajes de un cuento de hadas.

Raphael llega a la central de policías, hay gran determinación en sus ojos. Su camino es muy claro, no pretende desviarse. Realmente cree que al final del camino hallará un baúl que responda a todas sus preguntas e incomodidades.

Al entrar en la estación, la luz tenue hace del interior un lugar pacífico y somnoliento.

Se cruza con un par de empleados de limpieza. En cada ocasión da un saludo de amabilidad. Su único objetivo es llegar a la oficina del capitán Fazio.

«¿Qué encontrará?» Solo serán conjeturas.

Se detiene. Enfrente tiene la puerta de la oficina. Coge de la perilla, su respiración se acelera con brusquedad, y acciona para dar la apertura. Nada. El interior se resguarda por una puerta con llave. «—¿De verdad creíste que estaría abierta? —Piensa incrédulamente.»

— Buenas noches — Encara un anciano que con sus manos sujeta un palo de un escobillón —. Veo que tiene problemas.

— Solo es un pequeño inconveniente.

— ¿Se encuentra bien? — El anciano nota que Raphael está agitado, estresado y desquiciado.

— Ojalá pudiera decir que sí. — Clava los ojos contra la puerta.

— Si se identifica — sonrío achinando los ojos —, podría ayudarlo con su pequeño inconveniente.

Raphael se alegra de escuchar lo último. Un ángel le fue enviado para solucionar sus problemas. Alguien del más allá quiere que ingrese a esa oficina, como quien dice, es alguien supersticioso.

Saca su placa y se la muestra al anciano.

— Detective Raphael Frederick — Se presenta.

El anciano asiente.

— Sabes, yo tengo las llaves de cada puerta que sea parte de este edificio.

Raphael le clava los ojos seriamente.

— ¿Podría abrir la puerta? — Pregunta y dirige la mirada a la puerta de su perdición.

— Claro que sí, detective. — Un anillo metálico repleto de llaves le cuelga del cinturón.

Se le ilumina la mirada al ver las llaves.

El anciano saca una llave del anillo. La introduce en la cerradura. Da un giro en sentido antihorario y se escucha un chasquido.

— Listo. — Dice el anciano —. Bueno, es hora de continuar con mi trabajo.

— Gracias por su ayuda.

Manipula la perilla y la gira. Siente un aire cálido y húmedo que le golpea con brusquedad procedente del interior. La oficina es un horno. Achina los ojos, le comienzan a lagrimear a causa del ambiente.

Traspasa la puerta.

Se inmacula ante el ambiente. Necesita estar concentrado. Tiene que encontrar algo que le sea certero a sus suposiciones. «Fazio es su hombre.»

Siente que ha despertado de un sueño inequívocamente irregular.

Camina hasta el escritorio. Se sienta en el sillón y comienza a indagar entre los cajones. Solo ve sobres de papel cartón con contenidos de autopsias. No le da importancia y los vuelve a su lugar. «Algo, tiene que haber algo.»

Sobre el escritorio no hay nada relevante. Solo un par de bolígrafos y unas hojas en blanco.

Se recuesta sobre el sillón y da un suspiro de decepción. Cierra los ojos e intenta pensar cuál es su siguiente paso. «Enfrentarlo directamente no es una muy buena idea.» Se pasa la mano izquierda por las manos para despabilarse. Al momento de accionar para ponerse de pie ve en la entrada, al parecer alguien la arrojó desde el pequeño espacio que hay bajo la puerta, un sobre que crea un resplandor en sus ojos.

«—No lo he visto al entrar — se dice —. Soy un idiota.»

Raphael tiene el sobre en sus manos. «¿Será lo que tanto buscaba?» Da un resoplido de caballo, como si estuviera por correr. Rompe un borde del pequeño sobre. Luego verifica si hay datos de un emisor, no lo hay.

En el interior hay una nota escrita a mano junto a un documento que a simple vista deduce que proviene de un laboratorio.

Lee la nota: “Capitán, en el sobre junto a esta nota se encuentran los resultados obtenidos de los objetos que usted me envió a examinar. Se dará usted cuenta de que las huellas dactilares encontradas no son relevantes, ya sabe a qué me refiero.

Pd: Fue sencillo, asique me adelanto para que se encuentre esta nota bajo su puerta por la mañana.”

«Objetos que ha mandado a examinar...» Las malditas tapas.

Sin dar más preámbulo, toma el papel de los resultados de laboratorio y emprende el camino de intentar verificar y reconocer su contenido.

Ve números y letras desordenadas, arruga la nariz ante las extrañezas que se hacen presentes.

«Huellas dactilares...» Lo único que le interesa, lo demás son solo bufonadas.

— Ya te tengo gordo infeliz. —Susurra con furia.

Se topa con un nombre ya conocido, que erradica su incertidumbre. Claude Fazio. Sonríe como si hubiera descubierto a su criminal. «¿Lo hizo?» Ya quisiera, sigue en la nada.

De pronto recuerda que Fazio se marchó en la ambulancia con John Cooper. «Algo malo pasará.»

Paula se prepara para dormir quedamente. Su celular lo evita luego de recibir reiteradas llamadas. «—¿Quién llamará a estas horas? Se pregunta.»

Su celular marca un número desconocidos, y ello hace que lo ignore. Comienza nuevamente el ronroneo. Atiende.

— ¿Sí?

— Paula. Soy Fazio.

Se sorprende al oír que habla del otro lado de la línea. Fazio nunca la ha llamado por celular. Se da cuenta de que algo ha sucedido, de ser lo contrario no estaría sucediendo.

— ¿Qué sucede? — Pregunta preocupada.

— Es John. Está en el hospital...

— ¡¿John?! — Interrumpe Paula, exaltada — ¿En el hospital?

— Si, no te alarmes — expresa con una voz abundante de calma — . Se ha desmayado, nada grave. Necesito que vayas a hacerle compañía, yo me estoy marchando a mi hogar.

— ¿En el hospital por un simple desmayo?

— Luego te explico todo.

Paula siente que ha ocurrido algo más que solo un simple desmayo, no pretende quedarse con la duda: —¿Qué ocurrió?

Se escucha un suspiro gélido a través de la línea.

— Asesinaron a la hermana de John.

Paula cuelga al momento. Asimila la noticia rápidamente, ya saben, luego de la muerte de dos hermanos es fácil de asimilar la noticia de un tercero.

Se prepara para salir hacia el Hospital. Debe estar con John en este momento, debe acompañarlo. Su amor hacia él se descongela. Teme por su vida. Sale y corre hacia su vehículo, que se encuentra estacionado en la acera frente a su hogar. Sube y acelera, las ruedas rechinan y las gomas marcan en el suelo una línea negra de un metro. «¿Será una trampa? — Se le pasa una idea que puede cambiarlo todo»

Ya sabe que es una posible sospechosa, piensa que lo de la llamada y el asesinato de la hermana de John son una idea para ponerla a prueba. Quizás quieren ver y constatar de es inocente o culpable. Perdemos el control de nuestra mente, nos precipitamos en momentos de incertidumbre e inoportunos, cuando necesitamos ser inteligentes y vivaces.

«— No he hecho nada — grita —. No tengo de que preocuparme.» Si es una puesta a prueba, es sin dudarle un acto de mal gusto que no le afectará. Y si todo es verídico, se culpará.

«El vaso comienza a cristalizarse.» Un golpe y se destroza por completo.

Llega al Hospital. Entra. Corre por los pasillos, no hay un alma que se pueda ver. Busca la recepción y a quien se encuentre allí.

— ¿Qué necesita? — Pregunta una niña, la misma que estuvo con Fazio.

Paula grita del susto. Una niña en un hospital silencioso por la noche, le causa pánico. La niña también se asusta, el espasmo es contagioso.

— Perdón. — Paula se calma —. ¿Sabes dónde se encuentra la persona que debería estar allí? — Pregunta mientras señala la recepción.

— Hay dos posibilidades: Se fue al baño o salió a fumar. — La niña ríe.

En ese momento una mujer obesa con cabello desprolijo se acomoda en la recepción. La niña sale corriendo.

— ¿En qué puedo ayudarte, querida? — Le pregunta a Paula.

— ¡John Cooper! — Exclama.

— En el tercer piso. Habitación número 13.

Sale corriendo hacia la habitación sin antes agradecer.

Se para frente al ascensor. Presiona el botón para que el ascensor baje y abra sus puertas. Lamentablemente se encuentra en el último piso. De la impaciencia que le invade al esperar decide utilizar las escaleras. «Que el sedentarismo se vuelva un delito.»

Corre dando todo su esfuerzo. Sus nervios comienzan a crispas a medida que se acerca al cuarto. Llega. Camina lentamente mientras vuelve en sí calmando su respiración. Se asoma por la ventana para ver el interior. Allí, dentro de ella yace John. Aun duerme.

Entra al cuarto. Se encuentra a Raphael sentado en el suelo jugando con fósforos y quemando papeles. Se toma del cabello y gruñe, por poco no se quema la cabellera. El hedor de papel

quemado es predominante. De a poco pierde el control, la situación lo domina. Es un ser vulnerable.

30

— ¿Pero qué carajos haces? — Pregunta enfadada.

Raphael la mira con indiferencia.

— Nada que te incumba. — Le responde.

Su mirada emana desorientación y confusión. Creía tenerlo todo bajo control. Siente que ha fracasado, se siente como un estudiante que ha desaprobado un examen importante. Ver a John sano y salvo le provoca dos sentimientos opuestos, por un lado, tranquilidad y por el otro lado decepción. Realmente pensaba encontrar muerto a John a manos de Fazio.

— ¿Qué sucede? — Paula nota que Rapha vive un momento inoportuno.

La mira seriamente, su mirada penetra a Paula a tal punto que es capaz de mirar a través de su alma. Realmente confía en Paula, y le da su confesión:

— Sabes — dice y baja la mirada —, creí tener al asesino en mis manos. Al final me he equivocado, he perdido el tiempo. ¿Pude evitar el asesinato que ha ocurrido en el aeropuerto? — se pregunta—. Jamás podré saberlo. Prevalció la conjetura ante la certeza. Perdí el camino.

— No seas idiota. — comenta Paula—. No tires la toalla, solo tuviste una caída. Sigue buscando y lo encontrarás. — Traga saliva—. Si no lo haces es probable que siga asesinando.

«A Raphael no le gusta fallar, ello hace que le baje la autoestima.»

— No me hagas caso — dice avergonzado —. Estoy blasfemando. No estoy siendo coherente.

— ¿Quién es o fue el supuesto asesino que tenías en tus manos?

— Tu querido Capitán Fazio — una mirada gélida inunda sus ojos.

Oír aquel nombre le causa a Paula un estupor anonadante. Intenta imaginarse algún motivo para culpar a Fazio de los asesinatos. No los encuentra, de hecho, no puede imaginarlo siquiera.

— Será mejor que me expliques — demanda Paula.

— Solo es intuición profesional.

— Vamos, no seas un bufón.

— Fazio ha actuado muy raro. En las escenas de crimen he notado que apenas si se inmuta. John trabaja en el caso, eso me extraña. Y para concluir, nos ha ocultado muchas cosas. Y las huellas encontradas en las tapas de labiales encontradas en las escenas son de él.

— Tienes razón. También creo que ha sido bastante irregular en la toma de decisiones. Y si, ha actuado muy raro desde que ha muerto de su esposa.

— No tenía noción de lo último.

— Además, lo de las huellas en las tapas es muy obvio. Las ha cogido de suelo sin guantes de látex y ha marcado sus huellas. Seguramente han de tener también las huellas de John.

Tiene sentido.

— Soy un maldito por no ver lo obvio — Se avergüenza por su burrada —. Debería optar por otra profesión. — Se levanta del suelo.

— No de desanimas —alienta Paula—. Todos cometemos errores...

— En mi profesión no hay lugar para errores — interrumpe.

— ¿Y si estas en lo cierto? — Continúa y hace sus preguntas para poner en su lugar a Raphael — ¿Y si Fazio es el asesino? No tirarás la toalla por tan solo un contratiempo, claro que no lo harás.

— Realmente creo que Fazio es el asesino. Siento que juega con nosotros. No tengo palabras exactas para describir mis sensaciones, solo diré que no puedo ignorarlas.

— ¿Quieres mi ayuda? — Paula se ofrece como voluntaria para lo que sea que Raphael planea.

— No sería la peor idea — le sonríe—. Serás una gran ayuda.

— ¿Cuánto tiempo tarda la persona en despertar luego de un desmayo?

La pregunta de Paula tiene una hermosa respuesta.

— Solo minutos. John duerme con avidez porque lo sedaron. Pretenden que duerma por un buen rato.

— ¿No es ilegal?

— Creo que yo di la orden. Lo quería lejos del aeropuerto. Supongo que sedarlo lo mantendría fuera de mis narices.

Paula se indigna.

— ¿Cómo ha muerto la hermana de John?

Raphael suspira y cierra los ojos. Las imágenes de aquella escena le provocan breves escalofríos.

— Ahogada en su propia mierda — comenta lívidamente—. La han destrozado.

Omite la parte de la botella de vidrio. Solo pensar en ello le provoca náuseas. Es un acto perturbador. Lo peor que ha visto en su vida. Son los gajes del oficio, lamentablemente.

Paula nota que no quiere entrar en detalles. Nota la palidez que le provoca al pensar en ello.

— Oye, Paula — Balbucea —. ¿John tiene otra hermana, cierto?

Paula recuerda que mantuvo en el departamento de John una pequeña conversación con ella sobre la infancia su hermano (John). Típico de personas que lo único que tienen en común es una persona allegada. Eran historias vergonzosas y divertidas. Otras no muy divertidas.

Divagando entre las historias y recuerdos que dieron lugar aquel día, se abraza específicamente en una historia algo perturbadora.

«—John de niño asesinaba animales por mera curiosidad. Mis padres lo descubrieron abriendo el pecho del gato de nuestro vecino— Se reía —. John les había dicho que lo hacía porque quería saber cómo eran por dentro. El psicólogo no se inmutó para nada, había dicho con certeza que probablemente de grande sería un médico cirujano —»

«Un niño normal.»

— Si. Amelia. — Le responde a Raphael.

— ¿La conoces?

— Solo la vi una vez. Hace un par de años.

Paula sabe a qué punto pretende llegar Raphael.

— Voy directo al grano — se pasa la mano por la nariz —. Seguramente será la próxima en morir.

—Hermanos asesinados uno tras otro... — arruga la nariz — Como que la historia se vuelve algo insípida. Aburrida hasta la desesperación.

— Si, ya me tiene cansado. Mi idea es terminar el caso lo antes posible. Antes de que me provoque una embolia. — Bosteza —. Intentaré contactar con Amelia para que se proteja, y evitar que arribe a esta ciudad antes de que sea demasiado tarde.

— ¿Amelia? — Pregunta John al despertar inoportunamente.

— Ya era hora de despertar. — Escupe Rapha.

— ¿Amelia también fue asesinada? — John se impacienta. Está débil.

— Amelia se encuentra sana y salva — Paula le coge la mano cariñosamente —. No tienes de que preocuparte.

Raphael quiere corregirla. Si tiene de que preocuparse, alguien va tras sus hermanos. Tanto Amelia como él corren un gran peligro. El acechador de los Cooper no descansará por mucho tiempo.

— Oye, John— dice ceñudo, Raphael se convierte en el centro de atención — ¿De verdad no te das una idea de quién puede ser?

John menea la cabeza negativamente.

— La verdad es que no entiendo porque hace lo que hace.

—¿Entender qué?

— Entender el motivo.

— ¿Y si no hay motivo alguno?

John se impacta ante aquella insinuación. «¿Solo por diversión?»

— Dudo que lo haga sin motivo. Se esfuerza en lo que hace, y si se esfuerza es porque tiene un motivo.

— Un motivo que solo él logre comprender — comenta Paula hábilmente.

Cuando un asunto cualquiera termina mal, es que se ha carecido de buena mirada. Se debe ser perspicaz, hábiles y sabios. Debemos ser valientes y despertar.

Se trata de un enfermo perturbado. El motivo pretende ir más allá de la comprensión de una persona cuerda y carente de libertad. El enfermo es libre de leyes y cadenas. Su mundo es propio y maleable a su gusto, en miradas de encadenados aquello se convierte en incoherencias perturbadoras. Temed al que todo lo ve. Temed al que abraza la libertad.

— No hemos hecho daño a nadie, no hemos hecho enfurecer a nadie. Al menos no que yo sepa. — Dice John —. Los asesinatos hacer creer que la persona tiene un motivo personal para hacerlo. ¿Qué motivo tendrá? — se pregunta —. ¿Y si el único motivo es el hecho de estar demente?

— Comienzo a pensar que el asesino ha elegido a tu familia en el juego del azar y los ha comenzado a asesinar solo por placer. — Comenta Raphael.

— ¿Y porque aún no me ha matado? — Se pregunta John, extrañado. Le parece aberrante el hecho de seguir con vida.

— ¿Y si no quisieran asesinarte?

— Vamos, en algún momento será mi turno.

— No lo serás si te cuidas — Paula le sonríe con preocupación.

Raphael reflexiona sobre la situación. Cree que John ya debería de estar muerto si el asesino tuviera una razón para arremeter contra su familia. Pero ello le hace despertar con un resplandor. Si Fazio asesina a los hermanos Cooper, ¿Cuál es la razón de estar al lado de John? ¿Acaso disfruta ver el sufrimiento ajeno?

Comienza a ver todo más claridad, o al menos es lo que cree. Fazio es el asesino. Ahora ya no tiene ni una pizca de duda sobre ello.

«Despertad imbéciles.»

Raphael decide comentarle lo que cree sobre Fazio. Deben avanzar velozmente con la caza al depredador antes de que vuelva al

acecho. Deben actuar antes de que Fazio sospeche que Raphael lo considera un sospechoso. Deben tomar decisiones precipitadas.

Todo debe suceder esta misma noche.

Raphael ensimismado en sus pensamientos, ve a Paula y a John balbuceando entre ellos. Intenta planear una idea que no tenga margen de error para atrapar a Fazio con las manos en la maza, o hacerlo confesar. De todas formas, deberán escrutar cada sector del hogar para dar con evidencias que lo incriminen.

«Paula.»

— Paula. — Interrumpe la conversación que entrelazan ella y John —. ¿Quieres ayudarme a atrapar a Fazio?

— Por supuesto que te ayudaré — Le responde con determinación.

John se estupefacta al oír el apellido de su capitán. Se le seca la garganta, su respiración se vuelve asmática, su tono de piel se vuelve pálida.

— ¿Fazio? — Pregunta.

Raphael se había olvidado por completo de comentarle sobre las novedades que han dado un cambio radical al caso.

— Fazio es sospechoso de ser el asesino de tus hermanos. Y de tu cuñada. — Espera que John asimile lo que le acaba de contar —. ¿No te viene nada a la mente ahora que sabes que tu jefe es sospechoso? — Pregunta al finalizar.

John abre súbitamente los ojos, confundido, arquea las cejas e intenta buscar respuestas para Raphael. No se le ocurre ningún motivo. Para ser sincero, no cae completamente en la idea de que Fazio es el asesino.

— ¿Por qué crees que Fazio es el asesino? — pregunta.

— Su forma de actuar es irregular, a su edad y experiencia no debe cometer errores de principiantes. Desde el primer día que hablé con él, algo hizo que no le tenga confianza...

— ¿Intuición profesional? — Interrumpe John seguido de una carcajada.

— Si. — Le responde sin inmutarse —. Además, nos ha ocultado ciertas cosas que son de importancia.

— ¿Qué oculta? Vamos, no seas ingenuo. — John se indigna con Rapha.

— Quieres un ejemplo. — Se humedece los labios —. Habló por teléfono con Barbara antes de que la asesinaran.

John ya no tiene nada para decir. Termina convencido en que Raphael tiene sus buenas razones para sospechar del Capitán.

— ¿Qué piensas hacer? — John se sienta en la cama.

— Debemos actuar esta misma noche. Si esperamos es probable que el ambiente se agite y nos complique más las cosas. Debemos ir a su casa.

— ¿Iremos con toda la brigada?

Raphael mira a John: — Nosotros 3 somos la brigada.

— ¿Tienes un plan? — Pregunta Paula inclinándose hacia Rapha.

«Habrà que improvisar.»

— Lo tengo.

Raphael les cuenta el plan. Abunda simplicidad. Paula debe ser una visitante sorpresa, tan solo debe ir a la puerta principal y golpearla para ser atendida. Debe ingresar y actuar con normalidad, como si fuera un encuentro casual. Su único objetivo es emborrachar a Fazio y lograr que escupa alguna confesión. Un borracho es

maleable y lleno de confianza. No se lo verá venir. Pero lo primordial es que nadie pone en riesgo su vida.

— Prefiero entrar con armas, atarlo a una silla y hacer que confiese. — Comenta John ante la idea de Raphael.

32

— ¿De verdad crees que me confiese su culpabilidad? — Pregunta Paula con el ceño fruncido.

— Eso es lo que tú debes averiguar. Debes persuadirlo y llevarlo al camino que nosotros queremos que transite, el de la confesión.

— ¿Y si se da cuenta de mis intenciones?

— Debes dar uso a la sutileza y no ser tan explícita. Lo único que debes hacer es tener una conversación normal mientras toman alguna bebida alcohólica, y cuando veas el punto de quiebre de Fazio serás un poco más directa e insistente.

— Es un buen plan. Sencillo — Paula mira a John—. Es mejor que tu idea de ejercer la fuerza bruta.

— ¿Y nosotros qué haremos? — John le hace la pregunta a Rapha.

— Nuestro trabajo será esperar.

— ¿Acaso piensan dejarme sola con un supuesto asesino en serie?  
— hace bosquejos —. Muy reconfortante. — Dice sarcásticamente.

— No— Rapha bosteza —. Estaremos cerca de tu posición dentro de un vehículo escuchando la conversación que tendrás con Fazio.

— Muchas gracias — Expresa Paula reconfortada al saber que no estará sola en el hogar de un depredador.

— Será muy sencillo —. Comenta John.

— En teoría se ve sencillo. — Mira a Paula —. Tú, deberás ejercer todas tus habilidades de actuación. No debes titubear ante ningún imprevisto.

—En caso de que la situación se nos escape de las manos, ¿Qué haremos? — John ya sabe la respuesta.

— En caso de que el plan no tenga éxito, entraremos con armas y lo ataremos a una silla para que confiese —. Responde Rapha con una sonrisa.

John ríe.

— Debemos entrar y sacar a Paula para mantenerla a salvo. Es lo primero que debemos hacer en caso de que la situación se des controle. — John establece las prioridades.

Paula corre más peligro de lo que cree. No solo es entrar, beber y esperar a que un hombre borracho de sus confesiones. Si Fazio sospecha de Paula, si se da cuenta de sus intenciones, es probable que la asesine. En sí, un borracho normal es impredecible, un borracho perturbado provoca escalofríos ante la incertidumbre de sus acciones.

John sale de la cama. Para su fortuna tiene su ropa puesta.

— Debemos ir a mi departamento — dice Rapha —. Debo ir por un micrófono para Paula y un par de armas por las dudas.

— De acuerdo — Dicen John y Paula al mismo tiempo.

Se marchan del hospital en el vehículo de Paula.

«Es hora de la verdad.»

Llegan a su destino.

Entran al departamento de Rapha. Es en un departamento alquilado perteneciente a un edificio moderno y de última tecnología. La cuota mensual es excluyente.

— Pónganse cómodos, iré a la habitación a buscar lo que necesitamos. Tengo cervezas en la heladera por si les apetece. — Raphael es muy amable.

John y Paula asienten. Se sientan en un diván antiguo de terciopelo color marrón. Pegados el uno con el otro.

De la nada comienzan a besarse, el ambiente se calienta. Sus manos se resbalan entre sus ropas, caricias excitantes. Se aprietan cada vez más, Paula se recuesta y John se le tira encima, el pene choca contra la vulva.

Espontáneamente, debido a la calentura, se arrancan la ropa. Se desnudan de la cintura para abajo. Se quieren sacar las ganas, luego de tanto tiempo uno no puede controlarse. No les importa tener sexo en lugar ajeno.

Raphael escucha ruidos peculiares, y se asoma por la puerta de la habitación para ver que sucede. El comienzo de una escena porno. Los deja que continúen con su acto sexual, aprovecha el momento y el tiempo para darse una buena ducha.

El pene de John es introducido en la vagina, entra y sale, Paula rasguña lo rasguña. La penetra como si fuera su última vez.

Le da vuelta, la hace morder la almohada. Le introduce el pene y le da como un animal. Le da nalgadas y le deja el trasero rojizo. Paula voltea la cabeza y lo mira a los ojos. Extrañaba tenerlo encima. Le agarran el pelo y se lo tiran, la siguen penetrando sin parar, sin protección.

Paula está a punto de llegar al orgasmo.

— Paula, yo soy el asesino — comenta John de la nada.

Apenas se interesa en ello. Su excitación es lo único que le importa.

John blanquea los ojos y disminuye con el ritmo que venía ejerciendo al penetrarla. Eyacula dentro de la vagina de Paula. Se

sienta exhausto en el diván, un par de gotas de transpiración le recorren la cara.

Paula se decepciona, estaba a punto de lograr un orgasmo. Lamentablemente le ganaron la carrera.

—¿Con que eres el asesino, he? — Le pregunta Paula. Su respiración es agitada.

John larga unas pequeñas carcajadas. Le sonrío y le da un beso en los labios. Luego de eso se levanta del diván y se viste, Paula hace lo mismo.

— Espero que Raphael no se moleste con nosotros —. Dice John.

— Claro que no estoy molesto, hay que relajarse un poco — Raphael sale de la habitación refregándose el cabello con una toalla —. Aquí tengo todo lo que necesitamos. — Arroja dos Glock 9mm y un pequeño micrófono inalámbrico que funciona como un clip en la mesita de té frente al diván.

— Espero que solo se emborrache y confiese. — Expresa Paula preocupada por lo que puede llegar a pasar.

— Es lo que todos queremos —. Raphael comparte la preocupación.

Los 3 se quedan viendo entre ellos. A partir de eso momento no hay vuelta atrás. Es hora de poner manos a la obra. A Paula le crisan los nervios, es la que más arriesga.

Raphael le dice a Paula que se coloque el micrófono en el cinturón del pantalón, tiene un pequeño clip. Ella lo hace sin mosquearse.

John toma un arma y Rapha la otra.

Abandonan el departamento. Suben al auto de Paula y dan marcha a la guarida de un animal salvaje. Fazio.

El interior del vehículo se inunda en un silencio atormentador. El silencio es el peor ruido que existe. Cada uno va ensimismado en sus propios pensamientos. Se miran el uno con el otro, intentando que el futuro les sea revelado. ¿Qué sucederá?

Raphael se siente ansiosos por atrapar a su presa. Paula se siente incómoda y nerviosa, la situación la supera antes de actuar «empezamos mal», y John, bueno, atrapar al asesino le es muy personal, más si el culpable es su capitán.

— Paula, enciende el micrófono — ordena Raphael —. Debes corroborar de que funciona perfectamente.

Paula lo hace, tiene el micrófono inalámbrico escondido en su cinturón. La señal se transmite directamente a un radio. Funciona correctamente.

— Todo en orden — agrega Rapha.

Ya están a punto de llegar a la casa de Fazio.

John y Rapha sacan sus armas y las cargan. Se aseguran de que tengan el seguro puesto, no querrán que se les escape un disparo accidental.

Dan profundos suspiros para calmarse.

— ¡Llegamos! — Exclama Paula.

Se estacionan a 100 metros de la casa de Fazio.

Ven la casa de Fazio. Tiene las luces prendidas y las cortinas tapan las ventanas, imposible ver qué sucede en el interior. Lo bueno es que aún está despierto.

— ¿Estás preparada? — Le pregunta John a Paula.

— Estoy nerviosa. — Le responde.

Mientras más lo piensa, más nerviosa se pone. Sin dar preámbulo se baja del vehículo.

— En caso de que surjan problemas ¿Cuál es la palabra clave? — Una pregunta vivaz por parte de Paula.

No habían pensado en ello. Lamentable.

— ¿Qué palabra sugieres? — Raphael no quiere pensar en una palabra clave.

— Judas. — Le responde.

— ¿De verdad es lo único que se te ha ocurrido? — Le pregunta John extrañado por la palabra.

— El tema del beso en las víctimas me ha hecho pensar en ello. El beso de Judas. Ya sabes. — Cierra los ojos, suspira y continúa: — Bueno, me iré a cumplir la misión.

— No te preocupes — Dice Raphael —. El plan es nocivo, no creo que salgas perjudicada. — Intenta calmar a Paula.

Paula asiente y camina hacia la puerta principal del hogar de Fazio. Una residencia común y corriente de los suburbios.

A unos pocos pasos de la puerta, logra escuchar música proveniente del interior. Es música clásica, ópera. Se escuchan instrumentos expulsando melodías frustrantes y melancólicas, pero hermosas.

Toca el timbre que se encuentra a la derecha de la puerta. Nadie le responde. Insiste. Nada. Toca la puerta y no recibe respuestas. Y, la música está tan fuerte que es imposible escuchar el timbre y los golpes en la puerta.

Espera un par de minutos esperando a que la música se detenga o termine, y en ese momento de silencio volver a tocar la puerta y el timbre.

Los minutos parecen ser horas. Se impacienta. La canción parece eterna. Las sinfonías suelen durar muchísimo tiempo. En un momento la canción que se escucha se calma, se vuelve silenciosa, vuelve a tocar el timbre, también la puerta. Se desespera por ser atendida. Pero nuevamente, nadie abre la puerta.

Intenta ver el interior de la casa por las ventanas del frente, no obtiene ningún resultado. Voltea hacia su vehículo y le hace señas a quienes están dentro de que rodeará la casa. Su intención es lograr ver si Fazio se encuentra dentro, bueno esa es la excusa que le dará si es descubierta, realmente quiere ver qué sucede en el interior.

En una ventana lateral derecha a la casa, que da vista hacia la sala de estar, se encuentra un pequeño espacio que no fue tapado por la cortina.

Debe agacharse un poco para llegar a la abertura. En un principio la luz brillante del interior le provoca un resplandor cegador. Pero en unos pocos segundos logra ver con nitidez lo que sucede en el interior.

Fazio llega a su hogar luego de acompañar a John al hospital. Llama a Paula para avisarle sobre la última novedad.

Es una noche hermosa, fresca y la luna llena excita con su iluminación.

Enciende todas las luces del hogar, les da vida a sus cuartos vacíos. La luz en ciertas ocasiones es reconfortante debido a su forma de ocultar la soledad con el brillo resplandeciente.

Se instala en la cocina y bebe un par de tragos de Whisky Jack Daniels. Le queman la garganta con su buen sabor. Cierra sus ojos, comienza a sollozar.

Se cambia de habitación, va hasta el baño. Se mete bajo la regadera de la ducha sin sacarse la ropa y abre las válvulas para que el agua comience a caer.

Las gotas lo golpean, son suaves, le limpian el alma. Su ropa se empapa. Permanece plantado un par de minutos, una ducha a forma de resiliencia.

Sale. El agua le escurre de la ropa. Deja un charco detrás de él. Se dirige a su cuarto.

Se siente en la cama. Se saca los zapatos y las medias. Se saca toda la ropa con gran dificultad, cada prenda es arrojada en un sector diferente en el cuarto. Se frustra, pero no por la dificultad de quitarse las prendas, su frustración es profunda y tormentosa.

«Su esposa muerta es la culpable su dolor y frustración.»

Está desnudo en su totalidad. Se levanta de la cama. Va en búsqueda de ropa seca para poder vestirse. Abre un armario blanco frente a los pies de la cama, escruta entre sacos y vestidos.

Toma un vestido blanco, uno de boda. Es el que utilizó su esposa en el casamiento. Lo abraza melancólicamente, la fragancia le hace sollozar de tristeza. Es un momento sumamente desesperante para él.

Se coloca el vestido. Le queda ajustado. Apenas si puede moverse. Abre el cajón de la mesa de luz, toma una cartuchera que contiene maquillaje. Se pinta los labios con labial rojo, se marca las cejas y

se delinea los párpados. Se mira al espejo y larga besos como toda una diva.

Busca su arma bajo la almohada y sale descalzo y vestido de mujer hacia la sala de estar. Se sirve un par de tragos de whisky, tiene bebidas en cada maldita habitación, se tira al piso y con sus brazos y piernas forma una estrella.

«Menudo loco.»

Se levanta y da una un giro de ballet. Enciende su estéreo para reproducir su obra favorita *Silence de Beethoven*. Una obra melancólica, sus melodías son hermosas. Comienza a sonar, cierra los ojos y su alma comienza a sentir cada melodía nota.

Empieza a bailar al ritmo de la melodía con el arma en una de sus manos. Levanta sus brazos y los mueve a través del aire, su cuerpo es arte. Sus pasos circulan a través de todo el cuarto de la sala de estar. Frunce el ceño, sus pasos de baile se vuelven cada vez más penetrantes y profundos, logra transmitir su dolor.

En su momento de éxtasis, el timbre y la puerta corrompen las melodías celestiales que se apoderaron del hogar. Lo ignora y continúa con lo suyo.

Se viste de mujer para poder sentir a su esposa, para bailar lo que ella no pudo bailar. Se viste con su ropa para que su fragancia jamás se esfume de sus recuerdos. Necesita recordarla, y lo hace a través de este tipo de ritual.

Abre los ojos mientras baila, han tocado su puerta, eso lo distrae de su ritual. De todas formas, no piensa atender en este momento.

Mira hacia la ventana que queda en el sector derecho del hogar. En una pequeña abertura, donde la cortina ha quedado mal puesta. Observa un rostro conocido. «Paula.»

Levanta su arma y dispara hacia la ventana.

Paula se asoma en la ventana. Ya saben lo que ve. Fazio baila vestido con ropa de mujer.

De la impresión se queda perpleja. Sus pies crean raíces en el lugar, le es imposible moverse. Se da cuenta que Fazio la ha visto. Sus ojos se clavan en el arma que carga, la levanta y le disparan.

Se escuchan 2 disparos.

El primero rompe el vidrio de la ventana, los cristales saltan por doquier. El segundo disparo es el fatal. Le da en medio de los ojos, creándole un tercer ojo.

Cae muerta contra el suelo. En un breve instante deja el mundo de los vivos.

Fazio respira asustado, atónito por lo que acaba de hacer. Sabe a quién le ha disparado. Mira el arma humeante y siente el olor a pólvora, la arroja al suelo y sale de la casa para dirigirse hacia el exterior de aquella ventana.

Sale vestido de mujer, no le importa nada. Su máximo secreto en la intimidad será revelado, Fazio el travesti.

Llega a la ventana. Paula yace en el suelo, muerta. Tiene los ojos abiertos, siente que lo observa, siente que vive. Intenta levantarla para llevársela al interior de la casa, pero es interrumpido por disparos. De la impresión comienza a escrutar los alrededores para ver de donde provienen, logra ver a dos sujetos que se acercan corriendo a toda velocidad.

Al ver que Raphael y John son quienes le disparan. Se da cuenta de que no hay vuelta atrás. Debe reaccionar, o lo matarán por lo que acaba de hacer.

Entra a la casa, cierra la puerta y coge del suelo su revólver Magnum 50. Apaga las luces de las habitaciones para ocultarse de sus cazadores. Con su mano libre agarra una botella de Whisky, se pone el pico en la boca y bebe descaradamente. Ya siente el mareo. Se tambalea con sutileza. Apunta su arma a la entrada principal, esperando a que alguien la traspase para vaciar el cargador de su potente revolver.

A penas puede mantenerse de pie, los nervios y el efecto del alcohol hacen que tiemble. Se tira al suelo y se sienta. La botella que tenía en manos golpea contra el suelo fuertemente y se hace añicos. El suelo se empapa de Whisky. Comienza a transpirar, espera que nadie traspase la entrada, no quiere disparar a nadie.

Raphael y John mantienen el silencio en el interior del auto. A penas logran ver a Paula. Se escuchan dos disparos, ven a Paula caer al suelo. Ambos reaccionan al instante, quitan el seguro de sus armas y salen del vehículo.

Ven a una persona salir de la casa con un vestido blanco de bodas puesto. Es una persona que conocen muy bien. Se acercan un poco más y se dan cuenta de lo que ha sucedido.

«—Fazio ha matado a Paula—gritan.»

La furia los invade. John responde a ello disparando a Fazio. Rapha no se queda atrás, es matar o morir. Disparan a medida que corren. Las balas toman un camino de azar. Desean su muerte. Buscan su venganza.

Observan a Fazio ingresar a la casa, el interior oscurece. Será difícil identificarlo sin antes recibir un balazo.

Se aproximan al cuerpo de Paula. La sangre le escurre de la frente. Tiene los ojos abiertos. Inquietante. Ambos se miran, sus ojos transmiten el mensaje «debemos matarlo», asienten y salen en busca de Fazio.

Raphael siente el peso de la muerte de Paula, si no fuera por él y su idea, ella aún estaría con vida. «—Era solo entrar, hablar y salir— se dice», era simple, jamás se habrían imaginado la escena que se ha presentado.

John, bueno, no es necesario explicar lo que siente.

— ¿Qué piensas ahora de Fazio? — pregunta Raphael —. Es el maldito asesino, lo sabía — Se responde orgulloso.

John solo lo mira y no dice nada. Esperaba que Raphael estuviera equivocado. Su único objetivo en este momento es matar a su capitán.

— Ya sabemos quién es el que da besos a los muertos — agrega Raphael.

En el principio de los acontecimientos se hablaba mucho sobre el género del asesino. El tema del beso y el uso de labial hacían creer que se trataba de una mujer. Encuentran las respuestas a las interrogantes del inicio, ¿Una mujer? Un hombre vestido de mujer. ¿Es un fantasma? Claro que lo era, con sus influencias, posición y habilidades ha podido ocultarse ante los ojos de todos. ¿Por qué actuaba de forma irregular? Guarda sus secretos.

¿Por qué el interés con los Coopers? Deberán averiguarlo.

—¿Por qué sonríes? — Pregunta Raphael. Ve a John y se extraña por ello.

Le responden con una mueca sarcástica.

— Matemós al maldito —. Susurra John enfadado.

Raphael se planta frente a la entrada principal, la adrenalina fluye por sus venas. John se encuentra en la entrada trasera, tiene la cerradura puesta.

Raphael dispara a la puerta, una cita a ciegas. Uno, dos, tres, cuatro disparos. Se detiene. Espera a que Fazio le responda los disparos, y no sucede. Se acerca a la puerta para ver a través de uno de los agujeros causados por las balas, no ve a nadie del otro lado. Traspasa la puerta lentamente mientras escruta cada rincón de la habitación, no ve a nadie.

Observa la ventana rota «—Pude mirar por ahí— se lamenta.»

Un disparo retumba la habitación, es un sonido sibilante y aturdidor. Fazio se ha escondido en un armario. Raphael recibe el impacto en su hombro derecho y cae al suelo, al caer el arma se le suelta de las manos. Fazio camina tambaleándose acercándose lentamente apuntando con el arma para volver a disparar, pero antes de eso dice: —No es lo que crees. — solloza —. No soy el asesino que buscas — dice tristemente. Sabe que no le creerán ni en mil vidas, le han visto cometer un homicidio y le ha disparado a un detective a quemarropa.

— ¿Ah? — Mira sus ojos, ve sinceridad en ellos, Fazio lo confunde.

Fazio hace ademán para hablar, pero es privado de su derecho. Recibe un balazo en el cráneo, se lo destrozan. La bala ingresa por su oído derecho y sale por el izquierdo, la materia gris se esparce de su lugar. Da un golpe seco contra el suelo.

Es John que ingresa por la puerta principal como un héroe. Entra sin hablar y gesticular. Se acerca al cuerpo de Fazio y le patea la cabeza. Desahoga su furia. Gruñe como una bestia, parece disfrutar el momento. Destroza el cráneo a patadas. Se detiene y se apoya contra una pared, su respiración es agitada, no puede hablar por la falta de aire.

«Todo ha terminado.» Eso es lo que creen.

Raphael se desvanece en el suelo. Para su fortuna no será el día de su muerte.

## 35

Raphael se despierta en una habitación blanca, el resplandor provocado por la luz del sol contra las paredes lo atormenta, el brillo es intenso. Se da cuenta que se encuentra en el hospital. Siente un estrepitoso dolor en su hombro derecho, lo hace gruñir. Intenta sentarse en la cama, pero le es imposible, sus músculos están debilitados.

Sus últimos recuerdos lo inquietan. Tumbado en el piso mientras un arma le apunta. Un disparo y Fazio cae muerto al suelo. Necesita saber el desenlace que ha generado todo aquello.

El peso que siente por la muerte de Paula, al verla tumbada en el suelo con un agujero en la cabeza no le deja lugar a la duda, es atroz y fulminante. Lo que ha sucedido los ha tomado por sorpresa, las cosas nunca son como queremos que sean.

«—No soy el asesino que buscas—» Recuerda las últimas palabras de Fazio. Lo han visto cometer el peor de los crímenes y aun así negaba serlo.

Un oficial entra al cuarto.

— Detective —. Dice el protector de la ley.

— ¿Qué ha sucedido?

— Le han disparado y ...

— No. Me refiero a la conclusión. — Le interrumpe con un tono de voz apagado y rasposo.

— No hay dudas de que Fazio fue un asesino en serie. —se acomoda en un asiento junto a la cama de Raphael —. Al verlo vestido de mujer hemos pensado que así es como salía a cometer los crímenes, se sospechaba de una mujer —comenta innecesariamente—. Bueno, hemos buscado por la casa alguna prueba que lo incrimine, pero no hemos encontrado nada sustancial.

— ¡Asesinó a Paula! — dice encolerizado. — ¿Qué otra prueba necesitas?

Pobre Paula. Se pudo evitar, pero lamentablemente se tomaron decisiones precipitadas.

— Pido disculpas por el drama. — se ruboriza —. Al salir al patio trasero, no salimos en busca de nada, nos hemos topado con un pequeño hoyo en el suelo. Estaba tapado por un pedazo de matera. Al escrutar el hoyo hemos encontrado una caja de cartón, de zapatillas, y hemos dado con las contundentes pruebas que necesitamos. Y debajo de la caja había una hermosa daga, tiene manchas de sangre, la enviamos a que la examinen, pero no tenemos duda de que pertenece a una o todas las víctimas recientes.

Raphael hace ademán para que prosiga.

— La caja contenía una docena de labiales de la marca Giorgio Armani. — Sonríe irónicamente —. Cuatro de esos pintalabios no tenían sus respectivas tapas, porque las tenemos nosotros. Fazio las había enviado a examinar.

Raphael ya tiene noción de lo último.

— ¿Acaso pensaba asesinar a doce personas? — dice refiriéndose al hecho de que en cada asesinato se usaba un labial diferente.

— Es bueno saber que eso no ocurrirá —. Le responde aliviado.

— ¿John Cooper, lo has visto? — Ahora si logra sentarse en la cama. Recuerda el momento que John pateaba sin control en la cabeza a su capitán. Recuerda la baba que le corría de la boca, como a un animal salvaje.

— Si. Emprendió un viaje para visitar a su hermana Amelia. Se ha ido por en la madrugada luego de dar todas sus declaraciones. — sabe que no es correcto el dejarlo ir, ha sido partícipe de un asesinato, debe llenar formas y documentos específicos que llevan su tiempo.

— ¿De verdad han dejado que se marche así nada más? — se ruboriza.

— Si, no hemos objetado en su retención. Debido a las circunstancias le hemos dado un par de días para que se relaje y vuelva límpido a cumplir con la gestión correspondiente.

— Tiene sentido, o eso creo. — Se acuesta nuevamente en la cama.

El oficial saca una nota de papel de su bolsillo, doblado en tres partes hasta formar un cuadrado.

— Tengo esta nota para usted. — Le alcanza el papel —. Solo por eso he venido. Seguramente luego vendrán los superiores a pedir explicaciones y reprocharle de las decisiones que ha tomado. Lo normal.

— ¿Quién la envía? — toma la nota y ve el nombre del emisor —. Ya tengo la respuesta. — dice al leer el nombre de John Cooper. —¿La leíste?

— Por supuesto que no la he leído, no me corresponde.

Raphael asiente.

El oficial moreno se retira de la habitación, pero a mitad de camina, en medio de la puerta de acceso, se detiene y se da la vuelta.

—¿Cuántas veces le disparó en la cabeza al capitán Fazio? — pregunta interesado y curioso —. Su cabeza está destrozada.

En ese momento, entra una enfermera a la habitación y los interrumpe.

Raphael comprende la insinuación del oficial, creen que él le ha disparado a Fazio. ¿Acaso John les ha mentido sobre lo que ha pasado realmente? ¿Por qué lo haría?

Se siente confundido.

El oficial ha dado su marcha, no puede responder a sus incógnitas. Relincha ante la incertidumbre que se presenta. Comienza a imaginarse a sus superiores airados amenazándole con despedirlo, recriminarle los dados que ha causado, seguramente lo harán cargo de los decesos que han provocado sus malas decisiones. Los medios de comunicación seguramente estarán sobre su pellejo. A pesar de todo se siente bien consigo mismo por atrapar a su objetivo y haber evitado futuros asesinatos. «Paula» Apenas si la conocía, no le afecta demasiado. Solo quiere descansar.

Mira de reojo la nota de papel. Desarma el cuadrado que culmina en una hoja A4 rectangular.

«—Muy amable de su parte—se dice por el detalle de John.»

Su contenido es el siguiente:

«Seré breve para no aburrir. Me he visto obligado a redactar una confesión de mi parte, para sentirme más libre de lo que ya me siento. Así es, haré una confesión sobre mis crímenes. Los de mis hermanos.

Fazio fue solo un cordero del rebaño que he utilizado para que mis deseos sean cumplidos. Lo he investigado y he descubierto su peor secreto, el cual he aprovechado para pasar desapercibido.

Travestismo. Lamentablemente me he vestido de mujer para cometer actos de resiliencia, pero ese lamento se contrarresta con la eficacia que me ha dado. He sido un fantasma debajo de sus narices.

Fazio me ha brindado un respaldo increíble, fui consciente de que su comportamiento erróneo haría dudar a cualquier detective de segunda. Y eso de marcar un beso en la frente de mis víctimas ha sido solo teatral, para darle un poco más de sabor a la situación.

Usted, Raphael Frederick, ha sido un ingenuo. Fazio sospechaba de mi persona desde el principio, ¿Por qué? No lo sé. Esa es la única razón de que me haya sido otorgada la oportunidad de ayudarlo a descubrir al asesino con la excusa de probarme para ser detective. Si hubiera esperado para hablar con él íntimamente, yo estaría antes las cuerdas de la perdición. Soy afortunado por su ambiciosa estupidez de querer resolver todo rápidamente, la paciencia no es una virtud que se complace de usted.

¿Y Paula? De verdad lamento lo de mi ex novia. Confié tanto en ella que le confiado mi verdad. No se lo ha creído, pero ese no es mi problema.

¿Por qué hago mi confesión? Necesito soltar las cadenas que me han sido atribuidas.

Mi único sueño, aquel en donde disfruto de mi libertad, es el asesinar a seres humanos, la peor especie que habita este hermoso planeta. Corrompen todo lo que tocan, son la perdición de cada vida. Mi sueño se abraza a la extinción de la raza humana.

De niño asesinaba a animales, inocentes animales, a modo de práctica. Para fortalecer si mente. Debieron ser sacrificados para fines maravillosos. Se lo conté a mi Psicólogo, quien les ha dicho a mis padres que sufro de trastornos psicóticos. Desconozco si mis hermanos sabían sobre eso.

¿Por qué mis hermanos? Los he amado toda mi vida, pero debía empezar con mi objetivo de extinción. De todas formas, hubieran muerto en el futuro, ellos me han ayudado a sobrellevar el peso de

la muerte. Recuerdo las miradas de cada uno de ellos al reconocermé, iguales en todo sentido. Miedo y confusión.

Me siento frustrado al saber que jamás podre extinguir a la especie humana, mi sueño desde niño es solo un sueño de niño, una fantasía. Luego de asesinar a Fazio me he dado cuenta de que solo soy un enfermo, me he dado cuenta de que derramada sangre sin sentido. Me he convertido en lo que deseaba destruir, un ser asqueroso y cruel.

Si se siente confundido al leer esta nota no lo culpo, mientras escribo me confundo a mí mismo.

Lo peor de todo es que he disfrutado asesinar. Me excitaba, lo gozaba estrepitosamente. Me he dado cuenta de que tan solo soy un psicópata. Soy un asesino sin causa. En esos momentos me sentí libre, mi felicidad fue abrumadora. Ya puedo morir en paz.

Necesito sentir esa libertad y liberación una vez más. Por esa razón viajaré a visitar a mi querida hermana Amelia.

He salido del closet, el closet de la demencia, de lo maniático o de lo chiflado. No hay retorno una vez que se sale de allí. Soy una causa perdida. Debo pagar por mis crímenes.

Asesinaré a Amelia y luego me suicidaré.

Le he escrito esta confesión para que Fazio no se lleve el reconocimiento. Yo di mi mayor esfuerzo para asesinar a esos seres decrepitos, merezco el crédito por mi esfuerzo.

Bien, ahora sabe la verdad. Espero que seas feliz, o casi tan feliz como lo he sido yo desde hace un tiempo.»

Raphael se queda atónito.

«Pd: le he pagado a una persona tan libre como lo soy yo para que te asesine después de leer la carta. Esa es mi despedida.»

El oficial que le entregó la carta resulta ser un farsante. Lo observa desde la ventana. Al percatarse de la reacción desesperada que

emana Raphael, saca el arma y le coloca silenciador. Entra a la habitación y lo acribilla.

El falso oficial sale del edificio. ¿Se olvida de llevarse la nota consigo? No, claro que no. John quiere que todos sepan que es responsable de su muerte, quieren que se lo reconozca por los demás asesinatos. La nota tiene que estar con el cadáver de Raphael.

Salir del closet siendo una celebridad.